

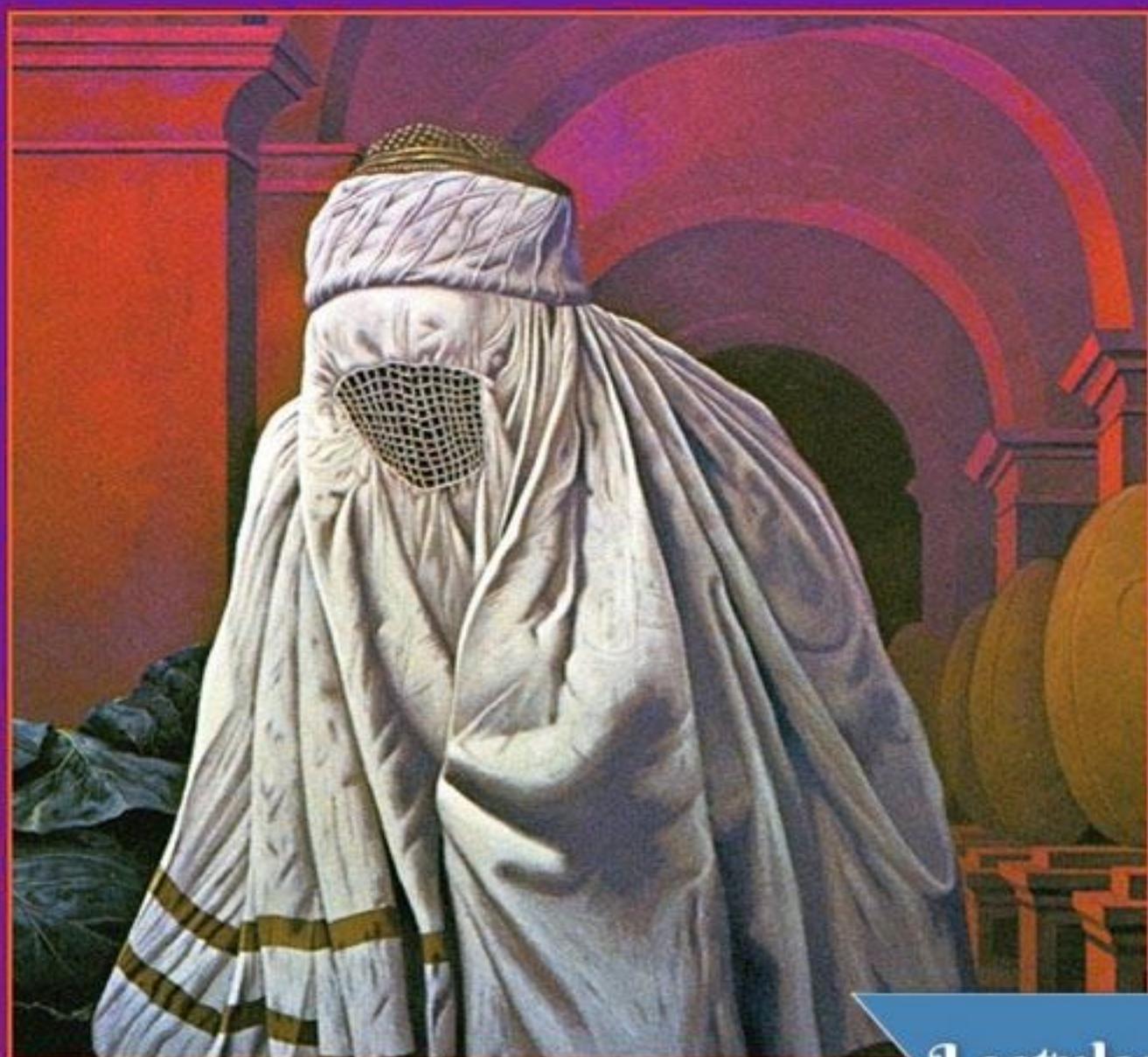
GESUALDO BUFALINO

---

se

*Argos el ciego*

PRESENTACIÓN DE JORGE HERRALDE



Lectulandia

El narrador, asediado por el invierno en un hotel de Roma, evoca, para curarse de sus accesos de angustia, antiguas aventuras en el corazón del Sur, en tiempos de su juventud. Un soberbio diario-novela que puede leerse como balada de las damas de antaño o como de un viaje que vanamente se obstina a promover en leyenda su pobre «vita nuova».

Argos el ciego, de 1984, es uno de los grandes libros de la memoria de este fin de siglo. Instalado en un hotel de Roma, el narrador, que se llama también Gesualdo, evoca un verano feliz, de 30 años atrás, en Módica, al sur de Sicilia. Tiene «los nervios deshechos», ha cumplido ya los 60 años, «razonable edad para morir, no tanto para escribir», y quiere hacer un «libro feliz» sobre el tiempo de la dicha. Con los cien ojos de la memoria, este Argos contemporáneo, ciego ya por la decrepitud, deja fluir los recuerdos, la evocación de la edad, su edad, del amor. El incendio de la vida asoma sus llamaradas en el teatro de ceniza del hotel romano. Entonces, Módica, el pueblo rememorado, «era un teatro», anota Argos-Bufalino, «un escenario de piedras rosa, una fiesta de prodigios. Y cómo olía a jazmín al hacerse de noche». Vuelven a la memoria las soñadas muchachas en flor; la transitan también los galanes quemados por el deseo. Pues este libro habla de la felicidad, de la gloria de los cuerpos llameantes.

**Lectulandia**

Gesualdo Bufalino

# **Argos el ciego**

**Los sueños de la memoria**

ePub r1.0

Titivillus 14.08.17

Título original: *Argo il cieco, ovvero, I sogni della memoria*

Gesualdo Bufalino, 1984

Traducción: Joaquín Jordá

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A G.,  
*por su salvación*

# Presentación:

## BUFALINO, SCIASCIA, SELLERIO, JORDÁ

En este libro se reúnen las dos primeras novelas de Gesualdo Bufalino, unánimemente considerado uno de los mejores escritores italianos del siglo xx. Y también uno de los «casos literarios» más singulares: la conjugación de un gran escritor secreto, el propio Bufalino, y un escritor y editor excepcional, Leonardo Sciascia.

Bufalino, profesor de instituto jubilado, reticente ante el mundo editorial, escribió una introducción a un volumen de fotografías de Comiso, su ciudad natal. Sciascia leyó el texto y detectó de inmediato a un auténtico escritor y, tras una convincente tarea de persuasión, le convenció para que publicara, a sus sesenta años, en la editorial siciliana Sellerio, en 1981, *Perorata del apestado*, que fue recibido de forma entusiasta por la crítica italiana (como sucedería más tarde en España), obtuvo el prestigioso Premio Campiello y se convirtió en un *instant classic*. Su siguiente novela, *Argos el ciego*, tuvo una acogida no menos calurosa. Como señaló Lluís Bassets en su reseña en *El País*, «la nueva novela que aparece ahora en versión castellana es, en muchos aspectos, una continuación de la primera», aunque «el orden de las novelas, como todo en Bufalino, está trastocado, saludablemente trastocado».

Cuando leía *Perorata del apestado* pensé que el mejor traductor posible para Bufalino era mi gran amigo y colaborador Joaquín Jordá. También se entusiasmó, se puso a la tarea, e incluso viajó a Sicilia, con motivo de la traducción de *Argos el ciego*, para entablar una relación profesional y pronto amistosa con el autor. El resultado son dos espléndidas traducciones, muy explícitamente alabadas en su día por los entendidos.

En cuanto a Leonardo Sciascia, en 2003 apareció (naturalmente en Sellerio editore) un interesantísimo volumen, *Leonardo Sciascia escritor editor o La felicidad de hacer libros*, de Salvatore Silvano Nigro, en el que destaca su amor por el oficio de editor, que ejerció con tanta pasión y *finesse* en Sellerio. De su puño y letra Sciascia escribió que había querido desmentir así la convicción difusa de que «imprimir libros en Sicilia era como cultivar higos chumbos en Milán».

Salvatore Silvano Nigro afirma que, para Sellerio, capitaneado por la indomable Elvira Sellerio, Sciascia, además de autor fundamental de la casa, «fue una especie de socio editor sin intereses financieros, director editorial, asesor y lector, amigo, jefe de prensa y responsable de relaciones públicas, e incluso persona experta en cuestiones prácticas de todo género». Y naturalmente se deleitó en escoger títulos y crear colecciones. Entre ellas destaca «La mirada», fundada en 1979 y dedicada a la perdurabilidad y la recuperación de la memoria, con su inconfundible color azul y sus

elegantes ilustraciones, que resultó «un milagro comercial y empresarial, porque representaba la innovación de un producto. Eran años dominados por libros diametralmente diversos, en todos los sentidos, y sin embargo tuvo un éxito rápido e inesperado». En ella figuraron, naturalmente, *Perorata del apestado* y *Argos el ciego*, entre otros títulos de Bufalino, la memorable *Dama de Porto Pim* de Antonio Tabucchi, *El rey de las Dos Sicilias* (que inauguró nuestra colección «Otra vuelta de tuerca») y *La lección de lengua muerta* del polaco Andrzej Kuśniewicz, «el mayor escritor que se ha revelado en estos últimos años» (palabra de Sciascia), o los primeros títulos traducidos al italiano de Sergio Pitol, Enrique Vila-Matas y Roberto Bolaño. Poco más había que añadir respecto a la excelencia de la colección si no fuera porque, además de llevar a cabo la magnífica selección, Sciascia escribía, para muchos títulos, *i risvolti di copertina*, las contraportadas, «con su gran estilográfica, una Waterman con una enorme plumilla de oro, redactaba plácidamente sobre una hojita su comentario. Y lo hacía con una escritura lentísima y angulosa y una velocidad de composición, por el contrario, inimaginable». Entre dichas contraportadas figuraba la de *Perorata del apestado* que aparece traducida para nuestra edición.

Y quiero terminar este homenaje a Bufalino, Sciascia, Sellerio y Jordá con una cita inolvidable y esperanzada del gran don Gesualdo: «Nadie puede descartar que en este mismo momento, en un parvulario de quién sabe dónde, un nuevo Dante, un nuevo Shakespeare, esté, con sus deditos inciertos, garabateando sobre un papel en blanco las primeras sílabas de un nuevo, inaudito alfabeto».

JORGE HERRALDE

*Arge, faces, quodque in tot lumina lumen habebas extinctum est, centumque  
oculos nox occupat una.*

OVIDIO, Met., I, 720-21

# 0

## *Prospecto de intenciones.*

«Perdida por timidez la ocasión de morir, un escritor infeliz decide curarse escribiendo un libro feliz. Pide su argumento, según costumbre, a los cien ojos de la memoria y a las lisonjas de la juventud. Ocurre, empero, que a medida que avanza el relato, y se adorna con fábulas, y hormiguea de luminarias, más surcos deja entre líneas al aliento del negro presente. Al escritor no le resta sino diferir *sine die* la salud, satisfecho de haber sacado de la aventura alguna momentánea e ilusoria esperanza de amar la inverosímil vida».

Partir de esta hipótesis. Luego se verá qué sucede.

# I

## *El autor, para alegrarse la mente, rememora antiguas leticias y penas de amor perdidas en un pueblo que ya no existe*

Fui joven y feliz un verano, en el cincuenta y uno. Ni antes ni después: aquel verano. Y tal vez fue gracias al lugar donde vivía, un pueblo con aspecto de granada reventada; próximo al mar pero campesino; mitad recogido sobre un espolón de roca, mitad esparcido a sus pies; con muchas escaleras entre las dos mitades, que servían de correveidiles, y nubes en el cielo de un campanario a otro, exhaustas como estafetas de los Caballeros del Rey... Qué revolotear, en aquel tiempo, de percales caseros y sábanas de tela de lino por todas las callejas de las dos Módicas, la Baja y la Alta; y qué angelicales muchachas asomándose por los alféizares, todas morenas. La que yo amaba era la más morena.

En el cincuenta y uno, yo bailaba mal. No es que antes hubiera bailado bien. Sin embargo, con los tangos adornados y las polcas llegué a adquirir alguna familiaridad, y equivocaba, marraba únicamente las vueltas. Mientras que, ahora que de ambas Américas desembarcaban todos los días decenas de nuevos pasos y nombres de bailes, tenía ganas de practicar ante el espejo de la pensión, acompañándome desconfiadamente con un silbido, tenía ganas... En las pistas, en las salas, dondequiera que se me ocurriera abrir y cerrar a tontas y a locas las tijeras de mis piernas, todas las sonrisas y todos los aplausos de agosto eran para otro, Liborio Galfo, el virtuoso del buguibugui.

No importaba demasiado, andaba yo entonces por la treintena, poco más o menos; y, por un motivo que yo me sé, nunca había tenido veinte años. Los tuve entonces, inopinadamente, como regalo de aquel verano, al fin y al cabo se me debían.

Ahora no permitiré que ningún sabihondo de la Francia venga a decirme que a los veinte años, por tardíos y postizos que sean, no se es feliz. Aunque amemos, y no seamos correspondidos, a una morena de cara aceitunada, de cuerpo de culebrilla, con la voz que hace *glu glu* en las cañas de la garganta; aunque ella sólo muestre desprecios hacia el miope y tartajoso poeta y reserve el brillo de sus ojos únicamente para la competencia. No, no eres desgraciado, aunque proclames a voz en grito que sí lo eres, y llores complacidamente un sábado sí y otro también, a la vuelta de Cava d'Aliga, antes de que te atrape el sueño y duermas doce horas de un tirón... Llorar, dormir, soñar. Y en sueños te comes crudos a tus rivales, les desordenas a capricho los ricitos de la cabeza y los bigotitos de mosquetero, les arrugas la raya del pantalón en la pierna danzarina. En sueños no necesitas gran cosa, en medio de una pirueta, para colocar debajo de esos tacones, como una mina de Pietro Micca<sup>[1]</sup>, una

irresistible piel de plátano...

Creedme, los amores no correspondidos son los más cómodos. Sin ninguno de los sabores a ceniza y vinagre que acompañan los efímeros acuerdos. Yo lo había aprendido en parte en los libros, y en parte me divertía persuadirme de ello, por reserva, misantropía, vanidosilla autosuficiencia. Así que nunca buscaba un buen encuentro, una intimidad, con la muchacha. «La amo, pero ella no tiene nada que ver, es algo que sólo me concierne a mí», había pensado en voz alta un domingo, mientras me afeitaba en el cuarto de baño, y la frase me había gustado, la había escrito con el dedo en el cristal empañado por el aliento, repitiéndomela gustosamente desde entonces, como un antídoto que me ayudara a salvarme de las víboras de los celos. ¿Maria Venera no sentía nada por mí? Tanto mejor: eso me procuraba una libertad sin límites, mis impulsos hacia ella eran exclusivamente míos, en la fantasía podía jugármela y ganarla a mi capricho. Haciendo trampas, si era necesario: es bien sabido que no hay placer más excepcional que hacer trampas en un solitario... Porque si luego me hubieran preguntado cuántas veces había intentado socavar su indiferencia, habría contestado con un encogimiento de hombros. O tal vez habría admitido que en cierta ocasión la había invitado a un vertiginoso *Danubio azul*, pero para pisar una y otra vez sus pies como un arado; y que en el ambigú, mientras sorbía un licor, le había balbuceado que sus cabellos eran hermosos, consiguiendo a cambio una irónica reverencia; y habría confesado tal vez que durante un mes la había esperado y seguido todas las noches para ocultarme después en un portal; y que, en suma, le había dedicado versos. Los recitaba lentamente, al oscurecer, antes de salir a la calle, mientras a través de los listones de la persiana me dedicaba a escrutar el Corso (lo llamaban el Salón, era un majestuoso río de losas entre dos lejanísimas aceras) en espera de que se encendieran las farolas municipales y comenzara, con los ritos de una noble Corte de Amor, el paseo público. Ya sabía, gracias al aviso de un misterioso despertador incrustado en la frente —el mismo que en los tiempos del instituto me hacía abrir los ojos a las siete menos un minuto—, a qué hora, y a la altura de qué escaparate, la encontraría y saludaría con los ojos, sonrojándome. Adivinaba qué traje vestiría: si el negro con los bordes y la solapita de encaje; si el negro con los bolsillitos debajo de la cintura; si el negro con perlititas, ceñido bajo el busto hasta estallar. Adivinarlo no era difícil. Maria Venera vestía siempre de negro, salvo en los días de gran gala, cuando la veíamos avanzar bajo las luces, enfajada en un plisado blanco, y también la cara emblanquecida por las mil esperas de vaya usted a saber qué cosas que le hinchaban el corazón...

¡Dios nos libre de los amores no correspondidos! Vaya bruto el que diga que son los más cómodos. Uno rumia hiel, se emperra en manías, en fantasías, habla sin ton ni son, se hace vulnerable a los bacilos más inofensivos. Y demos gracias al cielo si no termina todo en una barrabasada. Porque el amor es un extraño pájaro, un gorrión

vagabundo, que no se puede, no se puede... ¡Ah, Maria Venera, cuando cantaba la *Habanera*<sup>[2]</sup>, acompañándose al piano, y me clavaba, uno tras otro, siete alfileres en el corazón! Maria Venera tenía un piano, y era uno de los pocos restos del lujo antiguo, dado que ahora era pobre, hija única huérfana, obligada a vivir a solas con el abuelo y a confiar, para las vacaciones, en la bondad de sus tías maternas, las Trubia. Por ello no veía la hora de que llegara el verano: para poner pies en polvorosa y dejar atrás los batientes del viejo palacio, un edificio en ruinas, pero que seguía intimidando, por lo cubierto que estaba de ringorrangos nobiliarios, desde la cornisa tallada hasta los mascarones barrocos debajo de las ménsulas de los balcones. Yo pasaba a sus pies todos los días, y mi táctica consistía en pararme con un cuaderno de notas y un lápiz en la mano, como quien dibuja o toma apuntes. De vez en cuando me asentía con la cabeza a mí mismo, dándome aires de estudioso o de estudiante, mientras contemplaba las muecas de la piedra: jetas grotescas, toscos morros de diablotes enfurruñados, a los que había apodado con nombres escolares, Barbariccia, Calcabrina, Alichino<sup>[3]</sup>, y entre cuyos labios crecía un musgo exuberante. A decir verdad, la entera fábrica infundía pena, castigada por el tiempo y el descuido. Sólo la piedra, en todas aquellas partes donde el revoque había desaparecido, lucía hermosa en su delgadez y desnudez de concha. Pronta, si el crepúsculo la golpeaba, a sonrojarse como una mejilla. Era una piedra caliza de ilustres canteras, para casas de hidalgos. E hidalga era Maria Venera, una de esas muchachas que en nuestros pueblos son enviadas a estudiar al conservatorio de Palermo, de donde había regresado precozmente, después de la muerte de los suyos y el descalabro de la hacienda, conservando de aquellos estudios una tenue y dulce memoria, cuyos efectos percibíamos algunas tardes de siroco, cuando por el balcón abierto se oía derramarse a borbotones en dirección al Carmine, y San Giorgio, y los doce santos apóstoles de la escalinata de San Pietro, aquel colegial popurrí de la *Carmen* (¡Maria Venera, dondequiera que estés, bendito sea tu nombre!).

Alvise era el abuelo, don Alvise Salibba, y rozaba los noventa. Había sido una maravilla de hombre, y en cierto modo seguía siéndolo. Culpaba alegremente de la extravagancia de su nombre a un remoto viaje de novios a Venecia, durante el cual su madre habría engañado una noche al marido, abatido por el reuma, con un Alvise gondolero de ojos azul celeste; repitiendo al cabo de nueve meses el nombre en el registro civil por amor de gratitud y de memoria... Una de las tantas patrañas con que el divertido cinismo del viejo se complacía en escandalizar a los transeúntes, sentado en la sillita plegable que llevaba colgada del brazo, debajo de una acacia de la avenida, justo enfrente del Círculo de los Civiles, donde había jurado no volver a poner los pies después de haber perdido la última finca en una mesa de *zecchinetta*. Se sentaba con panamá y botines, tanto en invierno como en verano, y con la empuñadura de su bastón de nogal atrapaba cualquier tobillo de paso, fuera amigo, conocido o turista, y lo atraía ávidamente hacia sí, imponiéndole la parada y la audiencia. Poco a poco se formaba un círculo, Alvise sabía hablar y los días eran tan

perezosos en aquel tiempo, había tanta luz en el aire, era tan hermoso pararse en la luz y escuchar a un anciano de solemnes canas que hablaba de Lina Cavalieri y de la Bella Otero. Alvise las había conocido, afirmaba, en sus años mozos, cuando recorría Europa en un Hispano, con un *chauffeur* de Ragusa Ibla y un franchute políglota, escamoteado a peso de oro a la corte de los Grimaldi de Mónaco. Entraban en sus palabras, que olían a colonia y habano, todos los resplandores y las leyendas de una vida menos accesible para nosotros que la de un habitante de Samarcanda o Golconda, y suavemente nos quedábamos embobados. Él mismo, por otra parte, ondeaba al viento como honrosa bandera, si era cierto el rumor que susurraban de que hasta ayer tendía en la alcoba, y no sólo a título de calientacamás, a la sirvienta sesentona...

Alvise hablaba, y su voz condimentaba la luz entre las grandes piedras doradas y blancas de los palacios, se convertía en un persuasivo responso que el siglo pasado había conservado lealmente para nosotros. En aquellos junio y julio del cincuenta y uno, la luz de Módica tenía una cualidad excepcional: un polvillo reluciente que no he vuelto a ver desde entonces, y que recuerdo que atravesaba en muelles corrientes, a modo de Espíritu Santo, los hilos colgantes de la mosquitera, en la *trattoria* de don Cesare, y que llegaba a contornear con una aureola de oro los costados de las frascas. Aquí, sobre el dibujo del hule, hasta las manchas y los lamparones se dejaban organizar en alfabetos de afable lengua, y borboteaban algo simpático. Aunque el auténtico lugar del hechizo se ocultara más allá, en un rincón de la cocina, sobre una trébede negrísima, donde estaba la pecera. Ahí se dirigía cada cinco minutos la atención de los parroquianos, hasta tal punto parecían dibujar los serpenteos del prisionero, en su aparente capricho, un entresijo de mudas melodías, desvelando y velando, sucesivamente, la celeste cábala de la estación.

Insensible a cualquier sofisma, ciego a cualquier misterio, don Cesare se ocupaba de arrojar al acuario las migajas recogidas entre plato y plato, sin olvidarse de entonar mientras tanto un soldadesco toque de rancho, que suponía familiar a cualquier criatura marina, de la sirena al salmonete. Le hacía eco la cocinera, Mariccia o Amapola, según prefiramos el nombre de pila o el otro, de guerra, de sus tiempos más gloriosos, cuando se había instalado en Bengasi, mercenaria galante en pos de la tropa, llegando incluso a vivir en una *alhambra*<sup>[4]</sup> de treinta salas, con *azulejos*<sup>[5]</sup> en todas ellas del suelo al techo, y en el centro un baldaquín gigante, rodeado de chorritos de agua balsámica. Fue en semejante escenario de las *Mil y una noches* donde le había tocado lidiar en cierta ocasión, ayudada por una árabe impúber, un violento ayuntamiento a tres con un jerarca uniformado, el cual pretendía (un suplantador barbudo, probablemente) llamarse Italo<sup>[6]</sup> y que ambas le pegaran sucesivamente con la hebilla del cinturón.

Otros tiempos. Mariccia estaba ahora quejumbrosa y cansada, tenía los dientes temblorosos, calores en la cabeza. Y de las pasadas justas carnales apenas conservaba un brumoso recuerdo, igual que de los juveniles naufragios, un contraamaestre

jubilado sentado en un banco del puerto. Pero Amapola era buena, y seguía siéndolo, para los trapicheos del corazón y de los sentimientos, una exaltación solidaria y piadosa que necesitaba desahogar a cualquier costa, con pálpitos, asombros, miedos, bien sobre las páginas de los Salani de antes de la guerra que conservaba en fascículos en sus baúles con mil y un viajes encima, o bien (mucho mejor) escuchando mis efusiones en honor de Maria Venera. Porque yo hablaba incansablemente todos los días de la muchacha. De palabra, con Mariccia; en casa, en negro sobre blanco, en jubilantes jaculatorias que colgaba de la pared con cuatro chinchetas y me aprendía de memoria, como hacen con las topografías de los bancos los aprendices de atracador.

Entonces enseñaba en una escuela de chicas. En un pueblo que no era el mío, de pensión en casa de una viuda, Amalia, con hija en el colegio, usufructuario semanal de sus concupiscencias ajamonadas, de las cuales me separaba cada vez más contrito, ansioso de correr a mi habitación para escribir a la otra en señal de penitencia. Y poco me importaba si se me olvidaba cerrar con llave y la viuda, subiendo silenciosa de su tienducha de libros de la planta baja, me sorprendía in fraganti, con la plumilla Perry en ristre, la mente y el corazón en ebullición, y las mejillas lacrimosas (siempre lloraba copiosamente cuando escribía versos de amor).

Acababa entonces por irme al bar, a sentarme tras una mesa que me había apropiado, desde la cual, levantando la mirada, se desplegaba ante mí, solícito y múltiple, el cine de la ciudad. No existía para mí mejor escritorio, ni palco, ni salón, ni ocasión de encuentros; ninguna mejor distracción del mal de amores. A veces venía a visitarme el corneta de la banda municipal, a quien le gustaba exhibirse incluso fuera de servicio, y, estimulado por mis pantomimas de aplauso, acometía con el ardor de un infante lanzado al asalto los más inaprehensibles agudos... Otras veces comparecían los alienados del lugar, todos ellos pacíficos y dulces, cada uno con una quimera solitaria en el corazón, al que yo era el único en prestar fe y alivio... O bien pasaban cogidas del brazo, saludándome desde lejos, las dos magas rivales y amigas, la señora Tònchila Canigiula y doña Ninfa Scacciaguerra, a cuyas moradas llamaría más adelante, menos curioso de sahumeros y hechizos que de sus bromas jocosamente fúnebres...

Pero aún me gustaba más la compañía (de los amigos corrientes hablaré más adelante) de los titulares de los oficios menos frecuentes, desde Carmine *'u ciarmavermi*, vendedor de algas marinas contra las lombrices de los niños, hasta Cicerè, casamentero, pasando por los hermanos Malanova, muñidores de votos y ropavejeros ambulantes...

El pueblo era un teatro, un escenario de piedras rosas, una fiesta de prodigios. Y cómo olía a jazmín al hacerse de noche. No me cansaría de contarle, de volver a reflejarme en un tan tierno espejismo de lontananzas; de verme de nuevo, cuando por la mañana salía al encuentro de las peripecias de la vida, entregado a la vida entera, a sus golpes de dados y abundancias de risas y de llantos, y conciertos de campanas.

Cuántas campanas había entonces en Módica, para bodas, bautismos, completas, ángelus, pero sobre todo para funerales, cuánto se moría en Módica, se oía cada media hora, sin que llegara a turbar a nadie, estallar como un trueno en el aire el argentino y estimulante *ding dong* de la muerte...

No me cansaría, era yo entonces un niño viejo, avejentado por la vida y por los libros, pero siempre niño. Cuanto puede serlo quien abre sobre las cosas, apenas se despierta, dos grandes y atónitas pupilas.

## II

### *Letanía de las hermosas noches. Y cómo fue que se llegó a aquel verano a través de varias estaciones y varios fruncimientos del sentimiento*

Felicidad, mi cielo antiguo; noches, mi paraíso...

Silencios azules de la noche recién nacida, cuando, salvando el débil biombo de los muros, sube de la calle a nuestra almohada, pero inmediatamente se atenúa y se apaga, el paso de un solitario (borracho ocioso, partera que vuelve a casa, celoso lacero, adúltero del jueves), y ese sigilo concluye el día de la misma manera que una mano baja suavemente un telón...

Capa negra de la una de la madrugada, en la que se sumergen las serenatas... Y en la que, si se alzan voces, parece apagarlas una mordaza de delicadas sordinas; o tal vez conciliábulo de sombras desde un banco alejado, entre los arriates del habitual Monumento a los Caídos...

(¿Os habéis fijado en que con la distancia cualquier palabra se desencarna y confunde con los más diversos rumores? El canto de las fuentes, las tranquilas actividades de los criados, un poco de viento entre las casas...)

Entonces nos levantamos de la cama, aguzamos el oído: bajo las plantas descalzas de los pies, las arrugas de los ladrillos son de una conmovedora frescura. Apenas hemos entreabierto la contraventana y ya es demasiado tarde, abajo sólo ha quedado una negrura de pez y paz, altísima paz; si te asomas, sólo se avizora un animalito, un Mefistófeles peludo, cruzando la calle con patas afelpadas, y permanece por unos instantes a ras de tierra una nómada fosforescencia de ojos, un volátil zigzag...

Noches, noches entradas de verano, mientras se vuelve de la Sorda después de la velada; y sobre el campo de olivos y encinas sigue colgando una afilada luna, sembrándolo de topos blancos como sayas de novicia; y las parejas de muchachas, del brazo de los caballeros, prolongan entre seto y seto inusitadas figuras de baile, y se enlazan, se sueltan, obedeciendo a un vaivén tierno y ahíto que a las puertas del pueblo se desparrama en murmullos, saludos, caricias de manos furtivas; y las terribles madres, que aguardan en la ventana, sienten que una blanda espuma de somnolencia las languidece al perdón...

Muchachas, yo os amaba. Maria Venera, Angela, Ines. Todavía hoy, a veces, basta una parada en un paso a nivel, mientras llueve y el tren parece haberse perdido en la oscuridad, después de que un par de pitidos me lo había hecho suponer inminente, y el menudo y reluciente guiño del Autovox me llena de sopor, me acuna, me deja encandilado en uno de mis reiterados éxtasis del pensamiento..., basta una parada de diez minutos; además de las celestinescas yemas de la lluvia sobre el parabrisas; además de la delicuescencia de aquel saxo entre Hilversum y Monteceneri; así, en la

papilla de los sonidos recorto una ventanilla de humo por la que, una tras otra, se asoman las muchachas de mi vida... Veranos de antaño, pérgolas en la colina, senderos entre los perales enanos, arenales de Pietranera... Una mano sacude en el aire una sandalia sucia de arena amarilla. Se alza una inmensa nube de fuego. La invaden luego oscuras almadías. Oh, realmente lleva razón aquel tipo<sup>[7]</sup>: la pelota que arrojé de niño, mientras jugaba en el parque, aún no ha llegado al suelo. Y de nuevo triviales secretos se ocultan en el reverso de un sello de correos; se desprende un colgante, rueda debajo de una cómoda... Hoces exangües de labios, motivos de viejas pавanas... Venera, Assunta, Isolina: ¡grupos rosados, puntos de partida del escalofrío! ¡Quién sabe dónde estáis, quién sabe dónde están las bellas *d'antan*, Flora, la bella romana, y Taide<sup>[8]</sup>, y la taquillera Adalgisa, del cine Splendor, desdeñosa, quién sabe dónde está, cuántos hijos tiene, y patas de gallo en el cuello, y varices en las inolvidables pantorrillas!... Y quién sabe en qué trapo de cocina o en qué tapón de barrica se ha convertido mi corbata de seda, con elefantes verdes y pagodas...<sup>[9]</sup> *Eheu, fugaces, Postume, Postume*<sup>[10]</sup> escolarmente me lamento, y junto a Póstumo me acuerdo de Marcel<sup>[11]</sup>. Ya que, a decir verdad, todas las voces y los rostros de mis mujeres no pesan, uno junto al otro, más que un escaso gramo de polvo, y las corbatas y las taquilleras, ay de mí, son tan fugaces como los años.

Sí, de acuerdo, ¡pero qué bonito es, aquí, desde mi asiento de conductor, mientras el calor de la calefacción me consuela los pobres tobillos, qué inútil y qué bonito es, Venera, Ada, Corrada, invitaros a que os reunáis ante mí! Veros florecer sobre esta pantalla empañada, marchitar, florecer de nuevo, a cada paso del limpiaparabrisas... Hasta que el convoy que llega, corpulento y ciego, os ponga en fuga por el campo, dejando atrás, en su gris olor canino, sólo una salpicadura de gotas, y esa tenue claridad instantánea, casi de bombilla de parque de atracciones que se apaga, o de luciérnaga desempolvada involuntariamente por un tacón...

Las otras tres estaciones, antes de aquel verano, habían volado con rapidez, ni tristes ni alegres. El otoño depositó alguna gasa de niebla tras los cristales del aula, y el último tábano en expirar, pataleando, entre dos páginas del libro de calificaciones. El último higo de octubre se arrugó de almíbar, sin ser recogido, en una rama reseca por el frío, en el campo sólo quedaron las flores de cardo, erguidas, como un miserable pelotón de esqueléticos capuchinos. Luego, las moreras de los patios comenzaron a deshojarse, empezó a llover cada día, de las ocho y media a las nueve, como a propósito, como por envidia de las estrellas contra el primer, siempre prometido y siempre aplazado, paseo del año escolar. Las muchachas llegaban con el exiguo montón de libros colgado del meñique derecho, esperanzadas de poder abandonarlo en el banco envuelto en su correíta, para finalmente trepar en columna por las rampas de Monserrato. Ilusiones. Apenas habían llegado a ver la puerta de entrada cuando oían con la voz del director Biscari el antiguo proverbio que había transformado contra ellas a modo de afectuoso e inalterable improprio: «*Cielo a*

*pecorelle, scuola a catinelle»*<sup>[12]</sup>. Todavía más airadas si, en ese preciso instante, mientras alzaban como venenosos reproches las pupilas a las amenazas del cielo, un bufido de tramontana las pillaba desprevenidas, sin respetar, doloroso es decirlo, su pudor. Se alzaban como banderas, y trastornaban el mundo, las faldas tenebrosas de los dieciocho años; y ese relámpago desenterraba pedazos de carne imprevisiblemente fofa, publicaba gloriosos golfos de sombra, *dessous* en ocasiones no precisamente impolutos...

Finalmente aparecía Gertrude en lo alto de las escaleras, y parecía Palas Atenea. La bedel Gertrude, alta, grande, soberana y sombría, indicaba imperiosamente a su pueblo que entrara. Bajo el agua que ahora caía ya a cántaros, en fila india, con los senos incómodos entre dos hileras de astutos codos, entraban las revoltosas, arrojando sobre mi tímido e indómito corazón el alquitrán de sus miradas.

*Oh potess'eo venire a voi amorosa  
como larrone ascoso e non paresse...*<sup>[13]</sup>

comenzaba yo a decir, inmediatamente después del aviso, aprovechando el momentáneo silencio, pero ninguna parecía no ya entenderme, ni siquiera oírme: ojeaban detrás de las cristaleras, rabiosamente, cómo el aire se aclaraba bajo el sol de las nueve y cuarto, y a través de un desgarrón del mal tiempo irrumpía en el aula y bailoteaba un rayo irónico de oro.

«Escuela a raudales», pues; pero las distraía cualquier tontería de la calle: el bocinazo galante de un autobús, más o menos perentorio según la petulancia y la juventud del conductor; o bien en la ventana, después del repiqueteo de la lluvia, el otro, poco distinto, de los gorriones, más necesitados de asilo que curiosos de Pier delle Vigne; o bien el dibujo de mi corbata, y si de un hombro, entre antiguas sementeras de caspa, me colgaba un cabello, liso y largo, que podía ser, sospechaban, más bien de otros que mío. Entonces pensaba que pronto comenzarían para ellas las cantinelas estacionales de las lágrimas, con el rostro y la melena hundidos de repente en la curva del brazo: lágrimas de las recién abandonadas de la canícula; de las nuevas enamoradas de octubre, pero que ya se enfurruñaban con malentendidos y enfados de la empollona fea, condenada a la soledad de la primera de la clase; de la guapa sin dote, sin trajes que estrenar la próxima noche de Fin de Año; de todas las demás que sollozaban por mera emulación y exuberancia de corazón...

Y pensaba, por contraste, en mi mucho más adulto sentimiento del amor, contento de haberlo domesticado en aquella situación de duermevela: yo a un lado, dentro de mí, con quimeras y extravagancias mías; ella, Maria Venera, remota detrás de su salvaguardia de intransitivo sosiego y de nobilísimas piedras. Pensaba, y los endecasílabos de los poetas morían por sí solos entre los labios. La pausa me permitía cazar al vuelo, en el bisbiseo de dos charlatanas sorprendidas por el inesperado

armisticio, el chasquido de una sílaba que no habían tenido tiempo de truncar, de un adjetivo cuya desinencia, inevitablemente masculina, dejaba únicamente la duda de si pertenecía a un jovencito o a un vestido.

Así sucesivamente, una semana tras otra, mientras el tiempo se oscurecía a ojos vistas, se enfriaba. Me servía de termómetro la solapa cada vez más subida sobre la nuca, siempre que en el intervalo se me ocurría acercarme al Café Bonaiuto por una bebida, y me golpeaban las ráfagas que asaeteaban por doquier el espolón de piedra allí arriba, pájaro calvo de alas abatidas, custodiando agazapado las ceremonias invariables de la ciudad. De ahora en adelante aguardaríamos confiados el aroma de las castañeras vespertinas, pediríamos el sueño al restallido de los neumáticos sobre el asfalto mojado, nos acostumaríamos a contemplar desde la sala de profesores sobre las aceras de enfrente cómo el quiosco de periódicos se empapaba y gruñía bajo la lluvia, y, a dos pasos, cómo el mingitorio gigante de la misma acera se ofrecía a las correrías del viento, igual que una ruina a cielo abierto de Herculano y Pompeya. Tal vez sólo yo, forastero, me resistiría, la noche de la feria, yo y nadie más, a jugar un «me quiere, no me quiere» a golpes de *flobert* contra las pipas de yeso de una solitaria caseta de tiro al blanco.

Noviembre, diciembre: húmedos residuos de mil novecientos cincuenta. El invierno se halla ahora en su cúspide, melancolísimo de hielos, inundaciones, gatos de ojos avellana... Pasé un cumpleaños sin regalos, aunque no los habría pretendido de los colegas amigos, también ellos alejados de casa, obligados a mimar al céntimo el miserable estipendio. Y no obstante dispuestos a inventarse vacaciones y pasatiempos goliárdicos y a sacar recursos de donde no los hay, con cuatro perras chicas de imaginación. Yo les apreciaba, pero prefería el cine de todas las tardes, aquellas bonitas matanzas de las películas de los hermanos Warner, con mis actrices preferidas, enamoradas de la serie B: Ann Sheridan, Ida Lupino..., o bien, de noche, los conciertos de la Sociedad Filarmónica, todo un Chopin lacrimoso, especialmente en aquel fragmento donde se oye la gota que cae, bajo los impertérritos dedos de la profesora Tuvè, amarillos de nicotina y nudosos como palillos de tambor mayor.

No faltaba ni a una de esas reuniones, ni siquiera en los atardeceres de lluvia y viento, cuando me veía obligado a mostrar en público mis deformes botas de agua y los labios agrietados por el frío, ridículamente untados de manteca de cacao (siempre he soportado pésimamente el más mínimo frío). Pero allí delante estaba, en primera fila, sobre la silla de enea, una tal Maria Venera, con las rodillas apretadísimas debajo de la falda plisada, y las manos cruzadas en el regazo, tiesa de cintura para arriba, con su expresión de presunta concedora, igual que el busto de Nefertiti sobre el zócalo de un museo.

Al salir, si había dejado de llover, me aguardaban fuera, sonriendo maliciosamente, mis melófobos amigos. No me quedaba sino seguirles por los barrios periféricos, a la aventura. Caminábamos, embutidos y ambulantes en nuestros abrigos

vueltos del revés, yo protestando, reacio a secundarles en sus más opacas fatuidades: embadurnar con malos garabatos los aldabones de las casas patricias; caminar paso a paso tras las huellas de los colocadores de carteles electorales, para mezclarles en la bolsa, abandonada por un instante en la esquina, las dos mitades de los carteles rivales, de modo que apareciera en las paredes un potaje de hoces, cruces, cirios, martillos heteróclitamente pesados. Escapando luego para caer en los brazos estupefactos («¡Cómo, *vossia*<sup>[14]</sup>, profesor!») del vigilante nocturno Miciano. Cuando no probábamos a presentarnos como topógrafos de Palermo, venidos a efectuar el censo de las ruinas arquitectónicas. Nos adentrábamos por los estrechos menos fáciles, via sant-Acconsio, callejón Albanese, donde el espacio entre dos *dammusi*<sup>[15]</sup> es más exiguo que un pasillo, y de los hornillos encendidos se desprende mafiosamente un olorcillo a sardinas. Nos jactábamos de promesas de alcantarillado, restauraciones; al irnos, nos acompañaba un coro de estupores y bendiciones masculinas, y alguna mirada deseosa de mujer...

De esa pasta estaban hechos los amigos, recién llegados de la guerra, y para olvidarla tonteaban con crueldad. Saro Licausi, Pietro Iaccarino... Ahora, sombras.

Perdí una romántica apuesta con Saro Licausi, sobre quién descubriría y recogería la primera flor de almendro por la costa del Idria, nuestra excursión de cada domingo. A costa de romperse los zapatos quería ganar él, y trepaba con prudencia de cazador furtivo allí donde, desde lejos, le había parecido distinguir el árbol más lozano. Hasta que entre los follajes y las cortezas se le reveló una impalpable perla, un rocío rosado, una mariposa titubeante, recién aparecida en la rama después de una fulminante incubación nocturna.

Perdí la apuesta pero no la pagué. En aquel tiempo apostábamos sobre todo, pero nadie pagaba nunca las apuestas perdidas. Ahora que el tiempo tendía a mejorar, dábamos paseos de floricultores, ellos me enseñaban los nombres; ésta es una anémona, aquello es una azalea. Pero yo bautizaba cualquier tipo de flor con un nombre de la Cuarta B, y en la escuela, viceversa, con un nombre de flor a cada muchacha de los bancos, en el capullo hinchado de su bata. Ahora, sobre los tejados, los pichones se multiplicaban de la noche a la mañana, y las pedradas del sacristán les acertaban sin dificultad. El cielo era ya otra cosa, un cielo de porcelana que rebosaba de luz como un jarro demasiado lleno y parecía querer vaciarse, arrojándola sin orden ni concierto en cada agujero o boca vecina, garganta de alondra o celda de campanario. Eran cien más o menos las iglesias de Módica y otros tantos los campanarios, de San Pietro a San Giuseppe, al Gesù, cien iglesias, todas ellas con su aliento de beatas pegado a la cal, como se pega a un mono el olor de un sudor obrero. Iglesias de un hermoso barroco carnal, con redondas y erguidas columnas, diríanse las piernas de Maria Venera; iglesias con cúpulas, cupulillas, que, si a mis amigos recordaban formas de torta cocida en las cretas de Caltagirone, suscitaban en mí otra similitud más conmovedora: con los luminosos senos de ella, detrás de los botones

del corpiño, abotonados sólo a medias...

Pascua llegó tarde, aquel año. Para preparar las tortas hay que proveerse a tiempo de queso y de requesón en las granjas del altiplano. A ellas fue de mala gana el posadero don Cesare, en una pequeña calesa. Regresando de allí con un tufo de excrementos ovinos y bovinos bajo las botas, y (recriminó) en las narices, el hedor de doña Tura, una tostada pastora famosa en todos los alrededores por los peajes amorosos impuestos a cualquier viandante varón que la suerte le condujera.

Finalmente, de las laderas del monte Tabbuto, de las grutas de Pantalica y de Ispica, toda la tierra, miocena y pliocena, esquistos, fallas, sementeras y madrigueras, venas de agua y hendiduras sísmicas, toda la tierra del Val di Noto tembló, entreabrió imperceptiblemente los calcáreos labios a una sonrisa. Un escorpión entre dos piedras frotó lánguidamente entre sí las dos pinzas, una señorita lagartija asomó un instante el hocico de la trinchera de una brizna de hierba, lo retiró, y volvió a asomarlo. Don Alvise se sacó los calzoncillos largos de lana y fue primavera.

## *Fuga de la muchacha y comedia de enredo de su recuperación*

Primavera por decir algo, aquí la primavera se hace inmediatamente verano, ésta no es tierra de tibiezas. No se llega a tiempo de destetar al sol cuando ya ruge crecido. Lo mismo ocurre con las chicas: ayer las veías, las acariciabas niñas, pero hoy dos pezones de hierro les tensan la camisola, y bajo la frente les resplandecen dos ojos oscuros.

A partir de entonces, ¿quién dormía ya en Módica? Una noche se seguían las serenatas bajo el balcón, de guitarras y mandolinas; otra, todos a Donnalucata, a comprar el pescado recién cogido en los mostradores de los pescadores de arrastre; otra, ay de mí, con los ojos colorados y los dedos desilusionados, pasando los engañosos naipes de un póquer... Y menos mal que las noches duraban un santiamén, parecían pequeñas brasas negras entre el tizón del crepúsculo, violeta, y la antorcha blanca de la aurora...

Una noche así Maria Venera escapó de casa, y a medianoche de la misma noche se inició históricamente la fábula de mi estación feliz.

Así que Iaccarino y yo estábamos sentados, después de cenar, ante el tablero de damas (nada de cartas aquella noche, menos mal). Nosotros dos solos, ahora, ya que doña Amalia hacía un rato que había subido a dormir, dejando atrás un olor a espiral antimosquitos. Iaccarino vaticinaba como de costumbre, en parte por no aburrirse, y en parte para estorbarme mientras yo pensaba las jugadas.

—¡Ríndete, Gano! —decía—. ¡Pide compasión!

O bien, melancólicamente:

—Esta noche me siento superfluo. Un orzuelo, una mota de polvo en el ojo del Creador. Te soplo una ficha...

Era mi amigo más amigo, de los dos colegas que he citado, el ya cuarentón poeta y filósofo Pietro Iaccarino. Tal vez algo menos y algo más que un amigo: una especie de sosia infidelísimo. Porque, si bien por una parte él repetía algunos de mis estallidos de humor y repentinas catatonias, no había, por otra, sociedad que chirriara más que la nuestra, entre él, hombre racional, charlatán y payaso de profesión, y yo, sentimental, dado al vicio solitario de soñar y de fantasear. Y no habríamos tenido manera de llevarnos bien si no hubiéramos elegido tácitamente apoyarnos en la común bibliofilia, y en el gusto por los juegos de palabras, los *nonsense*, las jergas y las bromas eruditas, como dos carbonarios y cartujos de la lectura, que ambos nos profesábamos. No por nada habíamos terminado de pensionistas de Madama (Licausi prefería el hotel): casi más para gastar las sillas de la planta baja librera que los colchones del piso principal. Iaccarino, especialmente desde que le habían subido de categoría y dejado de trasladar de un lugar a otro entre Brennero y Lilibeo, había

tomado la librería como domicilio y era su convidado de piedra, sin haber gastado, que yo recuerde, más de unas pocas liras en una novela policíaca de quiosco de estación. E incluso entonces, después de haberle amputado —¡zac!— el último pliego, para dejar en suspenso y sin nombre al culpable. Para asegurarle —fueron sus palabras— en un mundo donde todo se espía, desde el crimen flagrante hasta el aparcamiento prohibido, una salida de emergencia...

Con Madama se entendió inmediatamente, hubo simpatía a primera vista: aunque acechada por innumerables befas y ofensas. Reprochándole ella que bebiera y hablara tanto; justificándose él con que lo hacía por no oírla. Con el resultado de que a veces, en los períodos del mal humor, le veía hacer tiempo por la calle y regresar únicamente cuando la viuda había subido a sus cuarteles, dejando libre el campo. Entonces él se decidía a empujar la puerta, asomando la nariz a modo de avanzadilla, para venir a proponerme, como habría hecho con el más ocioso dependiente, una partida de damas en la mesa de la buena mujer. Se me sentaba enfrente, seco, oliváceo, cabalgando gruesas gafas de miope en una nariz de boxeador, de la que nunca se supo si era más responsable una comadrona inexperta o un marido de puños fáciles. Una nariz que era su cruz, y de la que no paraba de lamentarse («¿Esto es una cara? ¡Es una careta antigás!»), y a la que echaba la culpa, entre una y otra jugada, de no haber llegado a actor de cine o cómico con Cimara<sup>[16]</sup>, y, aún mucho más, de las contadas derrotas sufridas en su larga milicia de mariposón amoroso. Sonaba ésta, en sus palabras, más épica que una Campaña de Italia, pero, a decir verdad, debía de haberse consumado en unos pocos y veloces cuerpo a cuerpo en oportunos cuartitos, en perjuicio de esta o aquella secretaria solterona u otoñal colega o sustituta pecosa. Recitaba su catálogo sin preocuparse por mi decidida falta de atención, a no ser para devolvérmela, desplomando la cabeza soñolienta entre las fichas, cuando me tocaba a mí darle la réplica y entonar a mi vez mi salmodia del *mal-aimé*, que aquella noche se me quedó a medias entre los labios: aquella noche, mientras estábamos a media partida, don Alvisé irrumpió en la habitación, abriendo por entero la puerta con el brío de un bajo que sorprende a soprano y tenor. No hicieron falta explicaciones: quedó claro inmediatamente que si el viejo había salido a aquella hora sin sombrero ni bastón, y mostraba en la cara un feo color mineral de gres o pizarra, y a nuestras miradas inquisitivas respondía sólo con una epilepsia de las manos, algo gordo debía de haberle ocurrido, de SOS inmediato. Así que de un salto llegamos a su lado, Iaccarino y yo, a tiempo de sostenerle, mientras Madama, llamada a gritos, corría con la botellita de sales y sucintamente vestida a asistirle, a posarle en el asiento más próximo, no sin antes haberle desanudado sobre las arrugas del cuello el plastrón de seda negra.

Cuando consiguió hablar, Alvisé nos trastornó, ya que en su voz, junto a la indignación que le alteraba los tonos hasta llevarle al falsete, surgía inequívocamente un gorgoteo de risa. Como para pensar que cuanto nos venía contando le hacía sufrir tanto como le divertía. Y que, en cualquier caso, la desgracia, echándosele encima de

buenas a primeras, le había, sí, aplastado en el acto, pero convirtiéndole inmediatamente después en eléctrica marioneta.

—¡Liborio Galfo! —comenzó a decir—. ¡Era anchoa en aceite, era polla planchada! Y no sigo por respeto a la señora...

Ahí Madama, sospechando una ironía, ya se mosqueaba, pero él la acalló con impaciencia.

—Un tipo que no lleva nada en los calzones —prosiguió, moviendo a derecha e izquierda las charcas turbias y cerúleas que tenía en lugar de ojos—. Un tipo de Módica Baja —repitió, como si no pudiera creerlo o hubiéramos puesto en duda su palabra. Se calló, sacó inopinadamente del bolsillo un enorme Roskorpff y comenzó a darle cuerda.

—¿Qué le ha hecho? —pregunté con prudencia, inseguro de si era ésta la frase que esperaba.

La réplica fue inmediata y me sumió en la más negra desolación.

—¿Qué me ha hecho? ¡¡Qué me han hecho!! ¡Se han escapado, ji, ji! —Y comenzó de nuevo con sus borborigmos de risa airada, prolongándolos hasta el punto de que los demás (no yo) se sintieron en la cortés obligación de participar en ellos. De pronto, ahí le tienes contándonos el descubrimiento, que le había dado por despertarse por el calor, después de un par de horas de sueño, él, que se acostaba a las nueve y dormía como una piedra, y que se había asomado a tomar el fresco en la terraza, con espanto al divisar abajo, frente al portal, el Topolino de aquel tipo, del bailarín, con el motor en marcha y la portezuela abierta, y un instante después, antes de que él comprendiera y pudiera gritar, a la muchacha que entraba en el coche, con sendas maletas en las manos, para después adentrarse fragorosamente en las tinieblas. Urgía ahora perseguirles, evitar el escándalo, salvar (aunque él dudaba de que corriera peligro con un capón como aquél) una famosa virginidad.

A mí, escuchando, se me había subido a la garganta una calentura de celos. Por más que me repitiera que no debía importarme, no dejaba de afectarme pensar en María Venera en manos de aquel abrillantado, de aquel saltaventanas. Una cosa era recordarla saltarina y radiante entre sus brazos en el giro de un vals, otra imaginarla de tú a tú con él en el nicho de una alcoba, entre calores y blanduras nupciales. Así que, con un sobresalto envidioso de los nervios, fui el primero, oveja heroica que soy, en buscar la acción. El vecino de casa que había traído a Alvise ya se había ido, pero el cochecito de Iacca seguía fuera; dado que verosímilmente la fuga se dirigía al norte, enfilamos, confiando en Dios, la nacional en dirección a Noto.

La persecución a ciegas, a través de las rápidas rectas, no nos regaló más emociones que las de confundir las luces de los fugitivos con cualquier punto rojo que apareciera o desapareciera ante nosotros, farol de carro noctámbulo o vivaque de ladrón de paso. Era yo quien conducía, con el acuerdo de que a la vuelta Iaccarino me sustituiría, y corría sin prudencia. Fue una curva la que me traicionó. Derrapando, el

coche dio dos vueltas sobre sí mismo, quedando luego milagrosamente de pie, pero con la inercia bloqueada por un parapeto. No me di cuenta de nada. Junto con el primer choque una montaña (Tambornicchi, pero probablemente también Pietrapana)<sup>[17]</sup> se había desplomado sobre mi cabeza.

Cuando me recuperé y pude enterarme, visitando con la mano a tientas el *opus incertum* de mi cara, de que no se habían producido graves desperfectos, advertí, antes de abrir los ojos, el solidario e indomne aliento de los dos compañeros encima de la frente y llegué a tiempo de engullir en la garganta la invocación que ya me asomaba a los labios, «¡Venera, Venera!»...

Intenté levantarme con su ayuda, las articulaciones me sostenían, y entonces *Eia Eia, Avanti Savoia!*<sup>[18]</sup> Sin embargo, no fue necesario, Iaccarino ya mostraba con el dedo, a pocos metros, el cartel de una fonda, y junto a ella, bajo una pérgola de ramas con pretensiones de aparcamiento, el lomo inmóvil del Topolino perseguido. Loado sea Dios, pues, por el accidente, sin el cual habríamos pasado de largo.

Las fuerzas me retornaron ante aquella visión, pero también una espina de aprensión en el fondo del pecho por la escena madre que me aguardaba, el *consummatum est* de aquellos dos dentro de la casa, el moscardón sobre la camelia. Al acercarnos, sin embargo, me tranquilizó en el segundo piso una ventana iluminada y la música de baile que de ella descendía, salterio angelical para mis oídos: si arriba no habían apagado la luz, e incluso escuchaban tonadillas en la radio, lo peor tal vez no había sucedido aún. Así que, no sin confianza, aguardé a que las puertas se abrieran bajo nuestros golpes y asomara por ellas el rostro del posadero. Me bastó una mirada para reconocerle, le había encontrado cuando yo era niño en las ilustraciones de una *Isla del tesoro*. Sólo que entonces se llamaba John Silver y añadía una venda negra a aquella cicatriz en el labio y a la cojera piratesca... Lo arrollamos, ya andábamos por las escaleras, hacia el *Surriente d'e' 'nnamurate*<sup>[19]</sup> que fluía de la puerta cerrada, y... qué espectáculo, apenas cedió a los empujones de Iacca y míos, Teano<sup>[20]</sup> entre Venera y Alvise: Venera todavía vestida, en actitud de ronronear contra el pecho desnudo del raptor, sentado en el canapé; jadeante, Alvise, de cansancio y de cólera, con una correa furiosa en el puño y un estertor de risa dentro de la garganta... Aliviado del cual, poniendo ojazos de película cómica muda, avanzó sobre ellos de tal forma que parecía una hormigonera.

Galfo se había levantado bajo los golpes, no devolviéndolos, sino reculando hacia la puerta, donde, sin embargo, Iaccarino le cerraba el paso, lapidario y valeroso como Leónidas en las Termópilas. Jerjes le alejó con un brazo, despidiéndole a reculones, luego, sin abrir boca, con la camisa en la mano, marchen-ar, se largó. Quedaba la muchacha en pie, parapetada y orgullosa detrás del mueble de la radio, que, como si nada, seguía cantando. Pero yo en ese instante hice el gesto, me interpose entre ella y el látigo, absorbiendo en la nariz su último golpe, y la ceñí con un abrazo, la arrastré conmigo repentinamente lacrimosa.

Al volver a pasar ante el cojo, atónito pero no por ello menos diligente en exigir

el pago de los daños, me impresionó verle sobre el hombro, ulteriormente stevensoniana, una cotorra locuaz, cuyo insulto de despedida todos, por educación, preferimos ignorar.

A la vuelta, mientras Alvisse callaba, sentado junto a Iaccarino, tuve la suerte de disfrutar, permaneciendo detrás de ellos, la tibieza de la muchacha contra mi costado izquierdo. Sentía los intermitentes bemoles de su llanto hablar a mi piel como mensajes de espía, a través del doble muro mínimo de nuestra ropa de verano, y sólo prestaba atención, a lo largo del camino, a aquel sollozo interrumpido. Alvisse callaba, yo contemplaba cómo los postes de la luz se nos echaban encima y desaparecían inmediatamente, parecía que corríamos nuestra Targa Florio personal, como se corrían tiempo atrás, de noche, bajo la única luz de la Vía Láctea, por tierras batidas e incómodas carreteras de montaña de antes de la guerra. Cada bache, y había muchos, me arrojaba su pechera contra mi corazón, muselina contra alpaca; y la humedad de sus lágrimas, los ciclámenes de su respiración. Entonces no pude más que acariciarle los cabellos, lentamente, como se hace con la vieja gatita de casa, y después todo el rostro, según lo iba adivinando en la oscuridad y lo repasaba en la memoria: la frente amplia, blanca, sobre un par de ojos cálidos y misteriosos, con un aire, al mirar, de testarudez y saciedad, como de quien tiene un único pensamiento y no quiere compartirlo con nadie; luego, aquella nariz tan perfectamente afilada, los labios que parecían hacer el amor entre sí... Me asaltaba, ¿debo decirlo?, una languidez, una turbación... ¿Qué pasa, Gesualdo?

Alvisse se volvía de vez en cuando, por mera formalidad, con aquella oscuridad. Por otra parte, después de tanto escándalo, se había quedado tranquilo, salvo la habitual carcajada que volvía a pulular de vez en cuando en la tiniebla del habitáculo. Quien, por el contrario, se había puesto vigilante y hosco era Iaccarino: un alano guardián, un centinela de polvorín. Y con su nuca parecía percibir mi temblor detrás de él, y sospechar, y preocuparse. Y pisaba con mayor fuerza el acelerador, para llegar a casa cuanto antes, incluso, como pretendía el viejo, antes del alba. Imposible, ya se alzaba intempestivamente el día, y resultaría inevitable mostrarse a la petulante mirada del lechero, a la prósbita curiosidad de doña Rosa Pitoncia, que fregaba su trozo de acera ante la puerta.

No me importó, yo contemplaba el amanecer, llevaba años sin contemplarlo. Abrazando la cintura de María Venera, que dormía infantilmente sobre mi pecho, abriéndome paso con la nariz entre sus cabellos, me había vuelto a mirar, a través de la ventanilla trasera, después de las primeras escaramuzas de luz, cómo nacía y crecía a oriente un ala de inmensa mariposa. Corríamos ahora entre las casas, que seguían resistiendo nocturnas; pero a nuestras espaldas el sol iluminaba desde la mejor perspectiva un bonito Monet juvenil, una radiante llanura en una mañana de verano. Y aquella gran mariposa se desplegaba por encima, de una punta a otra del horizonte; charcos de agua brillaban en él como pupilas; entre marinas y viñedos corría un

retorcido relámpago de asfalto, que bajo la luz parecía enternecerse en antojos de río. En torno pinos, cipreses, lomas y declives de tierra, cerúleos montones de piedra antigua; a la izquierda la verde bahía de Punta Scalambra. Un minuto más y habría llorado.

### III bis

#### *Primera duda del autor sobre el libro que está escribiendo.*

Con el tiempo, ¿adónde me encamino? La fábula se me escapa de las manos, la memoria me saca la lengua a mis espaldas. Otro tanto las palabras: asoman retorcidas, maquilladas, sarcásticas; agritudces rostros por corromper, como se corrompe un niño, un recuerdo infantil dentro de mí... Vaya valor, ahora que soy viejo, reírme de mí cuando era chico; como un avisado mago de lluvia, hacerme pagar las previsiones del tiempo oídas un minuto antes en la radio. Vaya valor... Ahora sé todo de mí, adónde tendían las líneas oblicuas de mi suerte, los impulsos enamorados de la sangre. Pero ¿por qué culpar de mis presunciones actuales al aprendiz de entonces? Por otra parte, ¿qué puede hacer un ratón atrapado? Comer el cebo, me aconsejó un señor en el tren, entre Sapri y Salerno, en septiembre del ochenta y uno. ¿Y pues?

Por tanto, lector, déjame caminar así, empujando hacia adelante mi cuerpo al azar, este *juke-box* de recuerdos programado para desobedecer. Y no esperes de mí nada que se parezca a cualquier lectura que te haya gustado hasta ahora. Nada de la novela violín o flauta, patraña de Tusitala<sup>[21]</sup>, espejo llevado de paseo por el Corso, espejo de Alicia, *speculum in aenigmate*<sup>[22]</sup>; nada de la novela calada de opio, mentira hermosa, anunciación del ángel, solitario de Santa Elena, hoja grácil de la Sibila... No, sino el secreto de un rey<sup>[23]</sup> payaso susurrado a las maderas de un foso, una opereta moral con música de Offenbach<sup>[24]</sup>, el diálogo de un físico y de un metafísico arbitrado por un patafísico...<sup>[25]</sup> una impostura en suma, una bagatela cómica, que sirva de velo entre mí y aquella antigua tentación que conoces; y me aleje el ánimo de lo archinegro, del archicero, de la archinada; y me disuada del esfuerzo de cortarme la muñeca, débilmente, cada cuatro meses... O llámala entremés cómico, llámala como quieras, con tal de que sepa hacerme las veces de la vida. El arte articulación, ¿qué te parece? Una articulación artificial, claro está, y no sólo para hacer más sabroso el juego de palabras, sino porque esto realmente me sirve, un sucedáneo de vida durante el día y un sucedáneo de sueño, cuando no puedo atrapar el sueño, de noche. Ya lo sabes, basta la más mínima tontería para que por la noche no pueda dormirme. Mientras que si me acostumbro a contar, en lugar de ovejas, personajes; si a cada regla y métrica y retórica que haga de guardia urbano y dirija la circulación consigo entregarme en forma de esclavo feliz, quién sabe si...

¿Prosigo, entonces? Prosigo.

## IV

### *Amor mental por la aventura. «Impromptu» de Iaccarino filósofo e informe sobre la primera visita a Venera*

A la aventura y a sus movimientos he atribuido siempre en mi vida virtudes de gimnasia higiénica. ¡Cuánto más saludables los sobresaltos que las melancolías o los desfallecimientos! Recuerdo que de niño, para ir a robar uvas, elegía las noches de luna llena y los viñedos más próximos al campesino dormido: ¡y qué susto, qué delicia, mientras chupaba con los labios los racimos como grandes y morenas tetas!

Más adelante amé las callejuelas sospechosas, los compañeros de mala conducta, los relatos de chulos y de navajas. Me gusta hojear en el desván los folletones de los viejos diarios, por si se oye sonar la alarma de un violín de ciego, apostado en la esquina para dar el aviso; y habría querido vivir en carne y hueso un misterio de París; jugar una vez a la ruleta rusa; recibir una carta de la Mano Negra, firmada con una cruz. Todavía ahora me atrae todo cuanto contiene una amenaza. Hasta el gusto de fantasear, este pasatiempo mío del teatro a ojos cerrados: soy feliz cada vez que puedo pervertirlo en un riesgo de la mente. Casi como si quisiera emular despierto al sonámbulo que pasea sobre un alféizar de dos palmos de anchura y repetir en el pensamiento sus fatales anestias...

Así se explica por qué en todos los accidentes, incluso mediocres, de aquella noche, yo me esforzara por perseguir una posibilidad novelesca y que aún ahora la disfrute, al escribir sobre ella, con una especie de sedentario entusiasmo, si así puedo llamar a la mezcla de pasión y de distancia de que se compone mi sentimiento. Y si luego se suma el placer de moverme en una trama poco o muy falsificada, en un vicio e ironía de palabras, en un aguafuerte apenas mordido por el ácido de lo posible; o sea, el placer de aparecer a un tiempo títere y titiritero en una de las tantas Óperas de Títeres de la odiosamable vida...

Aquel día llegué tarde a la escuela. Al volver a casa, al amanecer, me había adormilado un poco sobre la mesa de la cocina, en el centro de una asamblea de garrafas y botellas vacías, era casi una mala copia de un maestro boloñés del siglo xx<sup>[26]</sup>. Para ponerme en marcha no bastó el café doble de Madama, así que entré en clase con un paso de coche fúnebre, aunque con el aire intelectual que el cansancio regala incluso a la más insípida fisonomía.

Era una de las últimas clases del año, y la proximidad de los exámenes urgía, por lo que me esperaba de las chicas silencio y cierta atención. Me fueron reservadas, por el contrario, sonrisitas, risitas. Al principio no lo entendí, necesité tiempo para descubrir que me miraban de un modo especial, como si me vieran pasear sobre una

nube, en suspenso sobre sus cabezas a modo de cometa. Vi entonces que estaban orgullosas de mí, afiliadas conmigo en un secreto de amor. La verdad es que la noticia de la mala noche, y de la participación que había tenido en ella devolviendo la ovejita al redil, se había difundido en un abrir y cerrar de ojos e, incrementada por inexistentes heroísmos, había llegado al bar donde solían pararse a comer un bocadillo, y a las papelerías donde habían comprado una plumilla. Así que me miraban con los ojos entornados, complacidas, cómplices, repentina y dulcemente serviles. Tanto poder ejercía sobre aquellas fantasías incautas el perfume del escándalo que desde la cátedra había llovido sobre ellas, disipando instantáneamente cualquier solidaridad con la fugitiva y promoviéndome *ipso facto* a la categoría de paladín. Y yo, por mi parte, con aquellas manchas violáceas bajo los ojos, aquel esparadrapo intrépido en la sien, allí donde tenía herida, con la camisa arrugada y todavía impregnada de ella, me sentía liberado de cualquier timidez anterior, un San Jorge no menos invencible que el de Ibla, esculpido en la piedra, que atraviesa con una larga lanza al dragón.

Fui capaz, pese al ánimo amable, de torturar a unas tales Catalfamo Esther y Vacirca Lucia, de la última fila, sustituyendo el *Paraíso* que tenían en la mano, lleno de anotaciones a lápiz, por mi Dante rojo desprovisto de notas. Por magnanimidad no les puse nota, pero las despedí con los modales de un rey que firma el indulto. Haciéndolo seguir de un discurso argumentado, respecto a los deberes de la juventud, que, sin embargo, no sé cómo, se convirtió en un *Carpe diem* y alcanzó un éxito nunca visto. Liberadas por la frase con que lo terminé: «Ni un beso ni una escabechina impiden a la moza casarse», rieron a mandíbula batiente: las tenía en un puño.

Otra canción con el director, cuando nos convocó, a mí y a Pietro Iaccarino, a declarar. Nada, claro está, que reprocharnos, habíamos ayudado a una causa santa, evitando una mala acción. Y, sin embargo, había que pensar en el nombre de la escuela. No está bien que los médicos de almas se mezclen en las cosas mundanas. Ni siquiera con las mejores intenciones. Ni siquiera saliendo de ellas con las manos limpias. Que otra vez, pues, lo tuviéramos en cuenta.

No objetamos nada, el director Biscari era un caballero de muchas matemáticas y escasas humanidades, simple como un avemaría. Enfermo de ictericia, con una cera amarilla de vendedor de corbatas chino, no merecía que le procuráramos disgustos. Y tampoco merecía, seamos justos, las malversaciones de Iaccarino, quien se deleitaba en inundarlo a mansalva de citas y autoridades falaces. Como ahora, llevando el discurso a Galfo y sus presuntas (*Alvise dixerat*) insuficiencias.

—Le falta algo —comentó, mientras Biscari asentía perplejo—, y se trata de una laguna importante. La misma de la que Abelardo trata con sor Mariana Alcoforado en las *Cartas de una novicia*<sup>[27]</sup>.

Fingí un bostezo para ocultar la risa, y fue peor.

—*Errando discitur* —comentó Iaccarino, y tradujo inmediatamente, provocando

por parte del director una tímida protesta—: Bostezando se aprende<sup>[28]</sup>.

Luego salimos, pero yo sentí que, una vez desahogada la efervescencia, Iaccarino no estaba contento. Cada vez le sucedía con mayor frecuencia eso de mariposear con las palabras y entristecerse inmediatamente después. Para distraerle, le pregunté por los desperfectos del coche, me ofrecí a resarcírselos a plazos, pero no pareció haberme entendido, se acovachó todavía más dentro de sus cuatro huesos solteros y magros.

—Hay un sentimiento —me dijo finalmente—, un sentimiento que me atenaza el corazón: cuando hago una cosa habitual, fumar un cigarrillo, decir adiós, escuchar una canción, se me ocurre que, quién sabe, tal vez es la última vez que fumo, escucho, saludo... y que todos estamos muriendo; y que morir es un verbo tan incoactivo como vivir.

Calló un momento, encendió un cigarrillo, lo arrojó después de la primera bocanada.

—Envejezco, viejo amigo, ¿no lo ves? —exclamó—. ¿Dónde está el Pietro de un tiempo, el hermoso paje del duque de Norfolk?<sup>[29]</sup> He perdido una noche y me pesa; he estropeado un buen rato y me lamento. A Liborio, créeme, le calumnian. Créeme, él y Venera, tonto él y tonto ella, habrían sido felices. No, no digas que no, tú eres menos tonto que ellos.

Levantó los ojos al cielo.

—Creo en el orden —dijo— y tu amor es un desorden. Es decir, un mero espejismo. Ya que cualquier desorden en la tierra es mentira, polvo en los ojos para trastornarnos. Mira, el prestidigitador Dios Padre, no sólo es hábil sino que hace trampas. A Pietrino, sin embargo, no le engaña, Pietrino tiene nariz de sabueso, reconoce por el olor Sus pisadas en la arena, aunque Él se defiende calzando zapatos con pies cambiados...

Resopló con fuerza.

—Todo es orden —gritó—. No hay en la naturaleza extravagancia o cacofonía cuyos comportamientos no se puedan disciplinar a través de alfabetos, escalas Mercalli, gramáticas de Gandino<sup>[30]</sup>. Hasta mi nariz, fíjate, este tronco de berza, esta hemorroides inflamada, pues bien, esta nariz no existe por casualidad, no es el infortunio ortográfico de un copista que había bebido; sino una ilustración de mi espíritu, una erupción ejemplificadora de mi yo: lo que hace falta para desengañar a los miopes, los tuertos, los estrábicos, los ciegos...

—Sí, pero ¿yo qué tengo que ver en todo esto? —me impacienté.

—Tienes que ver porque eres tonto —dijo con escasa lógica—. Tonto y enamorado, una de las tantas confusiones del cosmos, vistas y ficticias, que me niego a homologar. Todos vosotros, los enamorados, sois nubes. Nubes que introducen desorden en el cielo... ¿Ves aquellas dos nubes, blancas, espumosas y tontas, en la cima del Monserrato? ¿Ves la tercera, oscura y tonta, que las estorba, pasa delante de ellas y les ladra, fanfarronea delante de ellas? Las dos de arriba son

Liborio y Venera, la tercera de abajo eres tú: un ovillo de tonto algodón, basta un solo golpe de viento para dispersarte...

Hice un esfuerzo por estar a la altura, pero la broma se me tornó irritación.

—Ser tonto, querido amigo, es uno de los más publicados derechos del hombre, se habla de él en las Doce Tablas...

No me dejó terminar.

—Niño de teta, eres un niño de teta. Llevas un invierno muriendo detrás de ella sin sacar nada y ahora han bastado dos bigotitos, dos pies ligeros...

Le di la espalda, me alcanzó afectuosamente.

—No me hagas caso —me dijo—. Hablo por afecto, y a veces me paso. Pero en el coche te he visto tan reblandecido, y la chica me parece de cabeza tan confusa que no espero nada bueno de tu excitación. Era mejor antes, cuando le escribías en silencio las cancioncillas. Por otra parte, ¿qué esperas, qué quieres?

Le estreché el brazo con inesperada gratitud, me gustaba saber que después de tanta barahúnda sobre el caos y la ley, el amigo descendía a hablarme un poco llanamente, que por un instante se interesaba humildemente por mí. Era, aunque no resultara duradera, una indemnización por los fallidos abandonos de la adolescencia, las mal disfrutadas confianzas entre compañeros, paseando incansablemente de la puerta del uno a la puerta del otro y volviendo a despedirse en cada ocasión. Además, de no haber sido Iaccarino un tan humano juglar, ¿le habría querido yo tanto?

—Ahora la amo de otra manera —confesé—. Ahora ella y yo tenemos un recuerdo que compartir.

—Una vergüenza, quieres decir. No te perdonaré que la hayas sorprendido de aquel modo.

—Al contrario —sostuve—. Muchos amores comienzan con un secreto vergonzoso compartido.

Hizo una mueca.

—Verás, verás como volverá a escaparse con el otro.

—Imagínate, ahora que le ha visto en calzoncillos y calcetines.

Le cogí del brazo, paseábamos bajo los pórticos del Corso cuando eran casi las dos, y el pueblo parecía deshabitado, todos estaban ya comiendo o durmiendo, el sol estaba como colgado, no se movía hacia adelante ni hacia atrás.

Qué cálido y bueno es, pensé, este minuto de juventud. Cómo quiero saborearlo lentamente. Qué cálida y buena es la vida.

Subí al palacio de Alvise el domingo por la tarde, después de que viniera a buscarme de su parte el mozo Vincenzo, un expósito de piel sarracena que en los tiempos de las vacas gordas había servido en casa del viejo y ahora trampeaba la vida haciendo de recadero peatonal entre las dos Módicas, compitiendo con los costosos taxis. Vincenzo era su nombre, pero con el incremento de por lo menos tres apodos: *Zichitiniellu*, que no sé lo que quiere decir; *Scappaleghia*, o sea, Zapato ligero;

finalmente, de manera más docta, propuesto por nosotros los profesores, Puck: tanto por los espesos rizos en torno a un rostro de lo más malicioso y fantástico como por su naturaleza, que era precisamente la de aparecer, desaparecer, tramar engaños, intercambiar mensajes... Riendo en cada ocasión con una risa gorjeante, que parecía forzada y no lo era, nacía realmente de la alegría de poder vencer cualquier miedo de la fortuna con la simple emisión de un gorjeo de cristal.

Ahora Vincenzo vino a decirme que me esperaban en el palacio, se largó riendo con la propina en el puño, mientras yo titubeaba inmóvil en la esquina del antiguo Passo Garrafa, que era el atajo para subir.

Hicieron falta escaleras y aliento para llegar al palacio grande, donde resistía apenas un espectro del antiguo revoque, bajo las cornisas de piedra blanda que los años se habían comido casi por completo. Calcabrina, Barbariccia, Alichino no se dignaron concederme ni una mirada, cuando la levanté hacia ellos, y tampoco podía jurar que fuera de vestido o de visillo el pedazo de tela fulminantemente entrevisto detrás de un cristal de arriba. Cierto que no tuve que llamar, el portal se abrió ruidosamente por sí solo.

En la cumbre de los veintisiete peldaños, en el rellano, no me esperaba la sirvienta Anita sino Alvisé en persona: demacrado, con la piel estirada y cerúlea sobre las mandíbulas como una tela de cebolla; un inerme caballero a punto de ser promovido a reliquia. Nada que ver con el templario dotado de maza y flor en el ojal que nos arengaba ayer desde las aceras. Y no me pregunté si era la pena por lo sucedido o la falta de dentadura lo que le degradaba de tal modo; porque estaba seguro de que era el contagio de la casa, de aquel esqueleto de casa, que igualaba consigo a los habitantes y a los amos. Tanto, que llegué a temer que, de un momento a otro, la propia Venera tuviera que aparecérseme entre dos hojas de puerta, asomando de sí misma una calavera u otra efigie semejante descarnada y desnarigada...

Ni en sueños: Venera me desmintió inmediatamente, y su cara mostró mejillas y labios más enamoradores que nunca, asomando como una flor rosada del cuellecito de *plissé* blanco.

Era la primera vez que realmente podía contemplarla. Las otras veces, en el baile, en el concierto, en el episodio del in fraganti en el hotel, durante el regreso en coche, siempre había habido un impedimento, una luz de más o de menos, una prisa o parálisis de mi corazón, para estorbarme la visión. Nunca había estado en la condición de espectador y de juez, sino siempre en aquella, menos tranquila, de espía o de imputado. Mientras que esta vez era diferente: el coloquio me había sido solicitado, era ella la que estaba del lado del deudor, a mí me correspondían los privilegios del acreedor. Por lo que la miraba como desde una butaca de primera fila, centímetro a centímetro, desde la cabellera recogida en la nuca en el gran puño de un *chignon* hasta la frente color aceituna, los pómulos duros, las aletas de la nariz

sacudidas por un tic nervioso. *Glu glu* hizo su voz en las cañas de la garganta. *Glu glu*. Y sin embargo fue Alvisé el primero en hablar, mientras la nieta asentía de vez en cuando con la barbilla, sin que se llegara a entender qué parte de sus modales era expresión de un sentimiento interno y qué parte efecto de las medicinas con que lo habían corroborado. Sea como fuere, era una Venera nueva, decidida y dócil a un tiempo, la que asentía a las palabras de Alvisé, disimulando bajo las palideces de la deshonrada la antigua mirada fruncida de una Judit armada, a la que se me antojaba que se parecía más que a nadie. Una Venera nueva, sensatísima, aunque dos irritadas pupilas se le encabritaran de vez en cuando bajo la frente y el hielo de su frente se resquebrajara.

El viejo hablaba con voz débil, atormentando con los dedos el borde del birrete que se había quitado. No le importaban los comentarios de la ciudad —dijo—, le importaban únicamente los de unos pocos, la estimación de unos pocos... Me miró intencionadamente, obligándome a un gracias susurrado, que sólo percibió Venera. Sí, había sido una tontería, una escapada de chiquillos, añadió. Pero importaba sólo eso: la muchacha no había sufrido ofensa.

Yo eludí los ojos de ella, me concentré con obstinación en una campana de cristal, de aquellas que sobre los canteranos meridionales custodiaban en una época a los Niños Jesús de cera. Aquí, a decir verdad, estaba encerrada una panoplia más frívola: un par de medias femeninas atadas en torno a un par de chapines de piel negra.

Alvisé siguió mi mirada, soltó su risita habitual.

—Un recuerdo —dijo, mientras Venera se sonrojaba—. Sabes, aquella historia de Baden Baden, la mencionaron todos los periódicos de hace medio siglo.

Fingí haberle entendido, estupefacto, en cualquier caso, ante la escisión que me parecía descubrir en su comportamiento: cuanto más posaba, respecto a su pasado, como un desenvuelto *viveur* europeo, más, respecto a la nieta, se humillaba en forma de timorato tutor indígena, hasta el punto de informarme de que era su intención hacerla reanudar los estudios truncados, no los del conservatorio, que ya no importaban, sino los más modestos y desenfadados del instituto, privadamente. A ver si podía, estudiando tres meses, sacar un título en los exámenes de otoño, y esperar así una colocación, *lejos, muy lejos de aquí*<sup>[31]</sup>. Y entonces si yo con alguna clase, remunerada, por supuesto...

Accedí efusivamente, rechazando, como él esperaba, la idea del estipendio y recibiendo a cambio agradecimientos y gentiles cortesías, mientras Maria Venera callaba y miraba con cejas compungidas. Estaba sentada frente a mí, pero parecía arrodillada y orando, tanta era la compunción con que su mirada subía de su silla baja hasta mí.

—Podéis comenzar mañana —dijo don Alvisé—. Ahora poneos de acuerdo respecto a los detalles, yo ya llego con retraso a mi siestecita.

Y guiñándome inesperadamente el ojo, única señal de vida en un rostro que parecía un calzador de cuerno, se fue con paso arrastrado.

## V

### ***Sigue un dúo con Venera. El embajador que aporta pena. Indiscreciones sobre la casa Trubia. De Venera, todavía: «partenià, partenià»<sup>[32]</sup>***

Solo con Maria Venera. Con una mesita en medio, en la que se posan libros, un cuaderno blanco, un tintero de tinta verde. Una mesita: una lejanía. Semejante a la que los duelistas suelen contar paso a paso antes de volverse. Aunque nuestros comportamientos no sean de guerra sino de etiqueta, nadie será el primero en disparar.

Yo me siento la voz extraña, como siempre con una mujer. Ella parece de miel, e hipócrita, un anfitrión poco de fiar, o desconfiado.

—¿Un licor, un licor de nueces? Lo hacemos en casa.

Ni hablar, con estos colores que me vienen y se me van, subiendo y bajando de las mejillas. Más aún, no sé si tratarla de usted o de tú. Se decidió por el tú.

Solo con Maria Venera: mi novísima alumna, grave, ingenua. Y trataba, como es debido, de programas, de los textos que tenía, de los que no tenía... Dadas las prisas, ¿no bastaría con un Bignami?<sup>[33]</sup> En cuanto al clásico de griego... y *patatí y patatá*.

—En octubre, puedo sacarlo —terminó en un respiro, casi como si confiara a mi oído una confesión de culpa o la consigna de una conjuración.

Bueno, no lo entiendo. ¿Ésta es la revoltosa que poco antes se entregaba del brazo del bailarín al *pasodoble*<sup>[34]</sup> decisivo de su vida? ¿Y por qué, diga lo que diga, lo recubre con una untuosidad de caricia insidiosa? Me provoca desconcierto, sigo llevando en la memoria, en carne viva como una uña, el espectáculo de la pareja sorprendida en la posada, no me resulta creíble un arrepentimiento tan veloz. Galfo es calumniado, había afirmado Iaccarino. Un poco afeminado, tal vez, ¡pero cuántos los hay que después hacen hijos como conejos! Por otra parte, en los pueblos de acá cualquier caballerete que no ostente una virilidad mayúscula queda expuesto a sospechas de ese tipo, que casi siempre la vida se encargará de desmentir. Pero ella, ella, que al fin y al cabo le ha elegido, cómo es que ahora parece haber dejado de pensar en él y charla acerca de programas y preguntas con modales pacíficos, con cara tranquila, sin un temblor ni un remordimiento...

Me sentía tan torturado por estas espinas que no supe contenerme de acuciarla:

—¿Y qué, no tienes nada que decirme?

Callaba con la mirada gacha, jugaba a quitarse y ponerse un anillo del dedo.

—Yo puedo ayudarte. Te quiero mucho.

Lo dije a trompicones, tropezando con las consonantes, intentando hacer colar la declaración de amor como un inocuo impulso fraternal. Pero ella me asombró, alineó

tres cosas sin solución de continuidad: se echó a llorar, lágrimas que eran gruesos granos de pedrisco; luego me embistió con la cabeza gacha, a ciegas, como quien quiere matarse, buscándome con los labios abiertos los labios; finalmente, después de un contacto de las lenguas húmedo y fugaz, me rehuyó, me cerró los labios con una mano, mientras con la otra se abofeteaba salvajemente la mejilla derecha.

—¡Desgraciada de mí, desgraciada! —gemía, y mientras tanto se acercaba de nuevo, me perfumaba con su cuerpo, doblándose hacia atrás, sin embargo, resistiéndoseme, apenas intentaba secundar su impulso, y al mismo tiempo, entre sucesivas lágrimas, sonriéndome.

Aquel llanto, aquel abandono frenado (pero no hasta el punto de que el freno pudiera semejar repulsa) acabaron por trastornarme. ¿Es posible que fuera una astucia para desarmarme y asociarme a sus intenciones? ¿O no era más bien intrínseco a su naturaleza gatuna impregnar cualquier gesto de los miembros y del corazón con semejante maquillaje de inocente lascivia? Ésta era la duda que me trituraba por dentro y era como si ella me la oyera gritar.

—Mañana te lo explicaré todo —dijo, y se recompuso, obligándome a recuperar mi papel de preceptor. Y más teniendo en cuenta que en la puerta de enfrente había visto girar lentamente un pomo...

—Manzoni —declamé subrepticamente— en la *Carta a Monsieur Chauvet...* — Y he aquí que Alvise entró en la habitación, a tiempo de que las sílabas de aquel nombre extranjero le encendieran un líquido resplandor detrás de los párpados, resucitándole inmediatamente, como en un espejo oval de hechicera, recuerdos de aguas y termas lejanas, parasoles, jardines, veletas, *aigrettes*, promesas de amor inmortal intercambiadas detrás de un abanico...

—¿Chové, has dicho? Yo en el veintiuno, no, en el veintidós...

Cuando aclaré que debía de tratarse de una simple homonimia, me miró con un minúsculo enfado, cortando a medias el relato iniciado. Así que no supe entonces, y tal vez no habría llegado a saber nunca, quién era y qué había tenido que ver con él, en junio del veintiuno o del veintidós, tomando conjuntamente las aguas en Vichy, la señorita Marie-Edvige Chauvet...

Al irme, Venera me acompañó hasta la puerta.

—Lleva la dirección —me susurró, deslizándose en el bolsillo un sobre lacrado, sin darme tiempo a preguntar qué tipo de misión quería confiarme. El duelo duró poquísimos, entre el timbre de alarma que comenzó a sonarme dentro de un oído y el repiqueteo de aleluya que me triunfaba en el otro. Bastó la presión, en el momento de saludar, de su mano contra la mía, y el aleluya me invadió, me acompañó glorioso mientras bajaba casi corriendo de San Giovanni a Módica Baja, descendiendo la vieja serpiente de escaleras.

Apenas me hallé en el Salón, iluminado como de día por una doble hilera de faroles encendidos, y comenzó a ceder la exaltación, la dirección que descifré en el paquete fue un golpe en el corazón: esperaba a Liborio Galfo y encontré a Rosario

Trubia. ¡Nada menos que Trubia, el primo de Maria Venera, el mujeriego Sasà Trubia! Entonces el regalo comenzó a quemarme entre los dedos. No devolvía, ay, ay, como yo había esperado, las cartas de la raptada al raptor, sino que..., sino que ¿qué? De no haber sido el caballero que era, habría corrido a explorar artificiosamente el sobre, como en una cata de sandía, exploración de minero, biopsia de tumor sospechoso... Por el contrario, seguí torturándome, sin decidirme a forzarla ni a echarla al correo.

—Con el abuelo Alvisè, silencio —me había recomendado en el umbral, estrechándome con fuerza la mano. Razón de más para sospechar que a la reclusa debía de urgirle mucho este comercio postal, ya que no se atrevía a recurrir al mozo *Zichitiniellu*, sino únicamente a un bobo adulto, a un vasallo de ella enamorado. Si pensaba luego que en Sicilia el primer amor inolvidable de cualquier prima es el primo... Basta, todo llevaba a creer que mis rivales eran dos, y el segundo muchísimo más amenazador que el primero.

Conocía bien a Sasà Trubia. Era uno de los muchos primos de Venera, todos varones, todos apellidados Trubia, hijos de las tías Severa y Prudenzia, que cada verano hospedaban a la muchacha en sus vacaciones. Feas y ricas, se habían casado el mismo día, que luego había resultado ser el del armisticio, con dos ricos y emboscados hermanos Trubia, dejando que la hermana pequeña, Grazia, persiguiera enamoradamente a un legionario de Fiume. Éste, antes de morir, había colaborado fogosamente en el nacimiento de Maria Venera y con fogosidad aún mayor se había dedicado a dilapidarle cualquier dote presente o futura, en colaboración con don Alvisè. Quedaban en Módica su suegro y yerno, y yo llegué a tiempo, pasados los años, de recoger sus últimos resplandores, una leyenda de calaveradas transalpinas, fugas sin equipaje, repatriaciones obligadas, siguiendo un ritmo más o menos estacional, medido en cada ocasión por la imagen abandonada de doña Grazia en un banquillo, en la sala de espera de un usurero o de un juez cagasentencias. Así se habían ido las propiedades, así se había ido también ella, Grazia, una dulce *garçonne* de pelo corto, que me miraba desde un pobre marco en la mesa de Maria Venera.

Severa y Prudenzia habían tenido otra suerte: muchos hijos, salud, bienestar. Los dos maridos Trubia habían estado largo tiempo, como industriosas hormigas, en negocios del cemento; habían construido carreteras, escuelas, casas rurales. No sin la ayuda del Fascio, del que se profesaban protectores, y de otras más ocultas eminencias, allá en Roma, donde peregrinaban cada primero de año, llevando en el bolsillo la «garrafa de aceite», como la llamaban, o sea, una hinchada cartera de fuelles, excelente para lubricar cualquier rueda lubricable. Muerto ahora uno de los dos hermanos, y atontado el otro, la viuda y la semiviuda, pese a sus prudentes y severos bautismos, habían comenzado a especular de mala manera, a despilfarrar como insensatas. Tanto que cada verano establecían su corte en la Sorda con la esperanza, se decía, de casar lo mejor posible a sus hijitos solteros, que a decir verdad

no mostraban la menor prisa sino que más bien colaboraban en malbaratar las últimas posesiones de la familia. Sasà era el menos guapo de los cuatro primos pero el más rapaz, con aquella barba dura y negra sobre el hueso de la mandíbula, la nariz altiva, encaramada, los ojos como fieras heráldicas. Tenía además un toque de excentricidad, que le venía de vestir de pintor, y de encaramarse con frecuencia en una vespa por las callejas de Ammazzanuvole, con una boina de terciopelo y una corbata Lavallière, ofreciendo al estupor mugiente de los rebaños salidos a pasear el espectáculo de un caballete sobre los hombros y de una caja de pinturas en el portaequipajes, que era todo un arco iris. Puesta en escena, probablemente, ya que nadie había visto nunca una tela acabada, y en cambio se sospechaba de encuentros con la hija de un joyero que tenía una villa por aquellos lugares...

Ahora bien, yo simpatizaba con el jovencito: por estar ambos chiflados por la música negra y prestarnos discos cada día e intercambiar entusiasmos. Así que no me encajaba encontrármelo delante con aspecto de huidizo adversario, difícilmente visible detrás de la pantalla de Galfo; y con la perspectiva de hacerle yo mismo de Mercurio galante. El paquete entre los dedos se me hizo de plomo, no me cansaba de palparlo, de olerlo, preguntándome qué etéreas aureolas, como les sucede con frecuencia a los objetos, lo impregnaban de inquietud y de pasión, y si me era posible interpretarlas. Inútil decir que el temor era que contuviera prendas de amor, nuevas colusiones a espaldas de Alvisè y mías por parte de la prisionera (ésta era Maria Venera, ahora que estaba encerrada en casa con siete llaves, esperando a que se amortiguara el escándalo). Me sentía excluido, humillado porque ella, para comunicar no sé qué a un probable galán, no tuviera escrúpulos en utilizarme, sin prestar atención a mis sentimientos, con indiferente insolencia. Y finalmente, en tal caso, ¿qué diablos significaba la fuga con Galfo? Un rencor —el mismo que me suscita cualquier misterio— vino a punzarme el corazón. Y a la voz que en mí decía día y noche: «Venera, te amo», se superpuso otra: «¡Venera, vete al convento!»<sup>[35]</sup>

En tal embarazo no me ayudó Licausi, al que encontré tonteando frente a la farmacia del matrimonio Fratantonio, con un ojo vuelto, para disimular, a los carteles del cine y el otro, más atento, buscando si, entre una y otra pócima expuesta en el escaparate, se vislumbraba en el interior el bello rostro de su hijita Isolina. No soportando entrar en competición con sus contemplaciones, preferí airear mi discordia, hasta que resolví depositar, con gesto de ladrón, el sobre en el buzón de la esquina del ayuntamiento.

Pero cuando, de vuelta en casa y escapando a las premuras de doña Amelia, cerré la puerta a mis espaldas, he aquí que, desde la habitual pizarra de papel pegada al muro, me saludó irónicamente a gritos mi más reciente canto en loor de Venera. A MARIA VENERA, cantaba el título escrito en la parte superior, con grandes caracteres de imprenta. Y yo, por un impulsivo acto de fe, allí donde la superficie de la hoja conservaba aún un espacio blanco, añadí un A MARIA VIRGEN, no menos mayúsculo, y paralelo, como cuando en el notario dos campesinos alinean las propias firmas, una

debajo de la otra, al pie de un compromiso de honor.

Inmediatamente después me arrastró el sueño.

Veinticuatro horas más tarde tuve que revocar de un plumazo aquel voto de confianza, después de la segunda charla con la muchacha, frente a una antología de los primeros siglos, que, a modo de buen augurio de seducción, había abierto por la página de Cielo d'Alcamo<sup>[36]</sup>.

—Espero un niño —inició despiadada. Luego, de un tirón—: No es de Galfo, es de otro. Que no me quiere, que no lo sabe, al que yo ya no quiero. Si él lo supiera, se casaría conmigo, pero yo no.

—Dios mío —balbuceé, respetando las mejores tradiciones de las novelas que leía Mariccia—. Y en un santiamén pensé en cuánto se habría emocionado la linda Amapola, si hubiera podido escuchar ocultamente detrás de la cortina de brocado raído. Balbuceé, pero sentía que mi disgusto se mezclaba con una curiosa satisfacción. No sólo porque una certeza me parecía mejor que mil dudas, sino por tener yo mismo un papel, aunque fuera de mero comparsa, en la trama de una tan exuberante comedia. Hasta tal punto —lo digo ahora con la sensatez del viejo— sentía entonces mucho mayor necesidad de un teatro de amor que de una sustancia de amor...

—¿Qué dice Galfo? —pregunté, aceptando con disciplina el oficio de confidente.

—Galfo lo sabe todo, es el único en saberlo, e inmediatamente me propuso que nos escapáramos juntos y nos casáramos.

Una brasa delicada le había coloreado las mejillas.

—Asumía contento esta paternidad que no le concierne. Por bondad hacia mí, sobre todo; pero también, supongo, por una revancha y un mentís a ciertas cosas que dicen a sus espaldas...

—¿Verdaderas?

La pregunta se me escapó, banal, y me avergoncé de ella al instante. Pero ella se encogió de hombros.

—Da igual si son verdaderas, es incluso mejor.

Luego, vuelta a su cara la placidez y la blancura, con una pizca de soberbia que introducía decisión en su voz:

—Galfo es un buen hombre, y yo le quiero mucho. Además, me hacía falta un padre para este de aquí —y se golpeó el vientre con un puño— y un marido para mí, para pasearnos juntos cogidos del brazo al salir de misa, debajo del balcón del otro...

Se ocultó la boca con el dorso de la mano, pero ahora la palabra ya había salido, no hacía falta más para entender de qué balcón podía tratarse, frente a la iglesia sólo estaba el de sus parientes Trubia.

De todos modos, esa pantomima de reticencia me hizo sonreír: como si las señas del paquete no hubieran sido ya un testimonio evidente... Y al fin y al cabo, si ella me exhibía el evento, ¿por qué tantos silencios respecto al responsable? Pero Maria

Venera estaba hecha de ese modo, lo entendería enseguida tratándola de cerca: una mezcla de impudores y pudores, mentiras superfluas y confesiones impulsivas, cálculos regulados con el tictac de una bomba de relojería e imprudencias irreflexivas de la palabra y del gesto. Una babel de muchacha, en la que cien lenguas se atropellaban a un tiempo, y una procedía de los sentidos, que eran irrefrenables, otra de la inteligencia, ávida y ardiente, otra de la vanidad, otra del orgullo, otra del miedo...

Ahora sé, es un rumor que corre por aquí, que en el lugar donde vive, *lejos, muy lejos de aquí*<sup>[37]</sup>, se ha entregado a las prácticas piadosas, y si escucha alguna voz es la del cielo. Pero, entonces, ¡cuán dulcemente pertenecía al diablo, con cuántos lazos de zorruna y colombina malicia estaba atada!

A absolver, en cualquier caso. A absolver, fuera lo que fuese lo que dijera o hiciese. Por aquel regalo de belleza desorbitada que esparcía sobre el mundo; y por su corazón desarmado, por su manera de asomarse, voluntariosa y enamorada, a la luz. Como yo, como todo el mundo. ¡A quién no absolvería en la tierra, a qué Judas o Caín, si somos todos tan miserables, inermes, enamorados de nosotros mismos bajo la luz, tan colgados y próximos a caer (dentro de un año, dentro de un minuto...) de nuestra cornisa de luz a la oscuridad! ¡A decir verdad, morir, tener que morir, redime de cualquier culpa, y no hay nadie entre los vivos, ni siquiera el más inocente, al que a la postre se le condone la pena capital!

Así que absolví a Maria Venera; incluso le ofrecí un cebo.

—Si quieres, todavía puedes casarte con Galfo.

Me miró desconsoladamente.

—Ya no puedo, ya no quiero. Ya me había arrepentido al cabo de media hora de coche, sólo continué la fuga por lealtad. Ahora quiero liberarme de este hijo y de todos. Al otro le he despedido escribiéndole. A Liborio se lo dirás tú.

Asumió un aire tan belicoso que no me sentí con ánimos de rechistar. Aunque me habría gustado decirle que no la creía, que todavía seguía loca por Trubia.

Pero ella ya proseguía:

—Liberarme. Matar esta semilla que me ha metido dentro. Será como matar al padre.

—¡Qué dices! —protesté blandamente—. Y, aparte de todo, ¿cómo lo harás?

—Para pagarme los gastos tengo las alhajas antiguas de mamá. Para el resto, tu ayuda, tú eres un corazón noble. Conozco a una mujer que hace estas cosas. Basta con ir a Catania, a una dirección que yo sé...

Bajó los ojos sobre el texto que teníamos delante: *Esto fatto far pòtesi innanti scalfi un uovo*<sup>[38]</sup>, leyó por casualidad, y soltó una carcajada tan vehemente como para asustar a Alvisé, allá a lo lejos, en su pequeño estudio, entregado, supongo, a la tarea de hojear sus álbumes *Paris s'amuse, Ludovic Baschet, éditeur*.

Llamó, se asomó.

—¿Qué pasa?

—Nada —contesté—. Sólo que uno de estos días tengo que llegarme a Catania, y Venera, después de tanta clausura, querría venirse conmigo a mirar escaparates. ¿Podemos?

## VI

***Espionajes desde un elevado balcón. Carta al Ángel Arcángel. Galfo padrino de sí mismo. Perorata sobre las cartas anónimas.***

*Al principio del Niente  
fu la luce e l'idea,  
palinsesto, cibreo  
oscuro della mente,  
creato che si crea  
ininterrottamente...*<sup>[39]</sup>

Estaba en la cama pariendo el resto, cuando Madama:

*Mimosa, Mimosa,  
quanta malinconia nel tuo sorriso...*<sup>[40]</sup>

Entonó con voz gutural, y se peinaba mientras, mirándose en los tramposos cristales de mi ventana. Costumbre contra la que yo había batallado desde un principio, pero que a ella le permitía satisfacer al mismo tiempo dos heterogéneos deberes y placeres: el cuidado matutino de su persona y la curiosidad por las historias del prójimo a través de un ojo de buey natural entre dos macetas de perejil. El objetivo era el caserón de enfrente, un edificio con muchas vistas, donde se daba espectáculo gratis no sólo al alba sino durante las veinticuatro horas del reloj. Desde mi belvedere podían seguirse los más variados y privados desenvolvimientos de la vida, peleas y reconciliaciones, avaricias y despilfarros; contar las piezas y los cambios de lencería; espiar mil y un secretos golosos, llegadas y partidas de suministradores, deudores, acreedores, la carrera de una muerte y el inicio de una pubertad. ¿Debo confesar que yo mismo, algunas mañanas, cuando Amalia con la excusa de venir a despertarme invadía mi domicilio, me dejaba arrastrar a convertirme en su cómplice de espionaje? Para documentación de los libros que escribiría un día, argüía en mi defensa; aunque fuese difícil hacer entrar en dicha exigencia la atención que dedicaba a los impalpables encajes, a las libélulas de seda negra, oscilantes en el perchero de la jovencita Isolina. Ésta comenzaba, apenas levantada, en pantuflas y bata, a golpear con un sacudidor una alfombra y a introducirse ya con esta música en mi duermevela. Al levantarme, me apoderaba de un binóculo de la marina, arrancado a los celos de Madama, y seguía a la muchacha de cuarto en cuarto, la veía ir y venir del baño a la cocina, con movimientos a un tiempo furtivos y lánguidos, mondar con calma una fruta, prepararse con flema un café, fumar, bostezar. Al fin, llegadas las ocho y

veintiocho, sin saber cómo, ya dispuesta, con la bata escolar pegada a sus selváticos miembros de cabra, salir precipitada, desaparecer fulminante detrás de la esquina del Stretto, donde el Salón se empeña en subir.

Isolina estudiaba para maestra en mi propia escuela, pero en otra sección. Licausi, que tenía una debilidad por las estudiantes, se había prendado de ella poco a poco, a fuerza de encontrarla en el pasillo, limitándose hasta el momento, para verla de nuevo por la tarde, a dirigirse con mayor frecuencia de la debida a la farmacia de los padres, donde voluntariamente alargaba la espera, dejándose saltar en la cola, hasta que se veía obligado a pedir por lo menos un sobrecito de bicarbonato, sin que las más de las veces llegara a ver ni siquiera la sombra de la muchacha. No por ello hacía dramas, habiéndose por el momento prendado tibiamente. Porque Licausi era, o parecía, hombre tibio y cauto, a cuyo corazón los sentimientos llegaban de puntillas y tardaban muchos meses en arder.

En cuanto a mí, hacía mucho que me había fijado en esa Isolina de enfrente, le había incluso sonreído, aquel domingo que el gato de Madama, llamado Quo Vadis?, había quedado prisionero, entre fuertes lamentos, en una angostísima cornisa, y los vecinos lo contemplaban desde terrazas y balcones. Incapaz de darse la vuelta, Quo Vadis? había titubeado largo rato sobre el vacío, resoplando, bufando; luego había decidido animosamente arrojarse, se precipitó igual que un yunque al mar, para levantarse inmediatamente, no obstante, sin un solo arañazo, y, sacudiéndose un poco el polvo del pelo, regresó a casa plácidamente. Fue entonces cuando le sonreí, mientras, sosteniéndolo por el cuello, presentaba el animal a los aplausos de la platea. Y ella me había devuelto la sonrisa.

Así pues, Madama aclaró, a preguntas mías, que *Mimosa* era una canción de treinta años atrás, la cantaba su padre cuando ella todavía era niña. ¿Niña? No pude sino sonreír, albergaba yo demasiados prejuicios sobre su edad para aceptar por bueno aquel cálculo. Por otra parte, visto el uso que de ella hacía, su lozanía y su madurez no dañaban, habría sido peligroso delegar el encargo de vaciarme las venas en los atractivos más verdes. Yo era entonces, en las cosas de la carne, a la vez fácil y difícil de contentar. Y en los tugurios de las afueras adonde a la fuerza me llevaban los amigos, las raras veces que sucedía, elegía sin titubear a la más abandonada, la más anciana y humillada, temerosa de que cualquier otra me habría de algún modo frenado. Rechazando incluso a la estimulante vicedueña, Zoe, excluida de los consumos del vulgo, pero siempre disponible para la clientela más fina. Yo no, la belleza de Zoe, aunque marchita por el uso profesional, no dejaba de intimidarme, y por ello me contentaba con las vagabundas callejeras quincenales. A no ser que me replegara al final, madriguera, túmulo y templo, en el sacrosanto tálamo de Madama. Que ahora, sin dejar de entonar a grito pelado *Mimosa*, me señaló con el peine que empuñaba, lleno de pelos, calle abajo, el invariable relevo de todas las mañanas: entre un marido con rurales botas de media caña que se iba, y el ex diputado Scillieri,

Uomo Qualunque<sup>[41]</sup>, que le reemplazaba.

Mi sonrisa fue breve, llevaba prisa, me esperaba el hartazgo de una jornada: la última clase en la escuela, y la visita a Maria Venera, para concertar cuanto había que hacer respecto a su emergencia; sin contar, entre una cosa y otra, con la comida de don Cesare, con las previstas interpelaciones de la oposición... Así que me di prisa, pero en la puerta del aula Gertrude me entregó a un tiempo el libro de calificaciones y una carta perfumada, llegada con el correo de la mañana.

Me gusta recibir correo, una moderada ebriedad se apodera de mí cuando puedo hundirme en una butaca, con un *plaid* en las piernas y un cortapapeles en el puño, junto a una bandeja de bellos y grávidos sobres. Tan bellos, antes de ser aliviados de su contenido, como feos y desgarrados después, apenas han terminado de revelarse, casi siempre, como un insolente impreso del fisco, la circular de la comunidad de vecinos, el anillo de transmisión de una estúpida cadena de San Antonio... Hasta que, una o dos veces por año, del blanco vientre germina una flor: esta hoja, por ejemplo, perfumada de violeta, rayada, color de rosa, que comienza sin más preámbulos: «¡Oh, Ángel, Arcángel mío!».

¡Arcángel, fijaos! ¡Con mayúscula! ¡Uno de los Tronos, de las Dominaciones! ¡Uno de los que Vuelan entre las Nubes! ¡Ni la menor duda, se trataba exactamente de mí, la dirección aparecía al principio, toda ella en rasgos femeninos, y, sin embargo, decidida, como el paso de la legión tebana!

Será una broma, pensé, es una broma. Pero leamos antes qué dice. E inmediatamente volé con los ojos a la firma. Encontrando en ella, ay de mí, una especie de nudo gordiano, un garabato premeditado, la firma, en suma, de una carta anónima.

Cuando pude leerla, mientras las muchachas agachaban la cabeza sobre el tema, la carta recitaba:

*¡Oh, Ángel, Arcángel mío! Debo decírtelo, pues: ¡te amo! Y no me consideres desvergonzada, nunca sabrás quién soy. Aunque, incluso con esta impunidad del anónimo, tiemblo. He llevado diez veces la mano a la pluma antes de decidirme. Al fin he debido hacerlo, era demasiado pesado este secreto. Además acaba el año, ya es hora de saludarse, es hora de lavarse el corazón. ¡Oh, Ángel, Arcángel mío! Antes de conocerte temía la felicidad. Tú me has convertido en otra persona, has eliminado el luto de mi alma. Debes saberlo, hermoso amor mío. Y debes saber que en mi diario, entre las páginas del veintiuno y del veintidós de junio, entre San Paolino de Nola y San Luis Gonzaga, que ambos te protejan, tengo tu foto, aquella colectiva, hecha en el gimnasio, donde estás de pie junto al director. Y donde yo no estoy, me había ocultado para verte la nuca, el antojo pequeño y marrón que tienes en la nuca. Bello, bello marido mío, sé que eres un poeta. Escribe un poema para mí, ¡para la bella desconocida (¡soy bella!) que te ama! Te beso en los dos ojos.*

Una broma, claro está. De Iaccarino. Sólo él habría sabido hilvanar semejante folletín, tal vez para distraerme de Maria Venera. Pese a todo, incluso en la improbabilidad de que esas líneas fueran auténticas, me enternecían extrañamente, agradecía a quienquiera que las hubiera escrito el haberlo hecho. Diré más: llegaban en el momento justo, mientras me disponía a humillarme, cómplice de Maria Venera, sin poder esperar de ella más que un gracias. Si era un juego, confiaba en que no terminara, que la correspondencia prosiguiera: hasta tal punto, en aquellos días, mi sentimiento necesitaba de una ilusión amorosa. ¡Que derramara Venera, el ídolo Venera, de un incensario agujereado, sus inciensos sobre otro que no fuera yo poco me importaba ahora! ¡Si no el suyo, otro perfume de mujer, fuera genuino o falsario, había venido a cosquillearme la nariz!

Salí, pues, a pasear entre los bancos, mirando a derecha y a izquierda, nunca se sabe. Y de vez en cuando asentía con la barbilla a una pregunta imaginaria, de buen humor gracias a aquellos propicios sorteos y leves sonrisas de la fortuna, que estaban introduciendo en mi vida un inesperado y graciosísimo follón.

Ya que conviene saber que yo había viajado mucho, años atrás, entre sangre y llanto, y las piernas seguían doliéndome. Había perdido la juventud como se pierde un tren, y me había quedado en la mente, en su lugar, una brecha profunda y negra que inútilmente vendaba con adornos y enmascaraba con flores. Sabía que seguía allí, cicatriz de irrealizado, desgarrón de no vivido, que me sentía arder todas las noches en la mejilla más que un puntazo del Zorro. Pues bien, ahora la rueda parecía moverse en sentido contrario. A caballo de los treinta años me sorprendía muchacho entre muchachos, experimentando los nunca jugados juegos del amor y del azar en una luz de maravilla.

Hubo más. Cuando salí del aula con la cartera de los exámenes en la mano, y debía de tener una cara entre jocosa y alterada, Galfo me esperaba torvamente en el pasillo. Yo mismo le había llamado, telefoneándole en el recreo. Debía decirle, por encargo de Venera, que se tranquilizara, pero él se me adelantó, sabía que daba clases a la muchacha y que la cortejaba, me dijo, tenía que dejarlo.

—Tienes que dejarlo tú —exclamé—. Venera no nos quiere ni a ti ni a mí. En cuanto al niño, de un modo u otro se arreglará.

Se puso pálido, colorado, me amenazó con el puño en la nariz. Mi carcajada no le afectó, me susurró que quería desafiarme. A puñetazos, esa noche, en la explanada del Pizzo, si no me atrevía a aceptarle otras armas, a él, que era matador infalible de torcaces y becasas. Le miré mientras hablaba, me inspiraba compasión. Estaba furioso y al mismo tiempo triste, indeciso, necesitado de ayuda. Al final, sin saber qué responder, objeté que no quería ni disparos ni puñetazos, para mí eran chino, podía aceptar como máximo una partida de damas, quien pierde paga el café. No se contuvo: la mano, que levantó de repente y con la que intentaba más o menos

abofetearme, se le enredó por fortuna entre la cartera y el libro de calificaciones, levantados por mí a modo de defensa; y poco tuvo que hacer Gertrude, rápidamente llegada, para separarnos y llevárselo del brazo al despacho de los bedeles, adonde yo también me dirigí inmediatamente para consolarle, para secar con el pañuelo las amplias y profusas lágrimas de su desolación.

Llegué tarde a comer, pero en la *trattoria* Iaccarino y Licausi se habían quedado esperándome, les vi, al entrar, mirarme con ojos festivos en los rostros caldeados por la digestión y el vino. Una palpable animación les dominaba, y hasta el pez parecía participar de ella, redoblando los cabezazos y los coletazos contra los cristales de su prisión. Estaba claro que se pretendían de mí las informaciones más amplias tanto sobre mi encuentro de ayer con Venera como sobre mi enfrentamiento de hoy con Galfo, acerca del cual había corrido, y me había precedido, la voz. Yo les tuve en suspenso, quise primero comer tranquilamente, no sin elegir como privada alusión aquellos finísimos espaguetis llamados «cabellos de ángel». Luego, llamada también Mariccia a consulta, ahora que se había ido el último cliente, conté todo de la A a la V, silenciando sólo la Zeta de la incipiente maternidad.

Como era de prever, los sufrimientos del bailarín no conmovieron a nadie, y sobre la cita caballeresca el auditorio bromeó sin gracia. Y las propuestas fueron muchas: que yo le fuera al encuentro en el Pizzo con bacía de Mambrino y espada de madera, intimidándole de lejos con un *Tirati'n panza* de sello mafioso<sup>[42]</sup>; que ellos me seguirían vestidos con sábanas blancas y aparecerían de repente gritando «¡Uh, uh!»; que, como se hace en las bodas, imprimiéramos una invitación de participación al desafío en la tipografía de Matteo Baglieri y la repartiéramos a caballeros y a damas, públicamente...

Frivolidades que me desazonaron un poco. Yo había sido el primero en reírme de la intimidación de Galfo, y sin embargo me habría gustado, en el fondo, que los amigos la tomaran en serio. Necesitaba rodearme de un tiempo artificioso, algo de fanfarria. Quería, por unos cuantos días, vivir en una condición exaltada. Una vida cantable, más ópera cómica que seria, pero, en cualquier caso, de tenor. Y me tocaba, por el contrario, aquel entremés de chistecitos. Y para colmo la carcoma, respecto a mi amor por Venera, de no hallar en los amigos la alianza y la consideración debidas. Ellos estaban seguros: no llegaría a ser más que su cimbel, peor aún, su correveidile galante. Sostuvieron que era una listilla sosa, deseosa de hombres, pero confusa y desordenada de mente. Así decían, y por un minuto yo les daba la razón, luego Venera volvía a ser ante mis ojos igual que la Virgen de Gulfi llegada de allende el mar, a la que ni tres yuntas de bueyes habían conseguido mover del lugar donde había decidido pararse y tener un altar. ¡Un lugar, no cabía la menor duda, que para ella habría sido mi corazón!

Pero lo que más me hería era que ninguno de ellos me estimara digno de suscitar un afecto. Si la propia carta al Ángel Arcángel era (y no podía ser otra cosa) una

burla, ahí tenía la prueba: no se gastan bromas semejantes a don Juan, sólo a Leporello...

Para sincerarme por completo, saqué la página teñida de violeta, la leí por dos veces, no sin antes habérsela hecho oler a todos, de la misma manera que a los perros policía se les restriegan por el hocico las bragas de la doncella desaparecida. El comentario, al terminar, fue una interjección, entre de asombro y de escarnio. No la recogí y atacé decidido en dirección a Iaccarino, al que quería provocar para que se descubriera.

—¿La has escrito tú?

No confiaba en una respuesta directa, Iaccarino era incapaz de mantener coloquios que en sus labios no se convirtieran inmediatamente en vaniloquios. Especialmente en la mesa, cuando ya había pescado demasiadas veces en el jarro de Cerasuolo, la costumbre era que, una vez se le había ofrecido el tema, se sentara en las rodillas a la cocinera y, desordenándole con la mano la estopa de los viejos pelos, se fuera por los cerros de Úbeda con las palabras. Así ocurrió también esta vez, y así fue, más o menos, la perorata que improvisó:

—Hay muchas maneras, orales y manuales, de transmitir el pensamiento, pero la más antigua y respetable es la carta sin nombre. Inmune de cualquier ambición de autor, verídica voz del abismo, representa lo que más se parece a la palabra de Dios.

—Te olvidas del trueno —objeté—. *Coelo tonantem...*<sup>[43]</sup> —Mientras que Licausi, que en nuestros conciertos había asumido la parte del contracanto plebeyo y al que, por consiguiente, Iaccarino llamaba «mi Sancho», se limitó a hacer con los labios:

—¡Bum!

Mariccia rió sin entenderlo, hasta el punto de que Iaccarino se molestó y la alejó bruscamente de sí. Luego, pedagógicamente:

—No lo olvido. Y estoy de acuerdo en que la creación es únicamente un «¡Bum!», una espantosa ventosidad del vientre de Quién sabe quién. Una ventosidad, pero a mis narices más bien un pedo clandestino, un cuesco, un código anónimo, un delito sin firmar, como los que vuestros Sherlocks se esfuerzan groseramente en descifrar. En suma, no menos que las pinturas de desconocidos y los expósitos en el torno, la carta sin padre es una bastardía relativamente sublime, cuyas especies convendría clasificar...

Hizo una pausa jactanciosa, en espera de que probara a contradecirle. Yo, en cambio:

—Qué bien hablas —le adulé, y le ofrecí otra copa.

—Diferenciaría —prosiguió— en los escritos anónimos tres maneras diferentes, aunque hermanas entre sí, de las cuales la primera está dirigida a atemorizar, a incriminar y procede de la bilis seca. Afirmativa, apresurada, utiliza palabras frugales, MANE THECEL PHARES<sup>[44]</sup>, o bien BURRO EL QUE LO LEA. La otra se alimenta de trémolos, propala deseos y esperanzas, destila prolijos y suspirantes humores. Tienes

un ejemplo entre las manos y huele a violeta. Pero la tercera, que es la más meritoria, esparce amargas y salubres verdades, abre los ojos a los jueces y sobre todo a los maridos...

Secundando su manía por las citas y los retorcimientos del lenguaje, que yo sabía perfectamente cuánta acritud y tristeza de corazón encubrían:

—¡Otelo! —declamé—. ¡Otelo! ¿Sabes tú qué hacía Desdémona mientras en el arsenal te embadurnabas tenazmente de pez?

Así le daba cuerda para que se descubriera por sí solo. Sin por ello renunciar en las pausas a acosarle.

—¿La has escrito tú?

No me hizo el menor caso, ya se había embalado.

—¡Oh, despacho!, que llegas al alba con el suave paso del cartero, y olores a esencias raras, y umbríamente te ocultas, no graznas sino que susurras, no proclamas sino que insinúas..., ¡benemérita mosca en la oreja, linterna del minero, socorrido báculo del ciego! Tú eres el que levantas la piedra pulida y desvelas debajo de ella las manadas de los pálidos ciempiés; tú eres el que, por desoído, denuncias a César los Idus de Marzo, tú el que... En suma, ¡es razonable que como progenitor tuyo sea alabado Monseñor Cuervo, que es el más sabio de todos los animales!

—Una objeción, Excelentísimo Señor —interrumpí—. Recuerde aquellos versitos de nuestro bachillerato: *Maître Corbeau sur un arbre perché...*<sup>[45]</sup>

—Objeción desestimada —contestó—. Por un cuervo bobalicón que coma con la boca abierta sobre un árbol, hay otros mil más sabios que ayunan sobre los bustos de las diosas y se hacen llamar Nunca más...

Mariccia, a la que estas digresiones cansaban al cabo de tres minutos (exactamente tres minutos después que a mí), intentó frenar la corriente.

—Yo no sé de qué cuervo hablan, pero déjenme decir que a mí esta carta me huele mal. Me cuesta creer que una mujer, por insensata que sea, confunda a éste con un Arcángel. —Y me señaló con amable desprecio—. Si luego, aunque lo considero hartamente imprudente, es sincera, no me fío de que se avergüence de confesar con nombre y apellido tan singular afecto...

—Las mujeres —sonrió Licausi—, cuando tienen que comprar cebollas en el mercado, se tapan con la mantilla.

Los tenía a todos en contra y entonces cogí por el brazo al ciego que acababa de entrar y que cada día ayudaba con su armónica a las peristalsis de los comensales. Pero Iaccarino no había terminado de relampaguear. Aterrorizó con un grito al pobrecillo, que había comenzado a tocar *Sciuri sciuriddu*<sup>[46]</sup>, y le ordenó que se callara. Y a continuación:

—Si terminara en una isla —pontificó— no querría otro libro que un diccionario. Tantos son los gritos y las músicas que es posible oír en sus vertiginosas vísceras. Del mismo modo es probable que todas las cartas anónimas desparramadas por el mundo sean los vocablos sueltos de una única y gigantesca carta anónima y que los escriba

una única mano, un solo Cuervo oculto, para encerrar en ellos un significado absoluto. Tu billete por sí solo no cuenta más que uno de los millares de fragmentos en que se rompió el Zeus de Fidias, pero si pruebas a juntarlo con los demás, con sus miembros esparcidos, verás como responderá. Ya que la respuesta existe, sombra del Verbo sobrevivida entre las sílabas de Babel. O bien sólo momentánea encarnación de Proteo... ¿Sabes tú cuántas son las caras de Proteo? Incalculables, y cada una de ellas reniega de la otra, es Proteo y no lo es. Entonces yo me pregunto, te pregunto: ¿dónde está el auténtico, el indiviso Proteo?

A pesar de la pasión que parecía emplear, estaba claro en ese momento que hablaba al azar, por embriaguez y melancolía. De modo que escapé hacia la salida, me esperaban Venera y sus ansias de embarazada. Pero antes, para descargar la conciencia, amenacé en la misma puerta:

—¡Lo sé, lo sé, la has escrito tú!

Después de lo cual se decidió finalmente a murmurar entre dientes, dándome la razón:

—Claro que sí, claro que sí, *Copyright by Iaccarino*. —Que tal vez era una admisión, o tal vez simplemente una suprema burla.

## VI bis

### *Retrato del artista como joven flauta*<sup>[47]</sup>.

Otra pausa, por favor. Llegados a este punto, es preciso que me presente como yo era entonces, tal vez hasta ahora ha sido insuficiente. Era, entonces, una flauta capaz únicamente de dos notas. Fácil de tocar, pero había que aprender. Las notas eran dos, una de aflicción, *huy, huy, huy*, como cuando apalean a un perro; y otra de Leticia, *tralalí tralalá*, que procedía de una violencia famélica hacia cualquier humeante y rojo ragú de la vida (a ésta, ni treinta años de tenazas y uñas arrancadas han podido castigarla). Dos notas: y las sentía silbar entre mis labios sucesivamente, según las estaciones. En los meses equinocciales pensaba en morir, me apodaba a mí mismo Gingolph el Abandonado, que era el título de una vieja novela Sonzogno de quién sabe quién, y todas las mañanas me preguntaba, al despertar, si yo no era más que un gusano solitario, cartucho vacío, basura a la deriva en el río de los milenios. Qué podía importar, y a quién, el mínimo bien o mal que yo hacía o pensaba o sufría, el infinitésimo temblor de vicio o virtud que me hacía vibrar los nervios un instante... Porque, si hubiera sido posible calcular, y con inmensa aproximación creo que se podía, cuántos billones de hombres habían habitado hasta entonces la tierra, y las innumerables especies de sus muertes: por tisis, epilepsia, anofeles, lúes, peste, cáncer, lepra; mordidos por una rata, un dragón, un cuervo, una hiena; por arma blanca, florete o sable, por arma de fuego; por deglución de agua salada, quemadura de sarmientos, rocas desplomadas, trapecios de circo, ventanas de Praga; por apoplejía, caquexia, demencia; por estallido repentino del corazón..., si se hubiera podido contar el número, mucho mayor por consiguiente, de los pálpitos e impulsos sentimentales de todos y cada uno de los vivientes vividos: las envidias, las ansias, los desgarramientos, los miedos, las piedades..., si se hubiera efectuado el registro de las cópulas humanas y de los susurros amorosos en cavernas, alcobas, reservados, automóviles con asientos abatibles..., concluyendo que a lo largo del tiempo todo se había convertido en nada y tan sólo en nada, mientras volvía en mí a repetirse sin objetivo dentro de un relámpago de rápida luz...

Con este último pensamiento veo que llega en mi ayuda la fuerza y la bondad del solsticio, su gloria, la acidez de sus brisas marinas. Era cuando salía cantando *tralalí tralalá*, y me hormigueaban la nariz y las venas. ¿Dónde quedaban los abandonos, las oscuridades de ayer? De la noche a la mañana me descubría un hombre completamente distinto, y no había muros que pudieran mantenerme quieto. Un exorcismo había bastado para curarme, una palabrita que el sol me había susurrado al oído. Y, a la manera de una serpiente que se despereza en la cuarentena de su cuartel de invierno, consideraba angosto cualquier embudo de la madriguera para el volumen

de mis espiras.

Si me contemplo en las fotos de entonces (cartulinas 6 X 9, de Kodaks baratas), muestro en la mirada una alarma jovial, en la que las dos ídoles, las dos notas, silban conjuntamente, la melindrosa y la fácil, la quejumbrosa y la cantarina. Recuerdo que Iaccarino me dijo en cierta ocasión: «Un día uno de nosotros se enterará de la muerte del otro. Entonces este minuto que estamos viviendo juntos, y que juntos recordaremos mientras ambos vivamos, resultará partido en dos, borrado en un cincuenta por ciento. Más adelante la ola negra acabará por cubrir al que ha quedado. Y ya nadie sabrá que frente al quiosco Turco-Colosi, el 13 de julio del cincuenta y uno, a las trece treinta, encendimos dos Serraglio con la misma cerilla...».

Arrancaba de tan lejos para sacarme un cigarrillo, pero yo me sentí igualmente turbado, aprendí por primera vez a distinguir las memorias plurales de las de uno solo, y cómo morimos todos los días en la muerte de quien nos recuerda, y cómo matamos todos los días a los demás, olvidándoles.

Ha pasado tanto tiempo. Si ahora intento silbar, el siseo que nace de este agujero entre los dientes, allí donde me faltan dos incisivos, no significa nada. Ya no tengo amigos ni fábulas, sólo compongo cábalas y retahílas de palabras, bromas y disputas de palabras para engañar a la muerte. Te escribo a ti, *desocupado lector*<sup>[48]</sup>, rostro áfono y ciego, niebla blanca delante de mi máquina portátil, pero en realidad no te amo, no quisiera que nadie me espicara mientras muevo cada vez más fatigosamente las piernas en mi baile de Sfessania<sup>[49]</sup>. Fricasso, Scaramucia, Frittellino<sup>[50]</sup>, hermanos en Cristo... Yo soy el bufón con zancos de allá al fondo, que amenaza con caer, que dentro de un instante caerá.

Intentémoslo una vez más: *huy, huy, tralalí...* Una vez más todo acaba en un acceso de tos, el Papageno<sup>[51]</sup> que fui en vano hincha puerilmente las mejillas. Escribo, cómo no, pero no vivo. Escribo inicios de libros que no escribiré. Rumio comienzos de *Hellzapoppin*<sup>[52]</sup>, garabatos de desesperado: «Ignacio Sánchez salió a las cinco para ir a tomar el té», «La marquesa salió a las cinco para ir a la corrida», «A las cinco de la tarde la marquesa salió con Ignacio»... Escribo fríos elogios a la mancha de tinta que me ensucia el pulgar derecho; escribo a Dios, no revelo por discreción qué; escribo al César: «Divino César, tu recriario te escribe. *Ave, Caesar, scripturus te salutatur*»... Escribo a las nubes de Ammazzanuvole, al viento que se las llevó...

¡Pero si por lo menos me gustara escribir! Por el contrario, arrastro la pluma como una pata coja, surco el papel por amargo fármaco y penitencia. Este milagro de crear con unos pocos sonidos y signos una burbuja de inexistencias charlatanas no deja de aparecérseme como una acción equívoca, una culpa. Y aunque intente tomármelo a broma, a entretenimiento, para hacer correr con rapidez los minutos del futuro que me han sido concedidos; aunque en lugar de un recuerdo me descubra

narrando un sueño o una patraña, el gusto que siempre me resta es el de tóxico. Como en aquel diálogo de Grock con el doctor: «Cúreme, doctor, soy desgraciado», «Vaya al circo a ver a Grock», «No puedo, Grock soy yo»...

*Alas, poor Grock!* ¡Ay, pobre Gesualdo! Tal vez sólo tendría que pronunciar nombre y número, negarme a abrir la boca, invocar la convención de Ginebra sobre los prisioneros de guerra...

Sin embargo, no. En el campo crece un gran nogal a pesar mío, y con sus barbas amenaza los muros de la casa vecina. Hace tiempo que lo rodeé de cemento, lo sumergí en una profunda y amplia camisa de fuerza, aislé el viejo tronco para controlarlo. Esta mañana una hinchazón del cemento, una grieta sospechosa, me ha dicho que la raíz no se ha rendido, no ha dejado de caminar...

¡Así que *tralalí tralalá*, sopla, Papageno!

## VII

### *Los Círculos del Far Sur. Tarde y velada con Sasà Trubia.*

Habíamos concertado el día, Venera y yo, pero la expedición a Catania no fue necesaria. Una hora antes de salir, en el acto (¡horrible sólo decirlo!) de barrer el rellano en sustitución de Anita, Maria Venera resbaló, más o menos adrede, por la totalidad de los veintisiete peldaños de la casa y se encontró, sin necesidad de fórceps, liberada y contenta. Me lo comunicó desde la otomana donde estaba echada, recuperándose de las contusiones y del resto. Una bendita caída, me confesó, que, aunque tuviera que tenerla tullida durante dos semanas, había llegado en buen momento para suplir por vías naturales un peligroso evento. Yo no me sentí menos satisfecho, aunque sólo fuera por el dinero que ahorraba, ya que había decidido pagar al fabricante de ángeles con mi modestísima bolsa. Menos satisfecho me sentí de la repentina frialdad de la muchacha, ahora que ya no me necesitaba. Se manifestó reacia a reanudar los estudios, amenazando con ello mis ocasiones de encuentros cotidianos y legítimos; además, tratárase de distracción o de malicia, en medio de tantos tú, sancionados ahora por el uso, mezcló sin corregirlo un usted. Y continuó, sí, llamándome por el nombre pero como si las tres sílabas entre los labios le dieran asco. ¿Debo decirlo todo? Una tarde se dejó ver en bata con los cabellos enroscados en los bigudíes.

Aparte de eso, todo su comportamiento parecía cambiado, y con tanta extemporánea desenvoltura, es decir, sin ningún preparativo de la mudanza, que me avine a dar la razón a Iaccarino: sí, era una listilla cualquiera, una cabeza llena de pájaros, incapaz de ver más allá de las propias urgencias, y no lo bastante inteligente como para ser una egoísta con clase.

¿Qué debía hacer? Le devolví hielo por hielo, le dije que había enviado el paquete, pero que para otra vez se buscara otro; en cuanto a las clases, paciencia, era cosa suya, tanto mejor para mi tiempo libre. Finalmente, al sacar los cigarrillos del bolsillo, dejé caer con indiferencia al suelo la carta al Ángel Arcángel, e inmediatamente me despedí.

Trucos de colegial, claro está. Como si una muchacha como Venera pudiera sentir celos de alguien a quien no amaba. Sin embargo, me producía una melancólica vanidad pensar que leería tantas palabras de fuego dirigidas a mí. Sin decir que la carta extraviada sería un buen pretexto para volver...

De vuelta en la ciudad, el aburrimiento llevó mis pasos al Círculo de los Civiles. Era un Círculo de notables, éste, donde los profesores sólo teníamos acceso en virtud de la franquicia que en tales casos suele concederse a los huéspedes forasteros.

Nosotros tres, y especialmente yo, íbamos allí con frecuencia, por las razones que a continuación explicaré.

Los Círculos del Far Sur disfrutaban de mala fama. Lugares de melancolía y de tedio, se dice, donde, entre los choques de las carambolas, los crujidos de los periódicos atenazados en las guías de madera, los razonamientos de quejumbrosa metereología propietaria, se consumen pantalones, se consumen años, se enmohecen vidas e interminables réplicas...

Es una verdad a medias. Ya que significan, simultáneamente, espacios de pantomima y de charla creativa. Algo semejante a los mármoles de las iglesias en tiempo de los Medici, o a las veladas en las granjas del Po, a lo largo de las dos orillas del río, donde hasta hace poco se montaban corros de oral comicidad. De manera similar, el Círculo de los Civiles de Módica se había convertido en perpetuo escenario ciudadano, sólo faltaba la taquilla en la entrada y una taquillera que hiciera pagar al visitante. Tantas eran las bromas que los socios improvisaban sucesivamente, impulsados por un invisible regidor, de las tres de la tarde a las nueve de la noche; a veces estentóreos, sentados en la salita del bacarrá, donde fortunas seculares se esfumaban en el tiempo de una partida; otras en voz baja, de pie detrás de las persianas, ocupados en observar sin ser vistos los desfiles vespertinos del Corso, y en auscultarse el latido infatigable de la existencia.

Ése era el momento de la floración de ciertas indiscreciones y calumnias grandiosas, fundamentos primeros del fantástico tinglado sobre el que iba creciendo la comedia diaria de la ciudad, una función en marcha, de la que cada cual era a la vez espectador, actor, autor, empresario...

Una cosa, en efecto, saltaba a la vista de quien llegaba de fuera: la facilidad con que, allí dentro, cualquier respetable Fulano y Mengano de lo más establemente alojado en la cáscara de su identidad municipal y social era inmediatamente expulsado de ella para entregarse a un papel de pinocho parlante y aéreo polichinela de sí mismo. Bastaba una rareza apenas insinuada en el hacer o en el decir, una singularidad incluso irrisoria del comportamiento, del hábito, de la indumentaria; y he aquí que esa excentricidad, exaltada por la locuaz clarividencia de los demás, se convertía inmediatamente en estigma, en fulminante connotación de una manía. No sólo eso: sino que era como si las personas, a fuerza de reflejarse en las presunciones del prójimo, se sintieran en el deber de adecuarse a la semblanza impuesta, hilarante o fúnebre, y de cosérsela a la piel a la manera de una identidad segunda y más verdadera. Con los resultados de cómica angustia que es posible imaginar.

Al penetrar por primera vez en tal lugar de máscaras, yo me había tropezado con una que me había castigado ligeramente las alas: de profesorzuelo estudioso, aficionado a deambular a pie con los brazos cargados de carpetas; tal vez socialista, ¡anarquista incluso!... pero, a fin de cuentas, un tímido espantapájaros.

No es que se equivocaran al clasificarme así. Eran tiempos aquéllos en los que me sonrojaba con frecuencia, repentinas oleadas de rubor me corrían de una oreja a otra,

¡maldición! Y me hacían sentirme como en la inspección médica militar, desnudo frente a una pared de cal. Una revancha, pues, ahora que mi reciente participación en la recuperación de Maria Venera parecía haberme cambiado la cara y todos los reflectores de la ciudad se habían encendido para buscar, bajo la cataplasma de mi maquillaje, el fruncimiento de un matamoros. Había sido una revancha, y hacía florecer dulces orgullos y esperanzas dentro de mi corazón. Tal vez, no digo ya Venera, con la que ya no contaba mucho entonces, sino las otras mil que habría amado a momentos, innominadas en la sombra, sólo aguardaban a sentirse llenar el oído de mi joven quiquiriquí. O no, no lo pensaban en absoluto, pero habría sido igualmente bonito para mí creerlo todo el verano. Ya que no sólo es hermoso vivir la vida. Es casi tan hermoso fingir y mentirse vivirla.

En cualquier caso, yo precisaba para las inminentes festividades de una especie de salvoconducto. Grandes maniobras se preparaban en los locutorios de las casas patricias para julio y agosto, y el calendario estaba a punto de desbordarse. Se sabía de modistas crucificadas por las casaderas más casaderas, de *toilettes* de espuma de mar arribadas de París, de pendientes de la era borbónica desenterrados de los cofres de las familias. Se bailarían prolongadamente en las terrazas de las grandes villas de la Sorda, en los *chalets* de Sampieri, en el gran jardín de Chiaromonte, requisado por un comité de damas para la Gran Verbena a *numerus clausus*. En la que yo, que hasta entonces sólo había participado en alguna recepción navideña de burgueses y personas acomodadas, dudaba de ser admitido, si alguien no me ayudaba. Dudaba, dudaba mucho, porque luces y músicas, alabastros de lunas y senos, plumas de cisnes negros en torno a cuellos enjorjados, susurros y temblorosos delirios de amor, permanecerían intactos en la bandeja delante de mis labios de famélico miserable.

Ahora sé, y sabía entonces, que cortejaba una fantasía. La nobleza local no era más que la caricatura de la que me fascinaba en mis lecturas. Y sin embargo, de la misma manera que una chispa de Rafael resiste victoriosamente en la copia que un pintor de santos exhibe en una acera, o una sombra de Mozart en la peor ejecución, así, viendo apear al Balilla paterno, que conducía con manos enguantadas, a Giuliana di Giardinello, o a doña Matilde Tuscano volverse del palco de proscenio para contemplar con los impertinentes la platea, no digo que me temblara el corazón, pero sí me invadía una turbación, como si en los Campos Elíseos o en la Ópera hubiera visto asomar a lo lejos la cabeza emplumada de la baronesa Nucingen o de la duquesa de Guermantes.

Ahora, además, que con Venera estaba en un mal momento, y mi amor por ella era como fuego indeciso entre hacerse incendio o languidecer, la relación con la ciudad adquiriría una más intensa beligerancia; ahí estaba el campo de batalla donde vencería o perdería, ya no únicamente mi prueba con las mujeres y con el amor, sino las guerras, fundamentales, conmigo mismo y con el mundo.

Así que «¡Módica, eres mía!», me dije, mitad en serio mitad en broma, golpeando con fuerza el zapato en el suelo, y, después de hacer avisar a Madama que volvería

tarde o nunca, con paso marcial me dispuse a franquear el umbral del Círculo de los Civiles.

La intención, por el momento, se limitaba a utilizar alguna modesta diplomacia. No todos los triunfos militares comienzan con una invasión; y a mí me interesaba establecer en primer lugar alguna alianza y complicidad mundana. Sabía que el maestro de ceremonias de las próximas ocasiones, el dux de los placeres lícitos e ilícitos de Módica, aquel, en suma, que disponía a su capricho las invitaciones, era don Nitto Barreca, juerguista y jugador de campeonato, siempre dispuesto a trasnochar, aunque caminase sosteniendo la escoliosis del cuello con un gorjal de yeso. A él, que se preciaba de conocedor del arte antiguo y al que acusaban de excavaciones clandestinas y de cosas peores, le había explicado en cierta ocasión la diferencia entre la cerámica de figuras negras y la cerámica de figuras rojas, y me había quedado agradecido. Confiaba, pues, en su protección, pero le busqué sin éxito en la salita interior, la partida de bacarrá había sido aplazada para mañana. Me saludó, en cambio, Trubia, con una curiosa sonrisa, alzando la cabeza del billar y de la partida que jugaba contra un joven de traje y acento extranjero. Un francés, llamado Michel, llegado entre nosotros nada menos que por cuenta de Jean Renoir, en busca de lugares y escenarios para un film, sacado de un cuento de Mérimée<sup>[53]</sup>. Me excité, qué diablos. ¿Vendrán Renoir, Anna Magnani? El francés lo dejaba caer desde arriba, con suficiencia: «*Ça dépend, ça dépend*», y no paraba de derribar palillos. Hasta que Trubia levantó las manos en señal de rendición y nos invitó a subir a su casa, a dos pasos, a tomar una copa escuchando sus nuevos discos de jazz.

Fue una hermosa noche. Por el balcón abierto llegaba el zumbido del Salón, y parecía un delicado trasfondo de aplausos al concierto que escuchábamos. «*Turú turú turú turú*», repetía la trompeta de Cootie, y a mí se me hacía un nudo bajo la nuez, que ni subía ni bajaba.

Al francés le gustó por patriotismo *Careless love* de Bechet, porque tocaba Claude Luter, al que conocía, dijo, habían compartido una chica, pero yo quise escuchar tres veces un Parker, *Relaxin' at Camarillo*, del que Sasà me había dicho que había sido compuesto en un sanatorio para neurasténicos. Inmediatamente después, *St. James Infirmary*, donde se lloraban males más miserables, me brindó la ocasión para una comparación entre hospitales y clínicas, miserias carnales y desgracias de la mente, que habría gustado a Pietro Iaccarino.

Trubia, sentado junto al gramófono, se ocupaba de cambiar los discos y las agujas. Atareado, hospitalario. Yo me levantaba en las pausas para observar de cerca los muebles antiguos, las graciosas chucherías sobre la cómoda, las porcelanas de *biscuit*, la incongruente espineta en un rincón. No fue intención sino casualidad que entreviera en la papelera, entre otros desechos, el sobre de Venera, vacío y con los lacres rotos; pero ya no fue casualidad si, de pie frente al escritorio, mientras Sasà y Michel se tragaban con los ojos cerrados un solo de fogoso trombón, alargué las

manos para hurgar entre el montón de la correspondencia reciente, descubriendo en él, no sin una risita disimulada, una foto de Sasà, rizado y barbudo, sobre cuya frente una tinta verde que conocía había añadido dos cuernos. ¿Un insulto retrospectivo? ¿Una amenazadora promesa? «*Turú turú turú turú*», reí susurrando, dejándolo y acercándome a los dos, dispuesto a dejarme conmover de nuevo el corazón por aquella música. Así son los jóvenes: inmediatos y cambiantes en su sentir.

Ya que Michel, por capricho suyo, quería conocer historias indígenas de brujería y superstición, me tocó hacerle de guía hasta la casa-gruta de doña Tònchila, la hechicera. Era una anciana robusta y alegre, que me miraba con simpatía desde que había comenzado a frecuentarla para enterarme de su vida y milagros. Muchísimas veces se había ofrecido a hacerme el unto de amor a cuenta de quien quisiera, negándose únicamente cuando yo bromeaba que me gustaría que se enamorara de mí, no una criatura de carne, sino un espíritu de los suyos, alguna hija del diablo que viviera en la claraboya de su casa. «Con los *señores del lugar* yo no me meto», decía Tònchila, seria, y se santiguaba. Pero a Michel, que, en broma o creyéndolo, le había pedido ayuda contra una fotografía de la *troupe* demasiado reacia, le hizo pagar a alto precio los polvitos y la receta de palabras útiles para que entrara en razón la fierecilla.

Mientras tanto, se había hecho tarde. El francés tuvo que irse. Trubia me invitó entonces a cenar en un local de gastrónomos, en Módica Alta. «Se lo digo, no se lo digo», decía yo para mis adentros. No sabía, por otra parte, qué. Sólo quería confusamente llevar la conversación hacia Venera, y a través de sus reacciones interpretar los impulsos auténticos de la muchacha y, por qué no, también los míos: entender qué sentía yo realmente. Pero el hecho es que no abrí boca durante toda la cena y él tampoco parecía propenso a hablar si no era de su último infortunio en el juego y del desquite que, infaliblemente, se tomaría mañana.

—Yo también iré —prometí, pensando que así vería a don Nitto, y le acompañé gustosamente al cine, a una digestiva película napoleónica.

La bella Adalgisa sólo le sonrió a él, mientras arrancaba las entradas. Yo le precedí, me quedé de pie detrás de la última fila, al amparo de la cortina color granate, mientras mis ojos se iban acostumbrando a las tinieblas de la sala. Cuando al fin pude sentarme en el primer puesto vacío, y abandonar en el respaldo de terciopelo una nuca condescendiente, he aquí que descubro en la pantalla crepitaciones de metralla y la vieja guardia en formación cuadrada dentro de una aureola gloriosa de polvo... Entonces los ojos dejaron de resistir, se me cerraron para calcular una vez más los contratiempos de mi vida. ¡Cuántos descuidos, me digo, y descortesías de la crónica y de la historia! Aquel yo que soñaba, con el anteojo en bandolera y la derecha en simulado reposo entre el tercer y el cuarto ojal del redingote turquesa, ver asomar entre los dos campanarios de Austerlitz el sol, cómo es posible que se encuentre aquí, con el estómago lleno, atento sólo al coito que dirimen en su interior salsas, enzimas y papilas, después de una comida abundante: final dulzón de orquesta, donde el bajo continuo es el habano de primera ofrecido por Sasà,

abandonados a un lado mis insípidos Serraglio... Así es, ha bastado una siesta de rico y ya no pienso en mis guerras, ¡ni en la ingrata Venera pienso!

La luz me rompió los párpados, la primera parte había llegado a su fin. Llegué a tiempo de reconocer, en una de las primeras filas, junto a los tirabuzones negros de una compañera, la melena de Isolina, más negra, y detrás de ella a Licausi, que fumaba como un tren y fingía contemplar en el aire un vuelo de moscas.

## VIII

### ***Palabras sobre la felicidad. Presentación de don Nitto. Partida de cartas en el Círculo de los Civiles.***

—Licausi tiene un corazón *à la coque*: incapaz de amores extremos.

Así sentenció Iaccarino cuando se lo conté.

No obstante, los signos de lo contrario se iban multiplicando, ahora Licausi sólo se dejaba ver a la hora de las comidas, unas veces taciturno y otras locuaz, pero siempre a deshora. En el supuesto de que su corazón fuera un huevo, era evidente que era un huevo duro y más que duro, yo entendía de eso. Mariccia me dio la razón, mientras me entregaba un billete que había traído Puck, de parte de Venera.

Se había arrepentido, la muy loca, quería estudiar de nuevo. Me enfadé, me reblandecí, regresé. Esta vez se lo tomó en serio, y acogía ávidamente las explicaciones; aunque al mismo tiempo la pluma se le fuera de paseo por la hoja, menos para tomar notas que para dibujar en verde muñequitos con rabo y cuernos, y escribir debajo SASÀ. Acabamos por reírnos juntos, ahora ya se me confiaba:

—¿Le mato? ¿Me mato? ¿Qué me aconsejas?

—¿Por qué no haces las dos cosas, primero una y después la otra? —bromeaba yo, no sin sentir un mordisco en medio del pecho, por ansia de ella y mortificación para mí y envidia hacia Trubia. Era en esos momentos cuando se me ocurría pensar en la maqueta confusa de mi futuro. Quiero la felicidad, había decidido en mi interior el primero de enero de aquel año. La quiero por un mes o por una hora. ¿Y qué era, en el fondo, la felicidad? En un tiempo había creído que nacía de amar. Luego de ser amado. Ahora me convencía de que su flor estaba a punto de brotar, a punto de ser cogida por mis dedos, como la primera flor de almendro, aquella mañana de la apuesta, por la mano de Saro Licausi... ¿O no era acaso, la felicidad, el sentimiento de una suspensión, el sentimiento de un tiempo inmóvil y dorado? O sea, el engaño de que el sol se petrifique donde está, y la luna; de que en nuestra sangre ninguna célula envejezca ni un solo instante en ese mismo instante que parece pasar y no pasa, parece no pasar y ya ha pasado. Oh, interrumpir, suspender el tiempo: de modo que todo, piedras, peces, pájaros, hojas, frutos, y tú y yo, Maria Venera, sean y seamos fulminados por la luz en un radiante e incorruptible «ahora»: inmóviles, sin que la resaca de nuestros ayeres nos sumerja, nos rebose por encima de los labios; sin que la escollera de los mañanas, erizada de pinchos y cuchillos, nos amenace con catástrofes y muerte; ningún pasado, ningún futuro, sólo presente, con todos nosotros felices, bellos y durmientes en el bosque, rey, reina, cortesanos, princesa, el propio príncipe..., en un presente invariable que es la misma fiesta dorada de este junio del cincuenta y uno...

La felicidad, pues. ¿Y qué me importa si no se me paga en doblones de España y sí en marcos de Weimar? He leído en un libro que el Rin acaba en arena antes de desembocar en el mar. ¡Pero corre, antes, cómo corre, vagabundo y amable, por campos y selvas, entre rocas y árboles, reflejando nubes, estrellas, trenzas de ondinatas ateridas y risueñas!...

¿Transitar por un tiempo inmóvil es, sin embargo, posible? Y, viceversa, ricos sólo de palabras, armados sólo de palabras, ¿cómo suspender el tiempo? ¿Escribiéndolo, tal vez? Así que las palabras me servían, acaso más los adjetivos que los sustantivos, para contrastar la osificación del mundo, los objetivos sin cualidad, los gestos sin pasión... Como ya de niño, cuando las buscaba en el diccionario y cada una de ellas parecía una diosa que nace del mar. Palabras inventadas y tiempo suspendido: ésta es mi receta para ser felices. Por otra parte desde antes, desde los tiempos de la escuela primaria, lo había descubierto cada lunes en una página del *Corriere dei Piccoli*, en un pequeño quiosco frente a la escuela. Ahí permanecía encantado contemplando, detrás de Mio Mao<sup>[54]</sup>, los verdes prados, el cielo azul, los tejados rojos, todo un pueblo angelical donde el tiempo había muerto, pero morir no se podía. A partir de entonces, cualquiera de mis sílabas busca Arcadias pintadas, sin un grumo de humano, con una cascada detenida sin caer en el aire, un molino con las astas inmóviles, un lagarto entre dos piedras, domesticado por el sol: una paz. En una mañana que nunca será mediodía. Con onduladas colinas, abajo, donde el horizonte se rinde tímidamente a la luz, y un campanario hunde en el aire su dedo alzado, y un rebaño mordisquea en silencio un seto, y la invasión del sol en los claros del follaje, siguiendo largas columnas oblicuas, despierta colores puros, gélidos y destilantes colores, azul de Prusia, amarillos de Vermeer, sombras de sueño, perfumes de hierba enamorada...

Pues bien, era un sentimiento semejante el que deseaba, por un mes o una semana, y lo esperaba de una Venera, de una Venera suplente, de un encuentro con una desconocida durante un baile...

Qué curioso: ambos son ciegos, amor y felicidad, pero no se llevan bien. Está claro que el amor no es una paz, ni sirve para suspender el tiempo, sino que lo acorta y lo dilata. Introduce además en la mente una comitiva de espectros elocuentes, un cine publicitario y frenético, con una voz que grita constantemente: ¡tú, tú, tú!; y otra que replica inmediatamente: yo, yo, yo... No tiene nada en común, el amor, con una idea de felicidad. Salvo cuando todavía no ha llegado y lo esperamos detrás de los cristales, cultivando su vicio en la mente, y husmeando de lejos su aliento como una alarma de la primavera. Así que ahora, si quería ser feliz, ¿qué pintaba el amor? Tal vez nada, pero quizás me gustaba pedir ambas cegueras, y me negaba a desaparecerlas, las mezclaba juntas bajo un mismo nombre contrabandista. Mucho más adelante aprendí de un sabio oriental que la felicidad puede ser esto: escuchar de noche el canto de una niña que se va después de habernos preguntado el camino. Por aquel entonces mis dientes de joven lobo no habrían permitido que ninguna Caperucita

Roja se alejara cantando...

Añado que era verano, un junio casi ya julio: mediterráneo. Con un fragor de sol en la cabeza, y céspedes negros bajo los zapatos, como muñones gangrenados. Habría sido difícil dirigir como es debido una orquesta de sentidos tan furiosa, de violonchelos en celo y tímpanos lúgubres, ansiosos de muerte. Qué triste, vacilante destino, en Sicilia, tener tanta sangre que gastar por venas tan pobres y perezosas, y una fuerza de enanos para una soberbia de númenes... Y de acuerdo, todo esto no tiene nada que ver, he divagado, pero no está dicho que no sirva para explicar por qué aquella tarde, al salir de casa de Maria Venera, sólo deseaba una cosa: ser elegido en la rosa privilegiada, entre los trescientos nombres secretos de los invitados que el caballero don Nitto Barreca guardaba escritos a mano en el bolsillo trasero del pantalón.

Don Nitto Barreca, llamado *Bàzzica*, era el único superviviente de una familia de ricos que tenía propiedades aquí, en nuestra comarca, pero vivía en Palermo. Muertos los padres, tíos y tías, en el arco de pocas estaciones, y no siempre sin sangre, él había llegado con la intención de detenerse una semana para contar la abundante herencia, pero había acabado por sentar los cuarteles y las raíces en la villa de la Sorda. Allí mantenía, de acuerdo con rígidos turnos semestrales, a veces una a veces otra, a mujeres de padre y muy señor mío, tigresas como para relamerse los labios, que importaba de serrallos muy lejanos, bajando al pueblo sólo las tardes que en el Círculo se jugaba al azar, hasta tal punto era vicioso. A decir verdad, él habría preferido los juegos de ingenio, pero después de algún intento en los primeros tiempos había acabado por despedir a los voluntariosos compañeros de bridge, de acuerdo únicamente en hacer de cuarto —dijo— al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Después de lo cual se había entregado al bacarrá, mucho más en uso por estos lugares. A mí don Nitto me intimidaba, pero también le admiraba confusamente, aunque me sorprendía verle siempre acompañado de un guardaespaldas forastero, una especie de enorme buey vestido con un traje de pana. Tampoco es ésta la única razón que me alejaba de él, le había visto en Navidad tener una banca de millones con una frialdad insultante, haciendo seguir cada frase, no por necesidad natural sino por jactancia, de una sarta de bostezos que le deformaba todavía más la cara adornada de peludísimos lunares. La baja estatura, el mentón huidizo, el traje a rayas claras, en cuyo ojal llevaba sin embargo, meridionalmente cosido, un testarudo botón enlutado, la tartamudez intermitente llamada como ayuda para disimular no sé qué ocultos propósitos, la armadura deforme que le servía de cuello a la cabeza, todo conjuraba para dibujarle un semblante equívoco, erizado en torno a sí mismo, para adquirir cuya confianza se precisaría más valor que para desvalijar el banco de Londres. En realidad se susurraba en privado que la pantalla del juego ocultaba extraños comercios, contrabando de antigüedades y de más cosas, pero yo no lo creía, no conseguía creer que se pudiera delinquir sin necesidad. Ni lo creía, faltaría más,

ningún notable, le estaban tan sumisos, le cortejaban, le admitían en casa, después de haberse dicho, de la manera más optimista, que la mantenida sólo era un huésped continental. Éste es el hombre con el que yo debía congraciarme si quería entrar en la rueda mundana.

Para comenzar fui a instalarme en la antesala, donde los jugadores se entretenían tomando café, hasta que el grupo se hubiera reunido al completo para el desafío de después de cenar. Éste se iniciaba alrededor de las nueve, prolongándose luego hasta noche avanzada, y comenzaba con una subasta de la banca que era mera formalidad, ya que siempre resultaba don Nitto quien ofrecía más. El acto sucesivo consistía en la llamada de un voluntarioso contable que ayudara al banquero a controlar las apuestas, a cobrar y a pagar. Ahora la elección de don Nitto caía regularmente en un abogado cheposo, gran inventor de sistemas ganadores, que, por haber ido a experimentarlos en persona al Casino de Sanremo, ya no tenía una lira que arriesgar y se contentaba con participar platónicamente en la pasión de todos, satisfecho de la mera manipulación de billetes y fichas, y del hedor de los sudores mortales exhalados y casi palpables debajo de la gran lámpara con lágrimas, todos en torno a la mesa verde.

De él quería desembarazarme para ocupar su lugar. Cosa que conseguí golpeándole como por casualidad el brazo que sostenía la tacita y arrojándole a quemarropa un café doble sobre la chaqueta. Abrasado, furioso, el jurista huyó a casa de su mujer para cambiarse, no sin cruzarse por la calle con don Nitto que llegaba, quien, a falta de otros, tuvo que rogármelo a mí. Y yo llevé mi carota hasta el punto de mostrar resistencia, acepté sólo por complacerle.

Desplegado sobre tres mesas alineadas el habitual paño verde, comenzó la partida. Don Nitto en la banca, yo cajero, Ciccio Calafiore y Sasà Trubia en los dos *tablò*, como les llaman, con muchos más apostando, claro está, a remolque de ellos dos contra la banca. Calafiore era un pelirrojo pillo, beato y avaro, que examinaba las cartas con una pereza irritante, y luego cerraba el juego o pedía carta utilizando parcos monosílabos. Capaz, si estaba ganando, de emboscarse en el baño para una necesidad ficticia, y de desaparecer luego a la chita callando. Pero Sasà era un jugador de especie más noble, miraba las cartas con altanería, perdía sonriendo o riendo. A excepción de esta vez, y la cosa me hizo reflexionar. Con tal tétrico amor de destrucción insistía en errar la apuesta, doblándolas o triplicándolas cuando todo aconsejaba lo contrario. La suerte, por otra parte, le era meticulosamente enemiga, tanto que poco a poco los socios de su «ala» le abandonaron para trasladar sus *fiches* al otro lado de la mesa, donde Calafiore de algún modo se defendía. Al cabo de un enésimo golpe perdedor (un cero redondo, en jerga «muñeca sobre muñeca», o sea, figura sobre figura), Sasà comenzó a apostar de palabra: «Caen mil, mil al caer»... Dos veces, tres veces, y arrugaba cada vez más la frente. Hasta que «No veo la gloria»<sup>[55]</sup>, dice don Nitto, y Sasà se levanta de golpe, escribe un cheque por su deuda

y me lo tiende, luego saluda a todos y se va. Dejándome una especie de aguijón en la mente: si su humor dependía del mal correo recibido por parte de Venera, o si también de ella dependía su mala suerte. No siendo excepcional el caso de que alguien llegue a ser gafe para sí mismo.

«Se ha apagado una vela», dijo a sus espaldas don Nitto, que no sólo conocía todos los juegos sino las correspondientes liturgias orales. El juego prosiguió durante horas; siempre con el mismo curso hechizado: el banquero ganaba una y otra vez, yo recogía mecánicamente las ganancias. Abstraído, entre tantas frentes acaloradas con furibundos éxtasis, preguntándome cuál de aquellas damas de la baraja se parecía más a Venera. Descubrí que llegábamos al epílogo cuando don Nitto exclamó: «*Zerilò!*», mostrando entre índice y pulgar un nueve y una figura. Eran las dos de la noche y yo tenía frente a mí una montaña de títulos y de billetes, debajo de la cual me costaba descubrir el cenicero cuando quería aplastar una colilla.

La palabra *Zerilò*, arcano conjuro que don Nitto solía pronunciar para atraer la suerte, igual que el jockey apremia con la espuela al purasangre a la vista de la meta, resonó en el silencio lleno de humo con el acento de un *De Profundis*. Las otras que siguieron, con las que pretendía ceder la mano, parecieron una firma irónica bajo un certificado de defunción. Continuar era impensable, a nadie le quedaba nada con que prender la leña, la partida había terminado y comenzaba la noche.

En las puertas del Círculo nos detuvimos a oler la noche. Había en el aire un tufo, agradable sin embargo, como de haz de leña que arde. Como si el carbonizado corazón del sol, al desaparecer, hubiera dejado de sí una obstinada fumigación. O bien en los campos alguien estuviera quemando algo. Respiramos a grandes bocanadas. Luego, mientras los demás se alejaban sin volverse, pegados a las paredes, don Nitto me dio las gracias brevemente, alzó la ceja cuando rechacé con humildad la comisión del dos por ciento que el vencedor, según antigua costumbre, suele ofrecer al ayudante no jugador.

—Entiendo —dijo—. No era mala intención —añadió.

Y, cogiéndome del brazo, se hizo acompañar hasta su vehículo. Luego me preguntó la edad.

—Te creía más joven —comentó—. Mejor así. No soporto a los que tienen menos de treinta años. A mí me gusta la gente con callos en el corazón.

Asentí con la barbilla, pero pensaba para mis adentros, romántico como creía ser, que estaba confundiendo positivamente una luciérnaga con un callo...

Al saludarme desde la ventanilla:

—Encárgate un traje nuevo —me dijo—. Dentro de unos días te servirá.

## VIII bis

### *Bienestar provisional y variaciones sobre un viejo tema.*

¿Qué debo decirte, lector? Será una coincidencia, y lo admito a disgusto, pero en estos días me siento mejor, y ya no pulula en mis ojos, apenas los cierro, aquella nube de langostas nocturnas. Ya se sabe que siempre duermo poco, y no es un bien, en esta Roma desierta de luna.

Aquí no llega mi luna, mi *iblea* y agrícola luna<sup>[56]</sup>. La busco sin esperanzas, descalzo por el parquet, entre las espirales de la persiana enrollable, mientras todas las ortigas de la próxima vigilia me punzan ya en los párpados. Hipotálamo, hipotálamo intranquilo. Y con cuántos millares del fantástico ayer me asedias, cómo sufro el peso enorme de cada ayer, mío y de los demás, mío y de la historia, de cualquier nacimiento, muerte y destino...

Imagino un centinela antiguo, sentado junto a las brasas de su vivaque, con sus ojos y oídos espero al macedonio o al tracio que me matará; inmediatamente después, y pasados dos mil años, asomo por un antepecho austríacas melancolías, me llamo Hans, Peter, me protejo de la nevisca en un *stube* de la orilla del río, me conmuevo cuando los metales de la Mariscal<sup>[57]</sup> entonan una determinada frase que adoro. Son mis carnavales de medianoche, mi cine de Babel. Me bastarían pocos gramos de... (copiamos) dihidronitrofenilbenzodiazepina, sílabas de oración, nombre secreto de Dios; bastarían unas pocas cápsulas redondas, bien trituradas y disueltas, no sin antes una nota de excusas para ti, lector, has sido tan amable...

Y por el contrario, maravillosamente, desde hace unos días ya no lo pienso, o bien apenas una vez, de pasada, cuando oscurece y debo salir y no sé adónde ir, si a un cine en Prati, si a pasear por la ciudad por la circunvalación más lenta.

Dormir, dormir barbitúricamente. Soñar; morir, acaso... Pero tiempo atrás había vigiliadas que no terminaban nunca. Terribles. Mientras ahora me agradan, tan colmadas de visitas y de rostros, a punto siempre la mano para agarrarlos y encadenarlos a la almohada. No hago más que encender y apagar, y es como jugar una alegre partida con la oscuridad, un alegre juego del escondite. Lo interrumpo un instante, mientras tanto, con colores grasos y magros, aceptando las bujías por recuerdos, intercambiando los recuerdos por sueños, para contármelos. Amanuense de mí mismo, amanuense de por vida, qué felicidad. Incluso esta mañana, en la antesala de los rayos X, en el breve intervalo de inercia, en espera del *check-up*. Apoyando la hoja, para escribir, en un duro fascículo de las *Neuropathics news*; buscando con la nariz el olor de antes, de emulsión y cripta, detrás de la cortina oscura; algo desilusionado cuando, en lugar de la cabeza del Flaco<sup>[58]</sup>, otra, otras gafas, he visto asomar, y oído otra voz decirme:

—Desnúdese.

Me duermo, y finalmente, después de tanto tiempo sin tenerlo, un sueño de cosas de amor. Con una carne sin rostro, ella sobre mí, yo sumiso e invadido por ella, engullido por una planta carnívora, la *Drosera rotundifolia* de mi Pierantoni y Zirpoli<sup>[59]</sup> del instituto, yo comido, bebido por las valvas de sus íntimos labios, febricitante corola que se cierra y se abre interminablemente en torno a mí. No es fácil, después del placer, buscar a tientas, y con los ojos sólo a medias despiertos, la muda de ropa interior. Pero ahora ya está hecho, ya no sabré recuperar el sueño, esperaré el alba como siempre, escuchando a escondidas los conciertos de la oscuridad, polillas, pasos de sombras en el pasillo, *bla bla bla* del viento en el embudo de la chimenea... y aquellas voces quejosas en los periódicos arrugados que arrojé al suelo anoche a medida que leía, antes de apagar la luz, y que por un impulso de su interior (nunca sabré si voluntad de asestamiento o desequilibrio) vuelven de vez en cuando, e inexplicablemente, a crujir dentro de la noche. Vuelvo a pensar en los discursos de Iacca. Él había elegido, o creía haberlo hecho, entre el paradigma y el error. Pero ¿yo? Algunas mañanas, al levantarme, me posee el proyecto de una simetría, me subordino por completo a él, como si fuera el último anillo de crecimiento en el tronco de un gran árbol, o en una fidelísima cadena una molécula. En esos momentos no dudo de que, aunque sólo fuera juntándolas y desplazándolas al azar entre sí, con las sílabas de un diccionario una mano de niño podría componer una *Ilíada*, y el viento por lo menos una sentencia cumana<sup>[60]</sup>. ¿Por qué entonces ayer, en el trolebús, ese sentimiento de siniestra leticia cuando la punzada en el hipocondrio derecho me dijo que en los rebaños de mis fibras alguna desobedecía? ¿Y por qué un disgusto, y casi rencor, cada vez que frente a mí funciona un instrumento cualquiera? La fidelidad de los tornillos a las tuercas, la puntualidad de los cometas, la regla de tres simple, nada en tales momentos me molesta más. Pienso entonces en ese punto del océano que hace enloquecer las brújulas, y me pregunto si para descubrir el acertijo que me concierne no vale más una ceguera que las dotes del vidente.

*Pardon*, lector, retorno a ti. Debo presentarte a Cecilia, contártela... Luego seguirá la escena del baile, luego haré llover, haré comenzar otra estación, me iré, me despediré...

## IX

### *Epifanía de Cecilia. Mariccia barbera. Diversas propuestas de matrimonio a un soltero.*

Eran los ocho de la tarde, una tarde de finales de junio, cuando apareció por primera vez en el Corso la bellísima Cecilia. Nadie se apercibió, todos estaban con la barbilla hacia arriba contemplando al funámbulo en bicicleta que pedaleaba a lo largo de un hilo entre dos edificios lejanos. Yo mismo, que volvía de dar una clase a Venera (con Alvisé, quién sabe por qué, serísimo, haciendo de vigía), me había enamorado al instante de un espectáculo tan nuevo. En el que, más que temer el resultado de una caída —además había red—, me alentaba el presentimiento de una ascensión, de una fuga hacia las alturas, milagrosa, total. Así que bajaba gustosamente los ojos, confiando, para cuando volviera a levantarlos, en ver temblar en el cielo solamente un hilo desierto, ya sin ciclista ni velocípedo: desaparecidos ambos, engullidos para siempre por una repentina grieta de las alturas.

Así fue, en una de dichas pausas del entusiasmo, mientras me dedicaba a contemplarme prudentemente los zapatos, cuando sorprendí junto a los míos de pobre piel otros dos, femeninos, de *chagrin* blanco, que parecían dos diminutas y amorosas palomas. A partir de ahí, subiendo lentamente los ojos, los hermosos tobillos recubiertos de etérea seda, y una falda de *satin* negro, y una blusa de organza blanca, y una mano desnuda a lo largo de un costado, y de repente, a un tiempo, el prominente seno y la dulce garganta y el altivo perfil, defendido detrás, y sostenido, por un redondo moño corvino: Cecilia.

Me sorprendió al instante la mezcla de soberbia y dulzura, con una pizca, en tanta abundancia de carnes, de espontánea melancolía, esa melancolía, quiero decir, que no se genera de malos recuerdos, libros, enfermedades nerviosas, sino que circula por vicio de origen como una perezosa vena negra dentro de los rojos circuitos de la sangre. Cecilia. Y cuando se le cayó el *fular* y ambos nos agachamos a recogerlo y le rocé un poquito los dedos, entendí que ya era irremediable, durante una semana la amaría con amor eterno, ¡durante por lo menos quince días la amaría toda la vida!

Debo decir que no tardé en llamarla Cecilia dentro de mí, y no sin motivo. Desde hacía tiempo era sabido en la ciudad que en la Sorda, en la villa custodiada por perros mastines, don Nitto albergaba a la habitual forastera semestral. Hermosa, decía el cartero, que era el único en haberla vislumbrado, como una *vedette* de Valdemaro<sup>[61]</sup>, el colmo, en suma. Y tenía nombre, el cartero sabía leer, Marconi, Cecilia Marconi. Y ahora estaba aquí, sólo podía ser ella, y si me llevaba a la nariz la mano que había tocado la suya, olía como la mano de un peluquero. La multitud no tardó en separarnos, pero ¿qué importaba ahora? En mi ancho corazón había entrado y se

había sentado (había sitio junto a Maria Venera, había sitio para otras cien) una reina de zapatos blancos, llegada con el último tren de Saba, que se llamaba Cecilia Marconi.

Se lo conté a Mariccia, la mañana siguiente, antes del almuerzo, mientras me afeitaba en el cuartito de los trastos. No era la primera vez, Mariccia tiene la mano suave y a sus espaldas una práctica profesional, desde la época de su vida en la colonia, cuando a los peludos sargentos de permiso-premio de Forte Capuzzo su Albergue del Pasajero prometía servicio completo y unas vacaciones dignas de ser recordadas. Yo me confiaba a ella muchas veces, con el permiso de don Cesare, también por el placer de discutir con ella, mientras me enjabonaba, acerca de sus antiguas ciáticas y mis jóvenes amores. Esta vez, sin embargo, la noté hostil, indignada por mis dispendios de corazón, como un tacaño por un gasto superfluo aunque realizado por otro. No le gustaba que me hubiera pegado a un segundo gancho, ya le había tomado cariño a Maria Venera, y a mis consecuentes lamentaciones de enamorado infeliz. Así que le parecía un doble perjurio que por una parte, con la muchacha, me hubiera decidido a la acción después de tantos meses de locuaz inercia; y, por otra, meditara incluso suplantarla con una llama nueva. Me vio, en ese momento, bajo una claridad tal, inopinada y nefanda, de libertino, que la navaja le tembló en las manos. Luego, se tratara de remordimiento, o de impulso de su naturaleza, que era de sensitiva tosquedad, no resistió el deseo de contarme su opinión, que ya le pesaba en el estómago, sobre los fugitivos. Hay cosas, susurró, en las que conviene comportarse con discreción incluso con las personas más queridas, pero, en fin, el bailarín no era un tarado como se decía.

—Y si lo sé, ¡es que lo sé! —afirmó con malicia, sumando velocísimamente un monosílabo al otro.

Por otra parte, prosiguió, debajo de aquella fuga de Venera, tan extravagante, tan sorprendente, había algo gordo, tal vez era únicamente, como golpes de banda del billar, una jugada con segunda intención, una respuesta infantil a alguien. A menos que...

Se cerró, no abrió la boca, ni yo con la mía, llena de espuma de jabón, pude arrancarle la continuación de la hipótesis.

Más adelante, seco, con el esparadrapo, oliendo a una terrible lavanda, cliente único y prematuro de las doce y cuarto, me sentaba pensativamente a la mesa del restaurante, mientras ella iba y venía con las manos llenas de platos.

Sopa de habas, puré de verduras... Yo comía, ella iba y venía con las pitanzas sin dejar de murmurar ya no de Venera sino de mí, ¿cómo era tan inconstante, qué esperaba para casarme?

—*Mula tinta, muggheri tinta / tintu cu nun l'ha né bona né tinta*<sup>[62]</sup> —exclamó sibilinamente, pero no demasiado, ya que sin solución de continuidad refirió las maledicencias que comenzaban a circular en la ciudad sobre mí, que pensaba demasiado en las mujeres, pensaba en ellas en voz alta, todos me oían. Mientras que

si me colocara de una vez por todas... Y comenzó a enumerar las propiedades de don Cesare, casas en Ispica y terrenos ocultos, con una hija única, tal vez no guapa, pero muy inteligente, que estudiaba, ¿estudiaba tal vez conmigo? Y, ante mi negativa, sentenció: «Pues peor para los dos...», y se largó, cojeando por la artritis, a la cocina. No esperé a que regresara a desgranarme otros proverbios, más o menos inventados, Mariccia se inventaba siempre los proverbios, les hacía decir a veinticuatro horas de distancia dos cosas contrarias, y yo mismo hasta hacía pocos días me había tragado algunos («*Sulità santità*»)<sup>[63]</sup> que inducían, más que a bodas, a un celibato perpetuo. Entonces aproveché que había desaparecido en la cocina y me deslicé, sin preocuparme más, por las tiras de la mosquitera, dejando a mis espaldas, sin mondar en el platito, el solitario melocotón que me habían servido de fruta.

Los amigos no fueron más comprensivos. El propio Iaccarino, del cual esperaba congratulaciones por mi cambio de marcha, él, que era tan contrario a Maria Venera, se irritó viendo abundar y desdoblarse mi trasvase de amor; con perjuicio de cualquier participación mía futura en los juegos y en los paseos comunes. Hasta el punto de que, sintiéndose abandonado por ambos, por Licausi y por mí, comenzó a perorar (precisamente él) en favor del partido de la fidelidad.

—Odio las bigamias —dijo—. Especialmente cuando son platónicas y por completo mentales.

No me enfadé. Bígamo, y ¿por qué no? Venera, en efecto, después de un eclipse de un día, había retornado a mi fantasía y estaba acampada en ella, aunque ahora la viese cada tarde, con sólo una gramática entre nosotros dos, erizada de aoristos y duales, y ya no necesitara espiar sus noticias, de noche, bajo el balcón de su Bizet. Estaba siempre en mi pensamiento, Maria Venera, y no cesaba de intrigarme el dulcísimo manicomio de sus comportamientos, el balanceo ininterrumpido de su corazón inconstante. Me costaba mantenerme quieto cuando estaba cerca de ella; hablarle, cuando le hablaba, como quien habla a la luna, sintiéndola ausente y helada. Bastaba la más mínima cosa, un movimiento de los ojos o de los miembros, y volvía a advertir su presencia a mi lado como un peso de pedernal, como un fuego oculto de la carne acurrucada contra mí. Eso en recuerdo, tal vez, de la noche del rapto, y del viaje de vuelta con su cabeza en mi hombro, toda una voluptuosidad que repasar de manera continua y detallada, y que bebía y bebía, utilizando ojos, oídos, yemas, narices; hasta que cualquier efluvio de ella, inflexión de voz, temblor de mejilla, se me hubiera inyectado y repartido confusamente con la sangre. De este modo, como un espíritu de difunto en las sesiones de velador, ella se iba convirtiendo de ídolo nominal en ectoplasma palpable, un imperioso resplandor en la tiniebla...

Lo extraño es que, a continuación, su reforzada autoridad en mi corazón no parecía impedir ningún pacto con la reciente Cecilia. La cual, por el contrario, era como si hubiera nacido de una costilla de la rival por bifurcación o gemación y se le hubiera pegado encima, creciendo, en forma de pareja siamesa: una pareja que habría podido incluso proliferar con nuevas aportaciones hasta el infinito... ¿Amor? ¿Así

que era eso el amor? ¿Una hidra de dos, de tres, de muchas cabezas? Me asomaba en busca de respuesta, inclinado sobre la medianoche del Corso, con los codos apoyados en la fresca lámina del alféizar. Sí, el amor era eso: Venera, Cecilia, y con ellas cualquier otra criatura de tiernos miembros, blanda de tacto, cavilosa e inexplicable como una música, cuyo discurso melódico no se entiende, pero de la que uno se colma, de la misma forma que un cubo se colma de leche. Venera, Cecilia, Isolina... Descubrí de repente que eran una sola imagen de mi deseo, un solo espectro de carne rosada que llenaba exactamente el espacio vacío entre mis brazos.

La ventana de Isolina era oscura, frente a mí, pero en la oscuridad parecía oler a su sueño y contenerlo afectuosamente, como una bombonera un caramelo. Yo esperaba, antes de irme a dormir, la ronda de los músicos barberos que pasaría dentro de poco y que no se planteaba preguntas sino que dedicaba, con profesional ecuanimidad, a cada sueño de beldad el mismo suspiro de serenata.

Tan bígamo, trígamo, polígamo yo como ellos. Enamorado múltiple e imparcial de todas. Aunque no suficientemente de la señora Amalia, sobre la que cada vez más distraída y escasamente caía, llegada la noche, llegando a soplarle entre los cabellos, ora un nombre, ora otro, sin que ella pareciera dolerse. Sólo que al despertar, una mañana, éste fue el discurso que me dirigió en camisón lila:

—Profesor, ya es hora de que hablemos. Yo te veo adelgazar, te estás convirtiendo en una sardina, un crucifijo de cocina. Y sé que no es culpa mía, de esas tonterías que hacemos. Decía mi difunto que quien hace el amor engorda, quien ve hacerlo se rompe. Y llevaba razón, estas cosas ponen sangre. Pero tu jarro agujereado está perdiendo por otra parte. Tú tienes la mente desperdigada, así que te conviene casarte.

—¡Y ya van dos! —digo yo—. ¡Después de Mariccia, ahí llega el bis!

—Yo hablo en contra de mis intereses —prosigue ella—. Yo te quiero mucho, pero debo pensar en tu bien. Y tu bien es una familia. Tú eres bueno, joven, tienes un sueldo. Llevas gafas. A mí, personalmente, algún consuelo me has dado. ¿Dónde podría encontrar un yerno mejor que tú...?

¿Un yerno? ¡Dios mío! Le tapo la boca con una mano, interrumpo los acuerdos, escapo a la escuela para las despedidas del último día. Éstas —una celebración de fiestas y flores— no tardaron en convertirse en minúsculo carnaval, tantas fueron las ocasiones de licencia, de intimidad transgresora. Abandonada en el guardarropa la bata, las muchachas rodearon por todas partes la cátedra, multicolores, y giraban vertiginosamente, reían. Pero me liberé de ellas con una pizca de malestar, me encaminé de mala gana hacia la puerta: ya está, ha terminado el año, otro fragmento de juventud que se aleja.

Ahora estoy de pie en las aceras del Café Oriental, sorbiendo un interminable vaso de granizado que tengo en la mano. Indeciso entre dos manjares, profesor Buridán. Me espera Maria Venera en Módica Alta, con la *Anábasis* en la mesa,

debajo de la pantalla anaranjada, la página a traducir es cuando Clearco acampa junto a un gran jardín, *engùs paradèisu megàlu...*

Pero aquí por la acera de enfrente acaba de pasar Michele, el chófer del caballero Barreca, y dice que don Nitto me espera en la villa para mostrarme una cesta de terracotas antiguas, excavadas por sus aparceros de las partes del Monte Tabbuto. Pienso inmediatamente que veré a Cecilia, la conoceré... Así que entre los dos paraísos, entre los dos jardines, ¿qué hacer?

En aquel instante voló a mi lado y siguió adelante, separándose de dos coetáneas, acalorada, risueña, Isolina, con ojos que intentaban ocultarse debajo de un yelmo de cabellos negros. No pareció verme, mientras me pegaba a la pared para dejarle espacio; y, sin embargo, creí percibir en una risa desgranada, unos metros más allá, una mínima desentonación, una nota sostenida un poco más de lo preciso. Como si hubiera querido hacer saber al universo, y a mí en especial, que estaba viva y que quería que todos la envidiáramos.

Casi la sigo, la paro. Llevo encima la carta anónima que Venera me devolvió anteayer sin el menor comentario, como se devuelve un pañuelo o un peine caído del bolsillo. Impasible, como si no la hubiera leído. E impasible yo la cogí.

Llevo encima esta carta. ¡Y si fuera suya, de Isolina! Casi casi la sigo, la paro.

—Estudiante, ¿es tuya esta carta? La he visto en el suelo, después de que pasaras por mi lado, ¿se te ha caído a ti?

Quién sabe qué rubores, qué vahídos. Por otra parte, después de sus protestas, podría batirme en retirada:

—Me había parecido, he visto el sobre en el suelo... Si no es tuya, me la quedo...

Demasiado tarde, Isolina ya ha cruzado la esquina, ya no se la ve. Qué lástima.

Y Michele:

—Qué, ¿nos vamos?

No ha tardado en regresar, los dados han elegido a Cecilia.

## X

### *Excursión a Donnalucata. Pesca con fanales y noche amorosa.*

La villa de don Nitto había sido construida sin reparar en medios. El camino de entrada en graciosa pendiente, flanqueado por pitas y pinos, bastaba para que pasaran tres coches, y el estanque, al pie del doble escalón, debía parecerle un océano al pato solitario que nadaba en ella. Era una villa del siglo pasado, con las comodidades de entonces, incluida la «sala del siroco», un pabellón de muros ciclópeos preparado para enfrentarse a los rigores de la canícula. Aquí me esperaba don Nitto, vestidísimo de blanco, rústicamente sentado en un banquillo, con un montón de terracotas delante, sucias de fango y de tiempo, piezas de escaso valor, evidentemente. Sólo que, frotada por un dedo, una curva de ánfora dejó transparentar un perfil, la semiluna de un rostro de mujer, negro sobre el rojo oscuro del fondo, una diosa tal vez.

Levanté los ojos.

—Perséfone —se me ocurrió decir, más que nada por decir algo y justificar la visita. Pero don Nitto:

—Estás levantada —dijo con respeto a alguien detrás de mí.

Me volví, Cecilia avanzaba sin prisa hacia nosotros, y llevaba, es un decir, un pañuelo de seda sobre la piel. Él me presentó, como si estuviéramos en un salón. Nos miramos: ella con tranquila curiosidad, como en la playa se mira a un señor con corbata; yo, de perdidos al río, con descaro.

Era sin duda la mujer más hermosa que jamás había visto. Con todas las partes del cuerpo tan exactas como para hacer pensar que no todo era natural sino que un lapidario muy experto le había aquí quitado, allí añadido un miligramo de carne, y bruñido con piedra pómez el seno, y torneado la pierna, y dado a la mirada aquella luz fantástica y compleja, e insinuado en la barbilla la imperceptible perfidia de un hoyuelo... Todos sus atributos eran bellísimos, de calidad ciudadana. El mismo antojo marrón que le marcaba el hombro, apenas visible en medio del bronceado, parecía menos una mancha que una real flor de lis. Aunque yo, comparándola con los más frescos encantos de Venera, estuviera seguro de una cosa: que aquello era el cenit de una madurez, dentro de un año o de un día comenzaría la decadencia. Ya amenazaban ambos lados de los ojos las diminutas arrugas, que el sol empujaba hacia la frente, allí donde comienzan a implantarse los cabellos; o los mismos andares que a cada paso pedían el apoyo de un irrisorio movimiento de caderas; y el destello de rencor irónico y adulto que le entreabrió la boca, mientras, inclinándose, la ofrecía al beso del caballero.

La voz, cuando habló, sonó a color violeta.

Se había puesto así para ir al mar, dijo con decisión. Para tomar un baño antes de la inminente partida. Entonces recordé lo que se decía de don Nitto y de sus dos mantenidas anuales, con doble sustitución, en julio y en enero. Y miré con compasión a la mujer, pensando cuánta infelicidad debía de haber atesorado en su vida, para verse inducida a comprometerse en aquellos términos de odioso contrato. Pingüe, tal vez, pero odioso. Tanto como para no permitirle salir si no era en los últimos días de segregación, cuando don Nitto deponía de repente los rigores celosos, tal vez para recuperar el aliento antes de depositarlos sobre la siguiente inquilina. ¡Extraño don Nitto! Porque, mientras pretendía la clausura de sus prisioneras, siempre era el primero luego en organizar mundanidades, no tanto para disfrutarlas en persona como para deleitarse del poder de selección que el encargo suponía y que constituía, junto a la distracción de las mujeres y del juego, el placer singular de su vida.

—¿Por qué no vamos al mar también nosotros? —exclamé atrevidamente, pero sonrojándome más que nunca y quedándome inmediatamente después tan pálido como un estudiante; pero don Nitto:

—Id vosotros —dijo, y a mí—: Te la paso, es tuya, profesor.

Luego, como yo protestara, y Cecilia se pusiera tensa, casi hablando consigo mismo:

—¿Qué más me da? No puedo considerarme engañado por una que pago. Y yo siempre he pagado. Nunca ninguna por amor —suspiró.

Luego añadió, mirando a un punto donde no había nadie:

—Hermosos tiempos, cuando para ir al burdel paseaba por el campo en bicicleta, pedaleando debajo de la luna. Después, comía los melones en el muro de la carretera, orinaba contra la pared de la casa de los peones camineros. Era hermosa, la juventud.

Michele, una especie de atlético analfabeto, se puso obediente al volante. Íbamos a Donnalucata, al mar. Y nosotros, Cecilia y yo, nos sentábamos detrás, juntos pero silenciosos. Parecía que aquel discurso de don Nitto apenas la había afectado, se le había quedado en los labios una mueca indiferente: ofendida, sí, pero sin que yo pudiera vanagloriarme de que se sintiera ofendida por mí o por mi causa. En cuanto a mí, me sentía asqueado a medias, y a medias insolente en mis pensamientos. Hasta el punto de sospechar que aquella mueca era una simulación, y que, al fin y al cabo, si convivía por dinero con un ricachón, podía sin escrúpulos regocijarse gratis con un joven pobre, en un día de ocio y de mar.

Para el viaje no había cambiado en gran cosa su indumentaria, seguía vestida con zuecos y nada más: sólo se había puesto a modo de albornoz una arriesgada bata y se había traído, colocándola como una piedra entre sus miembros y los míos, una bolsa de fruslerías balnearias y cosméticas, que me apretaba contra el hueso de la cadera y fue el pretexto para entablar amistad. Le dije que podíamos perfectamente dejarla en el suelo, y que no me aprovecharía de la proximidad. Y que de la invitación del

caballero hacía el caso que semejante mamarrachada se merecía.

Replicó, si bien en un tono simpático:

—Eso, profesor, se lo cuentas a tus alumnos.

Y seguía desconfiada, me preguntó acerca de mí, de mi vida, de qué pensaba de ella. Fui sincero, ella permaneció callada. Al cabo de un rato:

—La vida es una asignatura difícil, profesor —me dijo. Y al fin, lentamente—: Dentro de poco tendré cuarenta años. —Y parecía turbada.

Un instante después reía.

—Quiero darme un baño higiénico. Quiero lavarme de don Nitto. Don Nitto, y Mónica, y tú, y vosotros, y él. —Y con el dedo señalaba la espalda del conductor.

Michele, que miraba por el retrovisor, murmuró algo entre dientes; mientras, yo dije:

—Está bien. —Y le cogí la mano, y le quité, para examinarlo mejor, el extraño y valioso amuleto que llevaba en la muñeca. Contestó a mis preguntas con una mentira cualquiera que no recuerdo.

En la playa estuvo poco, entró inmediatamente en el mar. Yo la esperaba debajo de una sombrilla abandonada, reacio a ensuciarme de sal, a seguirla, con mis carnes pálidas, en la barahúnda de cuerpos y salpicaduras. El crepúsculo, que se dirigía hacia abajo, la rodeó de una aureola de oro; por un instante, mientras salía del agua, pareció una divinidad de las de antaño, coronada por un deslumbramiento de rayos.

—Perséfone, estoy aquí —exclamé a gritos, haciendo volver de curiosidad diez cabezas de mujer. Pero ella no me hizo caso, se había inclinado, plácida y hermosa, a examinar en el dedo gordo del pie la gota de sangre que le había hecho una roca.

Como Michele nos invitaba a regresar, yo de golpe me sentí audaz, le dije que se fuera, esa noche saldríamos a ver pescar con los fanales: que regresara, pues, a recoger mañana por la tarde, don Nitto no pondría ninguna objeción.

Así dije, seguro del aval de Nitto, ya que las traiciones le gustaban tanto, cuando podía bendecirlas de antemano desde su trono de minotauro ahíto.

Por otra parte, la excursión me apasionaba en sí misma, la había hecho otras veces, recompensando al patrón de la barca con una simple propina de cigarrillos y botellas. Y la noche se anunciaba benigna, tendríamos un mar fuerza cero bajo el cielo más propicio posible, sin un solo hilo de luz; es decir, lo contrario de cuanto deseaba el turista, pero la mejor coyuntura para el éxito de la pesca.

Fue una noche memorable: echados en el puente, en la oscuridad, espionando frente a nosotros, abajo, a flor de agua, los movimientos del barco satélite —laberintos de estelas entre las madejas de redes tendidas—, o adivinándolos gracias a la pequeña luz de acetileno que colgaba a su lado y parecía recoger nuestros corazones en su depósito de luz amarilla.

Ella tenía frío, se había envuelto en una gruesa manta de marinero. No tardé en tener frío también yo, le pedí que la compartiera conmigo. El patrón de la barca iba y venía, no se fijaba en nosotros. Ella callaba y fumaba, contemplaba cómo subían los

peces: un rumoroso concilio de caballas, sardinas, sargos, anchoas. Y husmeaban un instante la luz, la barca, se sumergían, afloraban.

Ahora el agua comenzó a respirar con lentitud, ¡con qué lentitud respiraba el inmenso mar! Con su sangre pastosa y oscura, en torno a nuestra astilla de madera, a nuestra secta de hombrecillos atareados, a la arrogancia de nuestro pensamiento. Mientras que él no pensaba, no piensa, sólo flota arriba y abajo sin fronteras, según el columpio de sus deseos, ¡oscuro e inarticulado mar bajo la oscura cúpula del cielo!

Así susurraba yo a Cecilia para impresionarla con mi parloteo, con labios que le buscaban temblorosamente la oreja entre los mechones. Y, mientras tanto, la noche se deshojaba encima de nosotros como una cascada de pétalos negros, una flor innumerable. Pronto al fuerte olor de la pesca, que todavía saltaba a nuestros pies, se mezcló el aroma del pescado asado, los marineros estaban preparando la cena, extrayéndola de su propio viaje y su propio trabajo, como antaño de selvas y desiertos los peregrinos de las soledades. Comimos con ellos, bebimos, yo me sentía relajado y contento, un adolescente.

Comencé entonces a contarle la historia de la isla Giulia o sea Ferdinanda, emergida de estas aguas, entre Sciacca y Pantelleria, hace más de un siglo. De arena fina, negra y pesada, con una colina en el centro, y una laguna de agua hirviendo en la llanura. El mar la rodeaba, un mar color azul celeste pero untuoso como el aceite. Y la isla vivió algún tiempo, después el mar la recuperó. Un día reaparecerá.

—La encontraremos uno de estos días en nuestras redes —dijo riendo el patrón de la barca, que nos había escuchado—. Junto con las sardinas y las merluzas.

Y ordenó media hora de ocio. Los hombres se amontonaron en la popa, cerraron los ojos. Sólo la barquita siguió moviéndose luminosamente a lo largo de las vías que le marcaban las redes... Y yo me volví a Cecilia:

—Giulia —la llamé—. ¡O, mejor, Ferdinanda!

Y ella me sonrió, me estrechó la mano.

No me di cuenta de cuándo se durmió, yo seguía hablándole, entonándole mis nanas profesionales. Hasta que sus ojos cerrados me hicieron sospechar y me incliné sobre su sueño en actitud de centinela amoroso.

Ahí la tenía dormida. Envuelta en una manta, sobre el puente. Con el pecho que sube y baja obedeciendo una métrica incorrecta, en la que los tiempos débiles y los fuertes se persiguen, apresurados en un primer momento, pero luego dejan paso a un prolongado silencio, una especie de muerte, ¿o es que está muerta? Sólo que la respiración retorna inmediatamente, tranquila, una música de contrabajo, una ternura igual a la del viento a lo largo de la hierba de la primavera. Está viva, por tanto, está viva. Inexpugnable en el oculto círculo de su sangre, exacta y viva en su cuerpo, desde la trampa de cabellos negros hincada en su nuca hasta las uñas de los pies lacadas de rosa. Viva, sí, pero ¿dónde estaba ahora, dónde la lleva el sueño? Se parece, de perfil, a aquella diosa del jarrón desenterrado, Perséfone o como se llame. También ella, como aquélla, recorriendo el mundo con saltos de animal silvestre,

mientras el zumbido de las profundidades le debilita las rodillas, y un labio de dios le asalta la nuca. Perséfone, ¡claro que sí! Ella, la pobre chica de Lodi en tránsito, con sus cuarenta años pisoteados y bellísimos, con su aroma de alma perdida. Con el mismo nudo de aterrorizado placer que le crece dentro, la misma perversa delicia de sucumbir, de inmolarse... ¿Oh, dónde están las cintas, las guirnaldas caídas en los arbustos? Las peinetas que le mantenían sujetos los cabellos han caído. Sólo resiste, apretado en el puño, un tallo, el tallo de un asfódelo. Pero ya el vilano grazna su mal augurio encima de las esclavas. Ellas escapan por los cuatro costados, la señorita ama ya no vuelve. Señorita Perséfone, ¿dónde corres? ¿Qué antiguos vados pisas bajo los fríos talones; qué corriente te arrebatara? A mí, en la oscuridad que surge de este pozo marino, sólo tu rostro dormido resplandece entre los brazos y la barba del dios: hécate de oro, imagen luciferina...

Bien, yo había tocado mi barcarola, pero ella no me oía, desde su sueño campesino. Escuchaba otros ecos y cuernos de caza de los ríos Adda u Olona, de una infancia lejana, entre júbilos de gallos y plátanos, en una llanura erizada de manantiales menos negros...

Entonces me acerqué a su cuerpo, me pegué a él, sólo quedaban entre ella y yo las débiles faldas de una bata. Ella murmuró en sueños, contestó vagamente a mi beso. La aparté con dulzura de su ropa, era plena noche, todos dormían.

¿Dormían? ¿Fingían? ¿Y ella?

—¿Duermes? —le pregunté—. Duerme —le ordené.

Y me introduje como una viborilla cálida en su interior, gemí amor, lloví amor dentro de ella. No abrió los ojos, no se movió, quiso confundirme con un sueño y lo consiguió.

Al alba, mientras la marinería desenredaba ruidosamente las redes, su primer gesto fue mover los brazos y las manos en defensa de los ojos. Como si quisiera salvar de los escalofríos de la luz su botín nocturno. Cuando me miró me pareció realmente una extranjera, venida o vuelta de avernos, de fosas infernales, desconcertada de estar viva. Una emisaria de quién sabe dónde, que desde quién sabe dónde parecía seguir escuchando las sumergidas lejanías. Perséfone, o sea, isla Giulia: a partir de ahora en mi pensamiento así, o de ningún otro modo, llamaría a Cecilia.

Ella no se enteró de nada, la impostura sólo me sirvió a mí. Se había lavado con agua de mar y ahora iba y venía entre las redes tendidas, cogía en la mano los kilos de pescado para sopesarlos, como una mujer de pescador, entonaba canciones de moda, *Arrivederci dunque, Amado mio*. Yo me sentía en las manos el estorbo de un dios torpe, decía al día «buenos días», aprobaba sonriente mis errores.

Hasta que el sol asomó por la línea del mar, rizando las olas con espumas y franjas doradas. Nubes bajas corrieron a su encuentro, vaporosas y fugaces lo envolvieron, grandes vendas agujereadas y blancas, a través de las cuales sangró. En

este momento estuvo claro para todos que ella y yo queríamos amarnos, que estábamos ciegos y mudos de deseo, no sabíamos qué hacer. Los pescadores se echaron a reír, primero tímidamente, luego más fuerte, con inocencia. Al fin el patrón de la barca extendió entre dos palos una vela, nos ocultó riendo.

—*Orbu nun vidi, surdu nun senti*<sup>[64]</sup> —dijo, y nos dio la espalda, volvió a estibar el pescado en las cajas.

## XI

### ***Ocios ciudadanos y marinos. Sentimientos maternos de un infanticida. Partida de Cecilia y encuentro nocturno Iacca-Madama.***

Después de llegarle a la Sorda el cambio en la persona de una calabresa de Longobucco, Cecilia aceptó quedarse en Módica una semana más, en el hotel, para tener unas pocas vacaciones conmigo. Unas vacaciones que disfrutó con voracidad infantil, sin privarse del capricho, por las noches, cuando encontraba a don Nitto delante del Círculo de los Civiles, de echarle plácidamente a la nariz el humo del cigarrillo. Cayendo así, en parte, de su trono de madre eterna, pero haciéndoseme, si cabía, más humana y más querida.

¡Querida Cecilia! ¡Y qué amables noches pasamos! Tardes, debiera decir, pero parecían noches, gracias a aquellas persianas bajadas y a la luz dormida de los *abat-jours* sobre las dos mesillas de noche, en la habitación del Trinacria, adonde la acompañaba a la vuelta del mar.

Cecilia era realmente una persona dulce, y los mazazos de los años no habían bastado para despojarle de una película de inocencia que la protegía, como la cáscara a un fruto, y se mezclaba en sus actos con un aire de gentil melancolía. De índole condescendiente, además: hasta el punto de secundar con celo absoluto aquel halo de mitos celestes con que yo le había ceñido desde un principio las sienes, y que ella hacía cuanto podía para reforzar, bien pidiéndome, nada menos, que le contara Nausicas y Circes, bien pretendiendo de mí que le leyera mis versos.

Más natural en el placer, en las menudas habilidades del placer, donde ponía un empeño temeroso, pedagógico y blando, una gracia como para enternecer.

Y, lo confieso, yo la exhibía con vanidad, la llevaba al mar cada día. Sin olvidar por ello subir cada tarde al palacio de Venera, para propinarle en fulminantes compendios mi ciencia personal de la literatura italiana. Delante del gran balcón, dejado abierto por el calor, junto a la muchacha toda oídos, rozando con mi brazo desnudo y moreno, febricitante todavía de sol, el brazo desnudo, níveo y fresco de ella, arrancaba uno tras otro de su letargo los poetas difuntos y cantaba sus cantos a la noche como romanzas de Vincenzo Bellini; o bien, cuando esperaba impresionarla, silabeándolos con una distancia que me parecía sublime.

La estudiante no se tragaba mis solos. Comedida en exceso, colmada de falsas premuras; capaz, si yo llegaba tarde, con las calenturas del placer todavía pintadas en la cara, de pincharme con cortesía: que dejase de darle clases, dado que ahora me faltaba tiempo, con tantas preocupaciones.

—¿Qué preocupaciones? —protestaba yo, aunque en Módica y en el mar todos me hubieran visto en compañía de Cecilia—. ¿De qué preocupaciones, de qué tiempo

hablas? ¡Yo tengo tiempo! —me enfadaba suavemente, con el deseo vengativo de que no me creyera.

En realidad tenía muy poco tiempo. Las mañanas se me deslizaban en los dedos, se convertían en un instante en mediodías. En calor, luego. Módica olía a carne chamuscada, a neumático de coche que arde, bandadas de escarabajos alados la habían invadido y dibujaban remolinos entre uno y otro edificio lijados por el viento. El único modo para liberarse de todo eso era correr al mar: bastaba con aproximarse a la orilla y ya se sentía, antes incluso de que el horizonte asomara del cañaveral, cómo el aire se hacía agua en torno a nosotros, una tina de agua penetrable y tersa, una ondulante hamaca de luz y de agua, de color de lapislázuli. Nos cruzábamos a lo largo de la carretera con coches y carros que regresaban. Los conductores nos hacían con los dedos una señal convencional que quería decir «vía libre», o sea, que detrás de la curva no estaban apostados los policías de tráfico. Cecilia no entendía esta conjura de desconocidos contra la ley.

—Vosotros los sicilianos estáis locos —decía, y yo le daba la razón.

—Es cierto —contestaba—, pero en nuestra locura hay un método. Un día te diré cuál...

Pero he aquí las olas turquesas, donde entre corchos y boyas la barca más remendada caracolea con la vanidad de una *bissona*<sup>[65]</sup> ducal; he aquí sobre la absorbente y amarilla arena, el atropello de la multitud desnuda de los días festivos, todo un tapiz de trajes rojos y verdes, entre los que sobresale la única negrura del asno de los refrescos, peregrino de sombrero en sombrero; y, en el carro que le sigue, la blancura de los lingotes de hielo de la fábrica, envueltos en la paja y empapados de humor como quesos de vaca...

Nosotros, Cecilia y yo, llegábamos al mar prontísimo, nos gustaba visitar varios lugares. En el auto de Iacca, prestado de mala gana, pero más a menudo en bicicleta, polvorientos de los cabellos a los talones, paseábamos por el litoral a nuestras anchas, turísticamente, desde Mazzarelli hasta las Aguglie, deteniéndonos en cada sitio atestado, vociferante, tantas eran nuestras ganas de compartir con otros cuerpos compañeros la ceremonia y el teatro de nuestra felicidad.

A altamar, después de aquella noche del fanal, no nos habíamos atrevido a volver. Había guerra (en Brúcoli había terminado a palos) entre los pescadores legales y los furtivos, provistos éstos de luces y artefactos explosivos. Habría sido imprudente repetir la aventura. Mientras que no era menos bonito convertirnos en bañistas de postal: con una sombrilla pedida en préstamo que había que clavar cada día en el mismo punto de ayer, donde había quedado el agujero; con partidas de pelota; y carreras a nado hasta el farallón lejano; y besos intercambiados a hurtadillas entre un labio y otro labio enarenados, experimentando un temblor de fin del mundo en los sentidos ciegos. Cansados, finalmente, durante el camino de vuelta, apagado el extremo pábilo del entusiasmo carnal; pero agradablemente saturados de la jornada: habiéndola comido y bebido por completo, sin perder una sola miga ni una sola gota.

El primer domingo de julio fueron también al mar las chicas de la escuela, a distraerse de los exámenes, que ya estaban en marcha. No tuvieron escrúpulos en rodearme, charlatanas, escandalizadas, pavitas, enamoradas. Mientras Cecilia a mi lado, piernas dóricas y cabeza corintia, les arrojaba benévola a los ojos la ruidosa desnudez de su carne, la oriflama de poseerme y de pertenecerme. Yo me sentí entonces un faisán de plumas de oro, con cresta, idólatra de sí mismo. Y así debí de parecer a todos, mientras Iaccarino, que había acompañado a Madama al mar, se acercaba a disfrutar de cerca la vista y a estropearme la apoteosis con sus carcajadas impertinentes, debajo del albornoz que le hacía parecer un carretero. Madama, remilgada, se había quedado a lo lejos, debajo de un toldo de amigas, llevaba días sin hablarme, limitándose a deplorar junto con el filósofo mis exilios, viudos ambos de mí, y rencorosos. Le envié desde lejos un vago e inútil gesto de saludo que se cruzó con otro, dirigido a mí, de un flacucho y blancuzco tritón, surgido en mis parajes, en el que me costó trabajo reconocer al diputado Scillieri.

—¡Profesor, hasta la vista! —me saludó misteriosamente, y desapareció, salpicándome con una lluvia de goteante salsa y dejándome con el temor de que aquella amabilidad fuera un mal presagio.

Más adelante, de pie en la cabina, amé con furor a Cecilia, estreché en mis brazos su música, la prisión de huesos, músculos y sangre donde se formaba su melodía, su número sereno. Una compacta iglesia de carne, pero también un jacinto, una esmeralda oscura. Con aquella hinchada mordedura de araña en la ingle, la incisión nocturna de una tarántula de oro...

Cinco de julio, seis de julio, siete de julio... Vuelvo a buscar aquellos días en una colección de viejos periódicos, acaricio el papel marchito. Los titulares hablan de Pisciotta en Viterbo, hablan de mister Kinley, el mago de las llamas, que apaga en Ragusa el pozo de petróleo número nueve y se hace fotografiar vestido de salamandra. De acuerdo, pero las incandescencias de mi corazón, ¿quién las ventila, quién las extingue? Hablan, los diarios, de guerras, paces, nacimientos, muertes... No hablan de Cecilia y de mí, aunque, mientras viva, no olvido su gran cuerpo contra el mío, el vigor conmovedor de su cuerpo sobre el mío...

Mientras viva, repito: custodio único y desconcertado de ella y de mí, de aquellos minutos nuestros, ahora nada. Me desconcierta siempre, al pensarlo, el innumerable cementerio de los minutos: cada uno de ellos semejante a un movimiento de ola, a una ondulación de olas en el mar. Que muere, renace, de la que no queda memoria. Entonces me acuerdo de mi padre.

—Tengo el corazón oscuro —me decía algunas mañanas.

Y yo:

—¿Por qué?

—Por nada —me contestaba. Pero luego rectificaba—: Por los recuerdos, esta noche he ido al cine.

Y quería decir, de los recuerdos, cómo había combatido con ellos en el sueño toda la noche. Decía exactamente así: «combatir»; que en nuestro dialecto no se refiere únicamente a las personas, sino a las cosas, los acontecimientos, las urgencias de la crónica y de la historia. Hasta tal punto era cierto que para nosotros, en Sicilia, cualquier acto menudo de la vida es un ímprobo cuerpo a cuerpo, una prueba y un combate mortal. Por consiguiente, ¿qué puedo decir yo, yo, hijo de mi padre? ¿Si con los recuerdos, con sus mentiras, malicias, errores, combato y pierdo desde siempre, sangro y pierdo, sangro y combato?... Un espectro se mueve por los caminos de Sicilia y es mi juventud. Que se me perdonen las emboscadas que le tiendo, casi siempre en el vacío, por otra parte, como conviene a un pescador de nubes, a un fanfarrón...

Ocho de julio, nueve de julio, diez de julio... A cambio de los escarabajos voladores el siroco trajo unas avispas azules que topaban con todos los cristales. Bajo el sol, el pueblo pareció que se inflamaba como el toro de Falaride, y se necesitaban granizados para apiadar el verano, sus bronces, sus lanzas de fuego colorado. Cecilia, que había repudiado la Coca-Cola, se paraba cada vez, antes de salir para el mar, en la pastelería Rizza, aspiraba con la paja el elixir helado, dibujándosele en el rostro una delicia casi impúdica.

Yo la esperaba fuera, en la plazuela de los Mercedari, asistiendo a la subida de las primeras cortinas metálicas, mirando frente a mí el hueso blanco del Monserrato, semejante en lo alto a una frente de hombre meditabundo. Y me creía exento, por un instante, de la vulgaridad, que es la dote fundamental de mi naturaleza, limpio en mi metro cúbico de aire, como semejante a la ciudad que amaba, con las mismas aristas y las mismas blanduras, el mismo mugir de la crecida en las márgenes del Lavinaro y las mismas golondrinas entre los cabellos.

Se lo expliqué a Venera, una tarde, cuando me sentía con el corazón rebosante de amor por ella, por Módica, por todo el mundo; le dije que llevaba su pueblo metido hasta dentro de las uñas, y lo mucho que creía parecermele, y cómo la amaba a ella por su pueblo y a su pueblo por ella, porque eran la misma cosa.

—¿Y Cecilia? —rió, cerrando el libro que leíamos—. ¿También ella es un pueblo? ¡Cuántos pueblos amas tú! ¡Un atlas entero!

Lo dijo pensando en otra cosa, era evidente que mis amores le divertían, no le importaban nada.

Sin embargo, aquella misma tarde me mostró un secreto. Y a primera vista me pareció un gesto descarado, luego me convencí de que era un rito piadoso.

—Mira —me dijo, y sacó con circunspección de un profundo cajón un envoltorio. Lo desenvolvió, contenía un paño manchado con sanguinolencias grumosas y secas—. Mi hijo —dijo solemnemente, reteniendo con dificultad las lágrimas y dejándome atónito ante tan tardíos remordimientos. Un ratoncillo solitario que le corrió de repente entre los pies la distrajo sin sorprenderla, ya que estaba acostumbrada a

fuerza de vivir en la vieja mansión. Inútilmente intenté golpearle con las tenazas de la chimenea, se salvó bajo la imponente masa de los muebles de nogal.

Once de julio... Cecilia tuvo que irse, regresar al norte. Hice que me prestaran el coche por última vez, quise acompañar a la mujer hasta Catania. En la estación, como en una película de cosas rusas, el humo le rodeó el rostro. La llamé entre el humo:

—¡Adiós, diosa, Perséfone, hada! ¡Adiós, isla Giulia!

Ella me contestó con su voz violeta, ya lejana:

—¡O, mejor, Ferdinanda!

Había dicho a Iacca que volvería al día siguiente, la intención era convencer a Cecilia de que me concediera una noche más, prorrogando la partida veinticuatro horas. No había sido posible y desanduve el camino hacia atrás, lentamente, tocando el claxon de vez en cuando para hacerme compañía. Avanzaba despacio pensando en mis amores, diciéndome que eran exaltaciones, más que por una mujer, por mí mismo; y que podían ser tantas al mismo tiempo porque, precisamente, en cada una de ellas me amaba sólo a mí. Primero hay que enamorarse de uno mismo, pensaba, para poder enamorarse de otra. Así que ahora volvería naturalmente a Venera, y a amarme en ella. Reclamaría con un silbido, igual que un domador, mi corazón de la licencia, lo devolvería a la habitual jaula de Venera y de la ciudad...

Cruzaba, mientras tanto, por pueblos y campos; frente a mí se balanceaban linternas y estrellas. Si no era la luna, y su morfina, era sin duda un velo de sueño lo que me estorbaba la vista... Y me sentía bien, sin embargo, contento de retornar a las familiares y queridas sábanas, aunque no tenía ganas de hablar con nadie de casa y hacía votos para que Iacca y Madama estuvieran ya en sus respectivas habitaciones, ella hablando en sueños, él roncando poderosamente. Para mayor seguridad, apenas llegado, ya en el umbral me saqué los zapatos, subí al piso principal con paso furtivo. Y fue una precaución superflua, como vi inmediatamente: ninguno de los dos habría prestado atención, en cualquier caso, al rumor de mi retorno. Ya que, al pasar delante de la puerta de ella, me sorprendió un maullido, que no era de Quo Vadis? pero cuyas voluptuosas octavas conocía de memoria. Una vez llegado a este punto habría sido tiempo perdido llamar a la habitación de Iaccarino, ya sabía que su cama estaba intacta, y que dentro de poco, bastaba esperar, le vería volar con sus desnudeces peludas a lo largo de las paredes del pasillo...

Me acerco a la puerta de Amalia, que apenas está entornada, de acuerdo con sus hábitos de negligencia y confianza. Me apoyo en ella: cede como un biombo de tela. Entro, enciendo rápidamente la luz, qué diablos... El espectáculo que se me ofrece corresponde al guión, pero con una variante. Dado que el filósofo no se entrega, por decirlo de algún modo, a una ordinaria administración sino que, a horcajadas de la mártir y cómplice, ovinamente se afana con tan acrobático celo como para no oír de buenas a primeras mi presencia. Yo permanezco un instante indeciso entre si debo toser, montar una escena, irme de puntillas, desmontar al trepador con mis propias

manos... Ellos se recomponen, chillan, acabamos por darnos codazos, histéricos, los tres, mientras un relincho de risa nos estalla dentro, nos relajamos en una carcajada visceral, larga, libre, sin una gota de amargura, que a través de la puerta que ha quedado abierta conquista las alcobas más remotas del edificio y estorba los conyugales sopores, y de la cabina del portero hasta el ático del ingeniero deflagra por dentro de los despertados oídos como estallaba antaño en los Foros Imperiales, el 24 de mayo, la fanfarria de los *bersaglieri*<sup>[66]</sup>.

## XI bis

### *Intermedio de risas y bostezos.*

Qué desgarbada salida de tono, qué frígido *crescendo*, ¿has visto, lector? Apuesto a que no te ha gustado, tampoco a mí me gusta. Pero mira, lector, yo no hago ningún esfuerzo por gustarte o gustarme, y tú tienes que entenderme: mi pasión devoradora es el aburrimiento, nunca me divierto tanto como cuando me aburro y muero de tedio. ¿Queremos poner las cartas sobre la mesa? He pasado demasiado tiempo rodeándome el corazón de alambre espinoso, vulcanizándolo, biodegradándolo; demasiado tiempo leyendo mi pasado con el carbono 14, mi futuro en los posos de café, mi presente en las manchas de Rorschach... Descubriéndome encima cada vez el sello de una sentencia de desconocidos, yo, José K. segundo, noqueado por un tribunal de encapuchados, inquirido, martirizado por un jurado de próceres ciegos...

¿Divago? Claro. ¿Desconecto? ¿Quién lo niega? Los franceses llaman «pequeña muerte» al decaimiento después del amor... Yo escribo en un estado de perpetua «pequeña muerte», con sobresaltos de histérica hilaridad. Y sé perfectamente que lo he equivocado todo desde el principio, y que el *incipit* correcto era otro, un espionaje de mí mismo para introducirlo a escondidas en la caja de las denuncias, como en aquel lamento de un subsuelo hace más o menos un siglo: «Soy un hombre solo, soy un hombre enfermo...». Alguien me ha precedido, siempre me precede alguien. Aunque yo esté enfermo con mayor derecho que él, una metástasis de pies a cabeza; pero inepto para crecer en forma de presencia trágica, de hombre. Que si es así, ¿por qué no intentar salvarme con la alegría? Me han prometido enseñarme una cura, no sé exactamente cuál, pero me gusta el nombre: *training autogeno*. Pues bien, intuyo que se parece un poco a lo que ya estoy haciendo: escribir cosas a cuál más grotesca, en tanto que copista embustero, con todas las luces sobre mi cara, y aparecer como su héroe vencedor. Del mismo modo que hace años, en la inminencia de cualquier noche en blanco, yo me inventaba, yaciendo sobre el costado derecho, una Pau-Luchon de ciclismo-ficción, con los excelsos escaladores de todos los tiempos, Trueba, Bottecchia, Gaul, Bartali, Binda, Coppi, Robic, Vietto, Bahamontes, y yo con ellos, derrotándoles a todos en la última cuesta, en el barro.

Una revancha de niño, ni que decir tiene, pero bastante eficaz como para tener razón en contra de mí, y ponerme cada noche una corona en la cabeza.

Así que dirige hacia mí tus ojos, terapeuta lector, mi solitario socio y enemigo. Vamos, repite conmigo: «¡Qué aburrimiento, qué divertido, qué bostezos, qué carcajadas de muerte!».

## XII

### *Julio y sus ocios. Paseo por la Cava antigua.*

Así pasó julio. Cada día una chispa de fuego, los treinta y uno juntos un zarzal ardiente. Lenguas líquidas me salpicaban, me salivaban a lo largo de las venas. Saliendo de casa, vacilaba como un borracho; ardía, atizado por el sol, y me creía inmortal.

Me escribieron los míos desde el pueblo. ¿Por qué no volvía? Contesté que me quedaría un poco, para seguir de cerca los exámenes de mis alumnas. Ésta, por lo menos, era la excusa. A decir verdad, ya llevaba cosida bajo la piel la nueva ciudad, flotaba en el agua de sus pupilas, me adormilaba en la cuna de sus manos. ¿Qué podía añadir? Cada una de sus calles era mía, en las tardes caniculares, cuando era el único, junto con Iaccarino, en pisar las aceras de piedra dorada; cada uno de los hilos del cielo, entre las cimas de los techos, me pertenecía por derecho de usucapión.

Corrían los días. Por la mañana me acercaba a la escuela, me mezclaba con los grupos de las candidatas expectantes, para aconsejarlas, tranquilizarlas antes del examen. Ellas temblaban, con los ojos desorbitados de angustia ante la tómbola de las preguntas.

—¿Cómo, el tercer romanticismo?

De pronto se me acercó Isolina, olía a torta, un lunar de crema se le había quedado pegado al labio y temblaba con las palabras.

—¿Cómo es ese presidente Cataudella? —exclamó impersonalmente, preguntándolo más al aire que a mí, que era el único en escucharla.

Pero yo la vi tan chiquilla, con aquellos pendiente de cristal, y la cinta roja anudada en el pelo, y el flequillo con tantos rizos esparcidos cuidadosamente en la frente con el peine; tan recóndita y abstrusa en el escondite de sus miembros, que ni siquiera le contesté, me limité a soplarle desde cerca un poco de mi aliento en la boca, hasta que la migaja de torta se soltó. Me miró furibunda, con pupilas que parecían dos cuchillos envenenados, pareció querer gritarme no sé qué, pero la voz se le atascó en la garganta. Fue Licausi, que surgió como por arte de magia a su lado, quien se la llevó, se alejaron...

Luego, acompañada de Alvisé, María Venera. Sin ningún compromiso personal con esta sesión pero curiosa por hacer prácticas y concentrarse en vistas al próximo examen de octubre. Quizás era la primera vez que salía después de la noche del rapto y parecía extremadamente blanca entre tantos bronceados al aire. Los profesores jóvenes la rodearon como a Penélope los pretendientes, iniciaron alrededor de su flor una danza de abejas. Y la perseguían, le preguntaban si por lo menos para la Virgen de Agosto iría al baile.

Calló, delegó con los ojos la respuesta al abuelo, pero él titubeaba, no le gustaba la interpelación. Al fin murmuró, trastornado por el femenino tropel allá abajo, arrumacos, chácharas, carcajadas, ondulaciones de miembros afectuosos, cuyo tumulto llegaba hasta el atrio del instituto y le halagaba los sentidos, como en sus tiempos, entre los bastidores de un cabaret transalpino, los crujidos de las bailarinas:

—Ya veremos, ya veremos.

Cuando se fueron les acompañé un poco, el viejo en medio, yo al este, ella al oeste, y la miraba de reojo o como podía, me contentaba con la única excrecencia visible, la punta del pecho en el corpiño negro que lo cubría. Pero instintivamente me recompuse cuando, levantando la cabeza bajo la ráfaga de las campanadas del mediodía, me pareció que una figurita nos estaba espiando, desde la terracita de su casa, la figurita de Liborio Galfo...

Dieron unas sabrosas charlas nocturnas sobre deporte y literatura varia bajo las cuatro palmeras del Stretto, discusiones vespertinas sobre el socialismo en las trastiendas de los cafés, en las farmacias semicerradas. El volumen del cielo se desplegó en el valle como una sábana inmensa, las grietas de las horas vacías se llenaron de palabras. Yo grité como los demás, golpeando la mesa con el puño, dividí el bien y el mal con una somera espada. Y me peleé con Iaccarino, que, por vanidosa ignorancia o real sabiduría, no preveía amnistías en la cayena terrestre y se negaba, como solía decir, a cortejar fantasmas esperando las próximas calendas griegas... Ya que, en contra suya, yo adoptaba el partido de la utopía, incluyendo también a Venera y mis objetivos sobre ella, Iaccarino me argüía:

—Cero en política, doble cero en amor. —Y añadía—: Es el precio natural que cuesta el amor. No se ama impunemente, ¿o tú qué crees?

Yo:

—Mira quién habla —decía, pero sin insistir, por miedo a que acabara por devolverme a Madama en la cama...

Comenzaron los bailes en la Sorda, por rotación, en una villa después de otra: villa Tasca, villa De Leva, villa Salmè... Con una luna poco a poco creciente, de grácil a obesa, y que tomaba colores diferentes: de marchito lirio lacustre, de rubicundo *tari*...<sup>[67]</sup>

Yo cada vez era invitado por la autoridad de don Nitto. Él, antes de entregarme la invitación, me preguntaba por Cecilia con simpatía, quería saber si había quedado contento, me regaló incluso, en recuerdo suyo, el antiguo jarro rojinegro, que conservaría aún, si, instigado por quien yo me sé, Quo Vadis? no hubiera jugado con él al gato y al ratón una mañana, esparciendo sus añicos por las cuatro partes del universo.

Con motivo de los bailes veía con frecuencia a Trubia, pedíamos un baile a las mismas damas, nos disputábamos las precedencias en los más deseados *carnets*.

Recuerdo noches excitadas, innaturales, con orquestinas de medias luces, y nosotros trotando convencidos en torno a las pistas redondas, entre las albercas, los parterres, las mesitas llenas de bebidas. Con una persuasión unánime de estar en el júbilo, en la gloria de un júbilo, todos en una cima irrepetible de la juventud, todos nosotros, jovencitos y jovencitas, en nuestros miembros obedientes, en las mejillas ardientes, en el brillo y en el triunfo de los ojos, todos nosotros dioses y diosas, a pesar de nuestros trajes Marzotto de popelín y sedas largas de noche, de nuestras pobres frases ceremoniales: «¿Permite este baile?», «¿Cómo se llama esta canción?», «Tomemos un whisky en el bufé»...

Al alba todos a Sorcio a comer la *pastasciutta* en el local recién abierto, esperábamos el sol para ir a dormir... Venera no vino nunca, y a mí me alegraba. Prefería ir a verla a casa para las clases. Después de la marcha de Cecilia había vuelto a ser asiduo; satisfecho, a falta de otra cosa, con mirarla de cerca cada día, igual que un fanático pone cada día en el tocadiscos el mismo disco. Ella, después de aquel esbozo de efusión del sudario exhibido, se había vuelto precavida, casi hostil; no parecía recordar que era su único cómplice, el único en conocer sus miserias privadas. Mi divagación con Cecilia no le había impresionado, desdichadamente, y me escuchaba, cada vez que se la mencionaba, con blanda neutralidad. Sólo me preguntó, después de una velada en el jardín de Iblea, cómo iban vestidas las debutantes más hermosas, las hermanas Mormina, la Scichilone, la D'Angelo..., con qué caballeros habían bailado más... Escuchó sin pestañear el nombre del primo Sasà.

Yo había visto con buenos ojos que no hubiera ido de vacaciones con las tías, pero me resistía a creer que fuera para no encontrar al primo. No le gustaba darle la satisfacción de sentirse esquivado, temido. Debía de ser más bien el orgullo lo que la retenía en el pueblo, un valeroso orgullo de pobre, junto a la vergüenza de tener que oponer siempre los mismos vestiditos negros a los rutilantes uniformes de las rivales. Además, Alvise no estaba bien, se despertaba cada noche con palpitaciones y la llamaba en su ayuda. Ella le cuidaba a conciencia, había crecido de golpe después de la fuga, se había endurecido, entendía más cosas. Había dejado de tocar dulzuras en el clavicémbalo, se quedaba estudiando hasta tarde. Una vez me sorprendió con una cita en francés, otra vez le vi en la mano un arduo Landolfi, iba mejorando. Y en la misma medida yo me enfervorizaba día a día, yo, profesor, acostumbrado a encontrar guapas a las inteligentes incluso cuando guapas no eran. Me reavivé, pues, pero sin alterar mis modales, suspicaces y frenados. Estaba claro que no habían bastado aquellos días de éxito carnal para despabilarme, enorgullecerme, había yo regresado inmediatamente a mi habitual y subordinado sentimiento: pronto a alterarme, pero sin dejarlo entrever; contento y descontento de estar cerca de ella; propenso a desearla pero asustado de poseerla; resignado a que no me amara pero rabioso de que amara a otro... Todo, en suma, lector, como en el primer capítulo, el mismo vaivén de humores, según que la sintiera más o menos propicia a interpretar su papel en mi

guión de amor infeliz: ella de nadie, hastiada, disfrutable, en el espectáculo de gestos, voz, pasos y aroma, de que se componía la memorable e inconfundible y soberana Ella; yo mirándola desde mi palquito oscuro, despellejándome las manos para toda la eternidad.

Un domingo que Alvisé se sintió mejor quiso venir con nosotros a Ispica, a visitar la Cava, un valle largo y estrecho, agujereado por grutas antiguas y ermitas. Se había excedido, se cansó inmediatamente, ya no se movió de un asiento de piedra, pero nos permitió continuar la exploración. Nosotros proseguimos, catecúmenos de un feliz y verde Más Allá. Sin los ruidos de cadenas, los lamentos, los afelpados vuelos de murciélagos, que acompañan los viajes subterráneos de un Eneas, o de un San Pablo. Mientras que allí, a lo largo de las áridas murallas se desarrollaba toda una trama de túneles y ventanucos ofrecidos a la alegría de la luz; y no había panorama o figura que no exhortara plácidamente a vivir.

Busqué el brazo de Venera, la ayudaba a salir de las madrigueras donde se había metido en busca del frescor, tan duro era el sol, pero más aún por un impulso infantil a ocultarse, a jugar. La verdad es que es difícil, siendo niño, resistir mucho tiempo la ficción de ser adulto.

Dentro de la necrópolis más amplia el hedor era opaco como en una antigua bodega, nuestros miembros sudorosos se estremecieron. Nos movíamos a saltitos, esquivando los nichos vacíos. Uno de ellos la sedujo, pequeño, junto a otro mayor.

—Una niña y su padre —aventuré yo.

—La esposa niña de un rey —me corrigió.

Seguíamos mirando, nos perdíamos, nos reencontrábamos, caminando entre las columnatas que el artificio de los hombres o los accidentes naturales habían creado. Una escolopendra intentó seguirnos, no lo consiguió, volvió a acovacharse rápidamente cuando se sintió dominada por un zapato amenazador. Ella, con temeroso valor, quiso darle la vuelta a la piedra.

Un rumor de voces se acercó. Muchas. De mujeres, hombres. Por juego nos ocultamos detrás de una columna volcánica, aguardamos a que pasaran. Comprendimos que la comitiva no buscaba tumbas, sino hierbas por las pendientes del valle. Eran personas sencillas, sus conversaciones eran humanas, en lengua vernácula. Nosotros permanecemos inmóviles, el juego de ocultarse es de los más amorosos del mundo, si se practica a dúo: dos solos contra todos, más solos y amorosos que desnudos en una cama.

Desde nuestro escondite veíamos una franja del camino, de un resplandor deslumbrante. Aparecieron en ella siluetas de sombra, titubearon, pasaron de largo. Yo sentía su aliento en la nuca, ahora había retornado el silencio, los herbolarios ya debían de hallarse en el fondo del valle, ya no se oían. Ella se soltó, emocionada tal vez pero sonriente, se cercó a la entrada. Ahí una niña, podía tener cinco años, apoyada en un bloque de roca, nos miraba. Sin temor, pero seria. Una extraviada, una

retrasada del grupo, pensamos. O bien... Maria Venera miró la fosa minúscula y vacía delante de nosotros y rió con los ojos dirigiéndose a mí. Ella, la niña, permaneció seria, supongo que nos tomaba por los señores de la casa. Especialmente cuando Venera la miró y se puso un dedo en los labios, como en señal de una alianza secreta. Ella hizo lo mismo, con su menudo índice se apretó con fuerza la boca, luego caminando de espaldas se fue muy despacio.

Ahora paseábamos del brazo por el verdegal. Un jardín de las Hespérides entre dos laderas de mazmorras rupestres. Vida en muerte, muerte en vida, etcétera, etcétera. Venera no pareció interesada en el concepto, pero subió ligera por un sendero de alpinistas hasta una gruta colgada sobre el vacío, se me apareció riendo desde una especie de balcón, imitó a Julieta, y luego descendió.

Iba vestida de negro como siempre. El habitual trajecito liso, una muselina de ocasión. Pero le sentaba tan bien que la hacía parecerse a un pájaro. Con las piernas finas y esbeltas y un aire natural de vuelo. Una cigüeña, una grulla. O bien una alondra, por cómo cantaba. Porque ahora se había puesto a cantar, cantarina también ella como Cecilia, pero con un repertorio de melodías menos vulgares.

—È l'amore uno strano augello... [68]

¡Claro que sí, claro que sí, Maria Venera! ¿Quién lo podrá domesticar?

Luego, mientras estaba agachada recogiendo orégano y alcaparras, a imitación de las campesinas de hacía un momento, se me ocurrió decirle a sus espaldas:

—¿No quieres? Yo quiero casarme contigo.

Se volvió sorprendida, tanto como yo mismo de haber pensado y dicho estas palabras.

—Pero ¿cómo? —preguntó, desequilibrada de golpe, estaba claro que quería ganar tiempo, que estaba calculando apresuradamente algo—. ¿A pesar de todo?

—A pesar de todo —dije yo.

Pero ella había echado a correr. Por el serpenteo de una lagartija o de una víbora, dijo de lejos, que la había asustado. No la creí, naturalmente. Estaba pensando en la respuesta, había huido a pensar una respuesta. Cuando se me acercó de nuevo, me dijo bruscamente que no.

—No, no me caso contigo. Con Galfo sí, me habría casado con él, me habría servido toda la vida. Y yo necesito un hombre o bien un criado. Y tú no acabas de ser ni una cosa ni otra... Además, careces de edad, no eres ni joven, ni niño, ni viejo. Aunque pronto, dentro de poco, poquísimo, te volverás viejísimo.

No contesté, tal vez tenía razón, tal vez no, ¿cómo es posible que estuviera tan segura?

—En fin, que te vayas —exclamó.

Y atrajo con los brazos mi cabeza contra la suya, me besó brevemente.

Así es como era: curiosas perfidias, segundas intenciones, abandonos incongruentes...

Era mediodía, nos juntamos con Alvisé al amparo de un seto de hibisco. Tenía en la mano una flor, nos mostró las cinco cuñas de sombra anidadas en el corazón de los cinco pétalos rojos.

—No durará —nos dijo—. Dentro de unas horas se cerrará, será únicamente una capucha de arrugas. Dura poco el hibisco.

Luego comió jovialmente con nosotros las tortas que habíamos traído, nos contó finalmente por entero su historia de amor, ácidos úricos y muerte, en el veintiuno o veintidós, en Vichy con una tal Colombe o Marie-Edvige o Comosellame Chauvet.

## XII bis

*Enésimo «aparte» del autor, indeciso entre tiempos fuertes y tiempos débiles, derecho y revés.*

Así que fui joven y feliz, aquel verano del cincuenta y uno. Joven y feliz. Joven y... Pero qué digo, no es cierto, es una jactancia.

Lector, no es que yo quiera dejarte plantado, faltaría más. Sé perfectamente que soy en la tierra un inquilino moroso, y que para saldar mi deuda sólo tengo la charla. También sé, salta a la vista, que estos solfeos de gemidos que intercalo entre una y otra charla no me ayudan a curar. Pero ¿qué debería hacer? ¿Aguardar un verano feliz para escribir de un verano feliz? ¿Y que se pase este otoño, esta angustia del corazón, que se pase esta ciudad? Aquí habría querido llegar a tiempo, con el paso de Brenno<sup>[69]</sup>, para saquearla, hundir las puertas a patadas, abreviar mi caballo alazán en la Barcaza de la Piazza di Spagna. Y en cambio llego de incógnito, como postulante que paga, para sentarme cada vez en una nueva antecámara de especialista, con un sobre de análisis en las rodillas. En octubre, para colmo, ¿te imaginas? Se habla, lector, de la crueldad de abril, pero la de octubre ¿dónde la dejas? Un octubre melancólico que se ha juntado con todas las peores isoterma e isobaras e isocojones de bajas presiones; y que ya no para con sus copos de granizo sobre los toldos de las castañas asadas; y el lamento de los gallos veletas; y aquel *chop chop* del Tíber bajo las arcadas del Puente Sisto... Todo cosas que hacen venir unas ganas, un antojo, no tengo valor de decirte cuál... Y puede que yo sea un *pata* de mil cosas y por ello también de los meteoros, pero a mí no sólo abril me duele, sino cada uno de los doce meses, sea tórrido o gélido o tibio, y cada uno de los días del año, no excluyo el supernumerario de los bisiestos. Evidentemente yo había nacido para vivir en una era sin estaciones. O por lo menos, si el mal tiempo tenía que existir, en el siglo de los loden y de los botines. Qué útiles, qué cómodos me resultarían, ahora que siento las vueltas de los pantalones pesar como esponjas de plomo en los tobillos, y la humedad llorarme dentro del zapato derecho y del izquierdo, mientras vuelvo pasada la una de la noche a llamar al timbre del Hotel Sole.

Con los nervios deshechos de repente, despertándome en el Hotel Sole, por la parte de Campo dei Fiori.

De buenas a primeras no sé dónde estoy, tiendo en el vacío la mano en busca de la habitual y tranquilizadora presencia de un sueño amigo a mi lado. Y de repente me encuentro sentado en calzoncillos al borde de la cama, con las piernas colgando, mientras siento, como si surgiera del fondo del tubo de la chimenea, que un hilillo de

luz me da los buenos días entre los párpados cosidos. Bien: ahora sé dónde estoy, quién soy; sé qué quiere decir esta raya gris-ratón, de una melancolía ya novembrina, que hace un minuto ha aparecido entre las láminas de la persiana; y el estrépito, en la lontananza, de los primeros autobuses; y el olor de anís, de paja podrida, de la ciudad que se despierta bajo la lluvia. Amanece, y yo sigo así, en este pobre resplandor, compadeciéndome, llamándome lentamente por mi nombre. Qué asco, mi corazón de Sèvres, FRAGILÍSIMO NO TOCAR, si basta una señal de otoño, como cuando era chiquillo, para que me asalte el sentimiento de la derrota perpetua, de la bancarrota irremediable; para preguntarme qué hago aquí, en esta habitación doble sin baño, con los calcetines de ayer enrollados en los zapatos; y el orinal cubierto con un periódico, y sobre la mesilla de noche un tubo de Gardenal. Gesualdo, pobre hombre. Porque, digámoslo claro, estoy a punto. Podría desplomarme en el suelo dentro de un minuto y morir sin haber entendido nada de por qué he vivido y muero ni de nada. Sin ni siquiera entender si en esta mezcolanza apócrifa he sido la víctima o el verdugo, si he actuado como debía, si la ejecución ha sido decente, como para no tenerme que avergonzar. Algo que, por otra parte, no importaría gran cosa. Aunque yo siga preguntándome, en nombre de Dios, qué importaría... Si es la hipocondría de los sesenta años, y las inútiles alegaciones de la defensa en la penúltima audiencia, Universo *versus* G. B.; si es el adiós de las muchachas en flor, que cuando me miran es como si miraran un mueble que esquivar; o sentirse igual que un *Pied Noir* retrasado, sin quepis ni fusil, que renquea de duna en duna, pero ahora está solo, se huele a árabe por los alrededores, la *bandera*<sup>[70]</sup> ya no se ve... Pero ¿es eso? O bien es una escena clave que me han robado y que habría deseado toda para mí, un armiño de monarca en lugar de estos harapos de figurante... O es la salud, ¿es un problema de salud? En suma, por segunda vez en dos días, sin preaviso pero dulcemente, conquisto el difícil orgasmo de las lágrimas.

## XIII

### *El gran baile, de las diez a la una de la noche.*

Llegó el día del gran baile al aire libre, la noche de un martes, que era el quince de agosto del cincuenta y uno. En Chiaromonte Gulfi, con sus siempre verdes jardines colgantes sobre el valle. En el cielo, al principio, una luna de circo ecuestre, pero inmediatamente grandes nubes la ocultaron.

(Embalsamado álbum de aquella noche en mi mente, fantasma de muchos rostros, tachados uno tras otro con una cruz... Si conociera la fórmula, te despertaría... Y en cambio cada vez es un malentendido diferente, te fallo por un pelo, por un pelo y medio...) (... Siempre así, yo: al borde de una gracia fallida, de un milagro traidor. Como cuando un tema nos revolotea por la cabeza, y sabemos cada uno de sus matices, pero los labios desobedecen...)

Ahí me tenéis, con el pelo largo, vestido de un azul suave, en la mesa con Sasà Trubia, casi irreconocible, ahora que se ha quitado la barba. Yo paladeo por buena educación el licor que me ha ofrecido y toso inmediatamente en el pañuelo. La noche es de color humo de Londres en torno a la pista reluciente. Pienso lo que parecería, visto desde la barquilla de un dirigible, este cóncavo círculo de luz y sonido, este rojo cráter de confiado ruido: ¡llameante círculo, visto desde arriba, pero tan exiguo y cercado por tanta tiniebla alrededor! Me levanto, me asomo por la balaustrada a la tiniebla del valle. ¡Qué silencio! Aunque, al volverme, da vueltas la ronda de conmovedoras ilusiones, giran damas con caballeros, sonrén, ríen los futuros difuntos, las futuras animillas del mil novecientos noventa y nueve... Ignorantes de que una horda invisible de no nacidos y no nacidas, encerrada por ahora en sus senos, en sus barrigas fajadas de seda, no tardará en arrojarles al foso; ignorantes de que la estúpida horda del futuro galopa invisible detrás de ellos, empuja con una lanza en los riñones este minuto de volátil e inútil felicidad...

Hemos llegado de los primeros, mis dos habituales amigos y yo. Aparcado el cochecito en cuesta, en las proximidades de la verja, a pie y fumando tranquilamente, hemos ido a mostrar las entradas a Isolina, que estaba con otras azafatas.

—Aprobada con ocho de media —se pavoneó con Licausi, mirándome a mí. Y prometió que dentro de poco vendría a bailar. De momento se ocupaba del control de los billetes de entrada, del mecanismo de concursos y loterías de beneficencia preparado para el resto de la velada. Rosada, amable; los graciosos hombros desnudos bajo un pequeño chal de terciopelo; un mínimo surco de sombra señalando

la acerba embocadura de los senos... Entramos, la gravilla de las avenidas chirría bajo las suelas, una trompeta ensaya, a modo de prueba, un acorde. Aún es pronto, ninguna pareja en la pista, en las mesas las habituales caras de los solteros, siempre los primeros en llegar, qué caraduras somos, mientras que no está bien que una soltera se muestre impaciente.

En este momento me llama a su mesa Sasà Trubia. Sólo a mí, para hablarme a solas. De Venera, supongo, y la sangre me tiembla. Porque también querría hablar finalmente con él, desahogarme el corazón. En lugar de eso me ruega que le pida a don Nitto que no ingrese el talón por el momento. No es que esté al descubierto, pero... que no lo ingrese por ahora, tiene cierto proyecto a la vista...

De acuerdo, peroraré. Así que me envalentono:

—Sasà, estoy enamorado de una mujer que no me quiere.

Le cuesta entenderme con aquel *do re mi* de trompeta detrás de los oídos. Cuando me entiende, bromea.

—Ya le diré yo lo que hay que decirle, ¿quién es?

—Tu prima. Maria Venera.

Se turba, la voz no le funciona. En ese momento se nos junta Iaccarino, un monstruo de indiscreción, y se queda frente a nosotros, dando saltitos de un pie a otro, con gestos de dolor, como debidos a la coacción de un callo rabioso o de una vejiga repleta. Naturalmente la conversación se congela.

Mientras tanto llegan amontonadas las familias, el baile arranca. Tocan *Tico Tico*, pasa delante de nosotros saltando con absoluta seriedad el baroncito Puleo con la señora notaria Virzì. Isolina, abandonada su misión de portera, baila sin descanso, hueso de muchos perros, examinando críticamente la corbata del caballero de turno. Licausi, al acecho detrás de una planta, no la abandona un instante con los ojos, en espera de que se libere y regrese a la mesa de la familia. Luego se le abalanza encima, derriba sillas y luces bajo la mirada benévola de mamá y papá, invocando la cláusula del país más favorecido. Ella parece bien dispuesta, se levanta de nuevo, bailan sin hablar.

—Se ha calentado Licausi, que era tan marmota —comenta Iaccarino, con un pie sobre la pista y otro sobre el mío, mientras observa las peripecias del baile.

—Ya no hay religión —asiente distraídamente Sasà y, en voz baja, a mí—: ¿Dices que Venera no te quiere?

Asiento pero no prosigo. Iaccarino, entre una y otra copa, ha iniciado uno de sus números. Es lo que me temía, y cuidado que se lo había advertido. Que no bebiera, que hablara poco, yo sé lo que me había costado arrancarle a don Nitto una invitación también para él. Por el contrario, cuando la noche se encuentra aún en sus primeros vagidos, él ya se ha desencadenado. Se ha propuesto describir la fiesta como un heraldo de justas antiguas o un Filogamo pregonero<sup>[71]</sup>.

—Uno, dos, tres... He aquí que por la derecha avanza doña Letizia Mistretta, y el marido la sigue a dos pasos: *cornu petit ille, caveto!*<sup>[72]</sup> A la izquierda responde una

esquila: la pareja Gangemi-Nicita, que surca la multitud como las olas marinas la proa de un jabeque corsario. Donde él pone los pies, no crece brizna de hierba; ella se adecúa, monumental. ¡Qué banquete para los hambrientos, en una balsa de la «Medusa»!...

—Sé lo de vosotros dos —le digo al oído a Sasà—. ¿La quieres? ¿También tú quieres casarte con ella?

Pero Iaccarino, dirigiéndose a mí:

—¿Cómo, no te ríes? —se enfadó.

Luego, habiendo descubierto bajo un farol a una solitaria opulenta:

—Señorita Varcadipane —invocaba—. ¡Oh, maravilla, oh, misterio! Oh, vago tulipán mío, oh, tú, que habría amado, oh, tú, que lo sabrás. Sentada tranquila en tu sitio, virgen que nadie busca, ¡Iaccarino te buscará!

Resoplamos, no se rindió.

—Falsa, sólo puede ser falsa, es demasiado hermosa para ser verdadera. Ya imagino un diálogo dentro de cincuenta años: «Abuela, ¿eras hermosa en tu tiempo?». «Una vez lo fui», responderá. «Una noche de pleno agosto».

Se levantó, avanzó majestuosamente hasta inclinársele, habló prolongadamente a su busto grande, despampanante, sobre cuyos temblores ondulantes deslumbraba una blusa amarilla.

—Que le zurzan —estalló finalmente Trubia, y a mí muy secamente—: Qué es eso de casarse, con las primas uno no se casa. Las sangres no cuajan, los hijos salen defectuosos...

—Ya, los hijos... —exclamé yo con cierta malicia.

Me miró con sincera perplejidad, no debía de saber nada del niño perdido. Venera debía de haberlo silenciado. Por otra parte inmediatamente se trabucó, viendo aproximarse y dirigirse hacia nosotros a una emperatriz miope, enojada como la Begum, la hija, creo, del joyero Virgadauro.

—Éste no es el momento —me dijo—. Hala, baila, ¿a qué esperas para bailar? —me despidió, levantándose con las manos, empujándose a la pista, para quedarse a solas con ella.

Bailar... ya, en el fondo no he venido aquí para otra cosa. ¿Así que he tardado tan poco en olvidar mis intenciones de guerra con el mundo? Emparejarme con la primera que pase, gritar al mundo: «¡Mundo, eres mío!»». Porque, si Venera no se digna, queda a cambio todo el vedado. ¡No una, sino dos, sino tres presas sabrá domar el buen cazador, como Horacio solo a los Curiáceos!

La fiesta iba animándose. De repente se llenó la pista. No me disgustó. Ya no hacía falta mantener el paso, bastaba con balancearse encima de la misma baldosa, con un aire de partícipe carnalidad. *Bésame, bésame mucho...*<sup>[73]</sup> *Addormentarmi così...* ¡Cuántos ojos brillantes, cuántos rostros crédulos flotando sobre las charcas de brillantinas, lociones masculinas, ungüentos femeninos! Una múltiple ambrosía circulaba en los intersticios que restaban entre cuerpo y cuerpo, y parecía fácil nadar

en ella, como el pez de don Cesare en el agua de su pecera.

Ahora tocaban *Les feuilles mortes*. No quería perderlo, invité a Giuliana Martoglio. La conocía de vista, de cara era así así, pero llena y sinuosa de cuerpo como un violín, y la precedían dos senos que parecían montañas de Etiopía. Además me intrigaba por cómo solía escuchar sonriendo y callando a quienquiera que intentara hablarle.

Adelanté las manos.

—Puede expresar un último deseo antes de bailar conmigo.

Sonrió. Yo comencé inmediatamente mal, chocando con un absorto *surplace* de dos, mejilla contra mejilla.

—Lo he hecho adrede —fingí, para justificarme—. Siempre coceo a las parejas más tiernas, les recuerdo que el tiempo existe.

Volvió a sonreír, descubrí con pavor que su sonrisa era una tapadera sobre el vacío y que, en cuanto a bailar, bailaba peor que yo.

—Usted es un stradivarius —mentí—, pero desgraciadamente yo no soy Paganini.

Como si no hubiera dicho nada, seguía sonriendo.

—El primer baile con una mujer siempre me emociona —improvisé—. Es como llegar a la estación de una ciudad desconocida.

Esta vez ni siquiera sonrió, me miró atontada. Ya sin la menor fe, probé con uno de mis manierismos de reserva.

—Vamos, dígame algo: nombre, apellido, flor predilecta... Veamos si la voz es graciosa como el resto.

Obedeció.

—Martoglio Giuliana.

Tenía una voz de adenoidea y santa simplicidad. Ya que intentaba robarle por lo menos una momentánea tibieza:

—Abandónese a mí como una hoja al viento —propuse inútilmente, notándola rígida entre mis brazos como un poste telegráfico...

Pero la pieza llegaba a su término, todas las hojas estaban muertas.

—La devuelvo a su ramo, señorita Martoglio Giuliana —me rendí.

Fue mejor y peor después, cuando invité a No-recuerdo-cómo-se-llama. Eran tiempos, aquéllos, en los que se bailaba a dos, cerca, y se hablaba mucho, bailando. Ella era irónica, espinosa y guapa, de una belleza amenazadora; y habíamos bailado juntos, noches antes, un catastrófico charlestón. Lo recordaba, cómo no, ¿cómo habrían podido sus pies olvidar los míos?

—Así que nos une un pasado —le dije.

—Demasiado doloroso, inventémonos otro —decidió con alegría.

No podía decirme nada mejor. Comencé a inventar y ella seguía el juego, resoplando con muchísima frecuencia por la nariz con la elegancia de una reina. Resfriada y real, me mandó un beso con los dedos cuando le dije que los bacilos no

habrían podido elegir una nariz más hermosa. Luego, de repente, pasando al tú con naturalidad:

—¿Recuerdas nuestro primer encuentro en tren hace cuatro años?

—Y el beso —recité a mi vez—, aquel beso en el penúltimo túnel, ¿te acuerdas de él?

—¿Cómo, no fue en el último? ¿Cedí tan pronto?

Y así sucesivamente, hasta que nos cansamos.

—Juguemos más bien a inventarnos el futuro —sugerí.

Pero en aquel instante llegó Michel, el francés del cine, me golpeó el hombro con la mano, ahora le tocaba a él, se escaparon como dos ciervos.

—Nombre, apellido y flor predilecta —repetí un minuto después a una desconocida de cabellos leonados.

Resultó ser la fotógrafa de Michel y éste, que parecía seguirme la pista, después de un solo baile me la arrebató. «El hechizo de Tònychila funciona», pensé, abandonando la pista. No sin decirle a Isolina, al pasar junto a ella, que me parecía una laguna alpina. Se sonrojó violentamente, pareció refugiarse en el pecho de Licausi, que la abrazaba.

—¿Qué quiere decir? —protestó—. ¿Que soy de hielo?

Se había ofendido, inútilmente añadí que en aquella laguna yo habría querido arrojar una piedra...

Divertido pero cansado. Advertía (era una de las primeras veces, más adelante llegaría a acostumbrarme) un extravagante sabor a inexistencia: en mí, en los demás, en la cómica palpitación de vidamuerte de aquel instante y de aquel lugar. Como antes en la Cava, todas las flores y todos los frutos crecían sobre la nada. Teníamos millones —millones de millones— de células en marcha hacia la ruina final, la cenicienta perfección de la nada. Con la sospecha de que los juegos verdaderos se desarrollaban al otro lado del telón, que alguien nos miraba sin dejarse ver y aplaudían de mentirijillas sin hacer ruido con las manos. O bien lo que me asombraba era únicamente la insensatez de que tantas maquinitas humanas, dedicadas a pensar, estuvieran en el mundo sin ninguna razón, supremamente facultativas. Cuando la razón exigía que en su lugar existiera únicamente el inmenso *vaccum* del no ser...

¿Qué más se necesitaba para deducir de todo ello que yo mismo, mi propio increíble yo, fuera, fuese únicamente un disfrazado no ser? «Yo inexisto», me dije. «Mi asociación con los demás es únicamente una sociedad de apariencias, una liga de mutuo socorro, en la que cada cual es avalista de los demás, todos nos garantizamos vida, dolosamente, recíprocamente. *Videor, ergo non sum...* O, mejor dicho: *Sum, ergo non sum...*».

Para interpretar estos sofismas habría hecho falta, familiar de los presocráticos, el profesor Iaccarino. Pero el taimado, del brazo de su tulipán, se había dedicado a vender billetes para la elección de la más guapa. Y pretendió con petulancia que yo

comprara.

Comenzaron los fuegos artificiales de medianoche. El artificiero había emplazado los morteros en la parte inferior del jardín, donde los senderos se precipitaban en la oscuridad. Dejamos de bailar, se apagaron las velas en las mesas, y en las tapias del jardín, los farolillos a la veneciana, sólo quedó una luz colgando entre las frondas de una araucaria, luego también la apagaron. La oscuridad cayó entonces sobre nosotros con el peso de una colcha de campesino. Desaparecido en la tierra el anillo de fuego, alguien, desde la barquilla del aerostato, se sorprendió...

La orquesta tocaba valsecitos veloces, en sordina; las parejas en la oscuridad, apretadas y juntas, no se besaban pero pensaban en besarse... Hasta que surgió el primer rayo en el cielo y siguiéndolo, persiguiéndolo, surgieron otros cien, disolviéndose finalmente en fuentes y surtidores de oro, cuyo juego de romperse y recomponerse acompañaba nota a nota la música y parecía, en lugar de ser dirigida por ella, dirigirla.

Isolina y Licausi, inseparables, habían acabado por casualidad a mi lado. Cada vez que un cohete estallaba en las alturas, y su corola descendía luego lentamente en sombrillas de luz rosada, se me ocurría observar el efecto en su garganta: un resplandor de crepúsculo en un mármol de Massa o de Carrara.

—Tú, ocho en italiano —la desafié en voz baja—, ¿sabes quién ha imaginado una casa colgante, amarrada con una soga a dos estrellas?<sup>[74]</sup>

No lo sabía, y yo, en un impulso de audacia, busqué con mis dedos los suyos, deteniéndome un milímetro antes, cuando advertí en torno de las suyas la vasta, exclusiva e hirsuta mano de Saro Licausi.

Me entristecí. «Cecilia», pensé. «Venera», pensé. ¿Dónde estaban, ahora? ¿Qué ecos escuchaba la primera, qué cuernos de caza de Adda o de Olona, en los vados de su infancia lejana? Si es que no dormía, más obviamente, en la alcoba de un comendador...

Y la otra, mi Mariavenera, la Carmencita pianista, ¿qué pillo amor la mecía en el sueño? ¿Estaba durmiendo, estaba soñando? Nunca supe la respuesta a mi duda respecto a Cecilia. En el caso de Maria Venera fue diferente: tan pronto como el último estallido y la música cesaron a un tiempo, coincidiendo la última esquirla de fuego con la extinción de la última nota; y las farolas volvieron a resplandecer a nuestro alrededor, tranquilizando allí arriba a cualquier vigilante ojo de un aeronauta vagabundo; he aquí que en el centro de la pista, del brazo de don Alvise, vistiendo el traje blanco materno de los viejos encajes de Villarmosa y los cabellos sueltos sobre los hombros, «a la ahogada», resplandeció Maria Venera.

## XIV

### *El gran baile, de la una a las tres.*

Era la una de la noche y el corazón de la fiesta latió con fuerza radiante. Maria Venera había entrado en la oscuridad, durante el intermedio de los fuegos artificiales, y ahora, vuelta la luz, parecía haber recogido de golpe en sus manos los cien corazones de los jóvenes presentes, como cuando don Nitto después de un nueve de la banca se apropiaba con ambas manos de todo el montón de las apuestas. Hasta Iaccarino, en medio de sus humos, pareció seducido.

—*Mane nobiscum, Domine, quoniam ad vesperascit* —declamó desde su mesa, provocando que el tulipán que era la maestra Incallina arrugara el ceño, indignada por la impiedad, y acabara por largarse dejándole solo.

Pero yo, agrupado con los restantes miembros de la joven guardia, busqué largo rato los ojos de la doncella, acabando por obtener apenas el óbolo de una sonrisa distraída. Alvise, por el contrario, que había conseguido una silla cerca de la pista, me atrapó al vuelo una pierna con el bastón y me impuso su compañía. El viejo parecía transfigurado. De vuelta a los briosos humores de un tiempo: debiérase al evidente éxito de la nieta, que podía hacerle creer olvidado el episodio del rapto y reintegrado el honor de ella con todos los honores; debiérase al contagio de la fiesta, aquel familiar hedor de colorete, licores y polvo del suelo bajo los talones de los bailarines. Así que tuve que quedarme de pie a su lado, ahorrándome por lo menos participar en la «tarantela del tren»: una especie de procesión bailada, cada cual con los brazos en los hombros del otro, sinuosamente, entre mesas y árboles. Un juego, y sin embargo Maria Venera, que encabezaba la hilera, guiaba sus evoluciones con un aire de seriedad prepotente, consiguiendo alterar hasta en sus observatorios más resguardados a padres y vicemadres. Hasta que, junto con la turba, llegó a invadir el podio, ordenó a la trompeta un solo de alerta, se apoderó del micrófono y gritó a voces:

—¡Sasà Trubia!

Me estremecí, no era cosa de risa, habíamos llegado a la noche del juicio, y confieso que llegué a temer que después de aquel nombre sonara el mío. Miré a mi alrededor: en un abrir y cerrar de ojos me informé de que Trubia ya no estaba en su sitio. Un poco antes, cuando Maria Venera acababa de mostrarse, le había entrevisto entre el público de los admiradores, del brazo de la Virgadauro, contemplando a la recién llegada con un aire de triste reprobación en la cara, y la hendidura de una sonrisa que le forzaba los labios. Al buscarlo ahora de nuevo, seguía con la joyera, pero aislado, los bailarines se habían alejado de él temerosamente, como de un leproso o de un golfo. Le emparejé con Maria Venera, qué hermosa pareja harían.

Sólo que lo que les unía esta vez era un desafío, tragicómico, en el que se ponían en juego sentimientos de orgullo, revancha, deseo, rencor, todos los ingredientes de una trama clásica, pero mezclado aquí con una turgencia de consagración, incapaz de encajar en las veraces sublimidades del amor.

—¡Sasà, primo Sasà!

¡Ay! ¿Por qué, Maria Venera? ¿Qué quieres de él, no te acuerdas de mí? ¿No le ves con sus cheques dudosos, dispuesto a vender el alma a aquélla, a sus joyas? ¿O es que yo no soy mejor, con los zapatos sin medias suelas, y pagando el traje nuevo enseñando el abecedario a los hijos del sastre? ¡Yo, con mis estúpidos nervios, perros pastores que ladran a todas las lunas, pero con un corazón tan amplio, tan poeta, un corazón de dos plazas!

Maria Venera no debió de oír mi llamamiento, surgía de sus velos altiva, como de un peplo, parecía frente al micrófono una virtuosa en espera del *la*. Callaba, mientras tanto, riendo y mirando a Trubia.

Éste avanzó, siempre del brazo de la Begum, y llegó al pie de la tarima.

—Prima Venera, a tu disposición —dijo.

Ella, por el micrófono:

—Primo Sasà —y seguía riendo—, primo Sasà, ¿no se lo dices ni siquiera a los parientes? ¿Mantienes las buenas noticias bajo tierra?

Y luego:

—Hijos e hijas, mamás y papás —proclamó al pueblo en dialecto—, preparaos para un reparto de caramelos, Sasà Trubia no tardará en casarse.

Todos comenzaron a aplaudir, mientras Trubia palidecía y la Virgadauro se sonrojaba. Michel, que no había entendido gran cosa, se me acercó, mi cara le resultaba ahora familiar, a preguntarme:

—*Qu'est-ce que c'est ça?*

No le contesté; estaba, como los demás, a la espera, imparcialmente dividido entre excitación, contento y ansiedad. Sintiéndome llamado ya no a un simple papel de testimonio, sino a un deber de connivente corista; no pudiendo todavía intuir de qué epílogo o prólogo.

Después de un instante de atontamiento, mientras todos le estaban mirando, Trubia se movió hacia la tarima, solo. Nadie supo nunca si para desmentir o confirmar el anuncio o qué. Ya a mitad del camino, en la escalerilla de acceso, se tropezó con Venera que bajaba, y ella, al pasar por su lado, le estampó en la cara cinco bellísimos dedos con un chasquido que inútilmente el batería, interviniendo *in extremis*, intentó confundir con sus estrépitos de platillos y tambores. Sasà alzó la mano para contestar, la bajó sobre la cara de Venera, pareció por un momento endulzar la intención de venganza en una caricia. Pero una llamarada de sangre debió de surgir en él, pues la caricia volvió a convertirse en bofetón, desencadenando a su vez la réplica de un esputo, solemne como un veredicto. Todo ello en el espacio de un segundo: hasta el punto de que las piernas de ambos no llegaron a tiempo de

contradecir las órdenes precedentes, sino que siguieron cumpliéndolas con fidelidad, moviéndose las de ella hacia abajo y dirigiéndose las de él al peldaño más elevado, aunque a continuación, como es debido, descendieran precipitadamente.

El cielo quiso decir la suya, cayeron gotas de una nubecilla vagabunda, se oyó un trueno solitario.

—Dios está al teléfono —exclamó a mis espaldas Iaccarino—. Se ha cortado la línea —añadió cuando quedó claro que el estruendo quedaría sin cumplimentar. Se hallaba en el tercer estadio de la ebriedad, el metafísico-húmedo, y se me agarraba al brazo, quería apoyo—. Dios —me dijo, mientras Trubia pasaba delante de nosotros limpiándose la cara con un pañuelo— toca demasiado el bombo, se hace demasiada publicidad. ¡Si supiera lo bien que le sentaría algún trueno y relámpago de menos! Pero la discreción nunca ha sido su punto fuerte...

De acuerdo, otra cosa tenía que hacer yo antes que darle cuerda entre la confusión general. Yo quería encontrar a Venera, ser el primero en hablarle. No fue posible, todos se habían puesto a bailar, ella con los demás, como si no hubiera ocurrido nada, y bastara con redoblar el vigor de la velada para destruir cualquier embarazo. Del episodio quedaba apenas en el aire una sombra de eco soñada: de aquel estallido de bofetadas (¿o cortina golpeada por el viento?), sumergido ahora en el estruendo de la música sucesiva. En efecto, la orquesta ponía toda la carne en el asador: como cuando en las películas, después del tiroteo, un pianista negro golpea al azar las teclas del piano. En torno a las mesas de los ancianos el rumor duró más rato. Habían reventado un forúnculo y la piel necesitaba algún tiempo para juntarse. Pero entre los jóvenes ni un resto, sólo sonrisas de entendimiento, comprensivas, de gente que se siente instantáneamente de acuerdo sin decírselo. Comprendí así que de Venera y Sasà hacía tiempo que todos en Módica lo sabían todo, sólo don Alvise y yo estábamos al margen.

Don Alvise, eso, ¿qué había ocurrido con don Alvise? Corrí a buscarle en el rincón donde le había dejado, para consolarle. No era preciso. No se había dado cuenta de nada, la multitud de pie le había sustraído el espectáculo, y sus sordos noventa años robado o distorsionado las palabras de Venera, aunque habían sido pronunciadas junto al micrófono. Por otra parte, él estaba enfrascado manteniendo como rehén al diputado Scillieri, le hablaba con desprecio del monóculo de Guglielmo Gianini<sup>[75]</sup>, el monóculo de un *parvenu* que quiere convertirse en señor. Se entiende que Scillieri no estaba demasiado contento, pero no consiguió desprenderse, le dejé en el lío, corrí inmediatamente en busca de Maria Venera.

No era fácil, los caballeros, después del incidente, todavía estaban más empeñados en tenerla, y mi turno saltaba siempre. Ella reía con carcajadas vistosas, giraba blanca y orgullosa entre las parejas menores, sin rehuir, más bien buscando, en sus giros alrededor de la pista, la mesa desde la cual torva e ininterrumpidamente Sasà hablaba con su presunta prometida. Sólo le vi turbarse cuando Galfo apareció en

escena. Yo no imaginaba que vendría, debía de haberlo dudado mucho rato si llegaba tan tarde. Iba vestido de lino y camisa blanca, un figurín. E inmediatamente se zambulló en el baile, creando el vacío a su alrededor. Se ve que había traído los zapatitos profesionales, con la *plaque* sonora, de claqué. Pronto todos le rodearon, nadie siguió bailando, la orquesta tocaba exclusivamente para él las piezas de antes de la guerra, *Top Hat*, *Follow the Fleet*. Así que yo aproveché que había quedado desocupada para tocar con un dedo la espalda de Maria Venera.

Me sentía muy confuso entre tantos esplendores y sonidos y gestos grotescos y patéticos de la vida, mi cabeza parecía un tiovivo. Además, en la última hora habían sucedido tantas cosas: una revelación, sin duda, aunque no estuviera seguro de qué. En el fondo no me había enterado de nada nuevo. Maria Venera amaba a Trubia hasta el escándalo. ¿Y por qué no? Habían hecho juntos incluso un niño; o lo que habría sido un niño. Se había escapado con Galfo, de acuerdo, pero por un feroz puntillo, una necesidad de escarnio en la que desahogar la negrura del corazón. ¿Y yo? Yo había llegado a tiempo de cerrar el cuadrilátero, en tanto que tropa auxiliar, sometida caballería. Un cartero para utilizar y olvidar, un preceptor que contentar y pagar con algún beso; un forastero, sobre todo, al que se debían escasas consideraciones. Ya que, aunque ahora yo me hubiera arraigado en la ciudad con las dos raíces de los pies, no dejaba de sentir aletear a mi alrededor un aura de sutil e incorpórea extrañidad, que impregnaba mi ropa, mi léxico, mi acento y mi comportamiento, e impedía compararme con quienquiera que fuese coterráneo y familiar de Venera. Había venido de fuera, y ni el amor había conseguido blanquear esa mancha inocente. Por otra parte, Venera no me amaba.

Se volvió.

—Bien, profesor. ¿Has visto, has oído?

Me cogió del brazo, me llevó a donde el jardín se precipitaba sobre el valle negro, volvió la espalda a la luz. Al cabo de un rato descubrí que estaba llorando, con el busto por encima de la balaustrada, como cuando uno vomita por el pretil de un puente.

—Qué muchacha tan difícil eres —dije detrás de ella.

Ella, sin volverse:

—Qué dices, soy fácil, te has formado una idea equivocada de mí.

Fingí confundirme.

—¿Fácil? Bueno es saberlo.

Se irritó, y yo:

—Cásate conmigo —volví a pedirle, poniéndole una mano en el hombro, allí donde el tirante se hundía débilmente en la pulpa rosada del cuerpo.

Denegó dos veces con la cabeza, luego me pidió un cigarrillo. Pero ya la reclamaban, comenzaba el baile de la eliminación y ella no podía faltar. Era un juego, un pretexto para burlarse de alguien. Se elegían siete caballeros y seis damas, entregando al caballero sobrante el cetro ridículo de una vela, que él debería

transmitir a otro, robándole la dama. Hasta que, cortada de golpe la música, uno de los siete se quedaría, el único, sin dama, sosteniendo la vela apagada en el puño. ¿Es necesario decir que me correspondió a mí pagar el pato? Aunque me parece que casi fui yo mismo quien se empeñó en buscar el final más desventajoso, quien casi titubeó adrede en liberarse de su relevo...

¿Un símbolo? ¿La traducción en calderilla de mi derrota? Ahora termina agosto, dentro de poco llega septiembre, octubre... Tal vez tendré que cambiar de escuela, de ciudad, envejezco un año y me encuentro con las manos desiertas.

Me ayudó la compasión, finalmente afectuosa, de Maria Venera, que quiso bailar conmigo un *slow*, uno de los bailes en los que organizaría menos desastres. Galfo conducía a una tipa tan hábil como él, eran un espectáculo. Cuando se nos acercó, supuse por un momento que quería volver a enviarme los padrinos. Por el contrario, saludó a Venera, y ella contestó. Acabamos juntos en el bufé, firmando el tratado de paz bajo forma de tres copitas, que se convirtieron en cinco cuando se nos unió Iaccarino, humeante todavía con sus filosóficos humos.

—Si Él existiera, se sabría por ahí —repetía, más que a nosotros, a sí mismo, como para intentar convencerse, después se mezcló con la multitud.

Creo que era la primera vez que Venera y Galfo volvían a verse. Y también era una revolución, para las costumbres de nuestra provincia, que volvieran a hablarse públicamente. Sin embargo, no entiendo cómo, todos parecían considerarlo algo justo. Se ve que la guerra había comenzado a cambiarnos a nosotros, los de la isla, si una fuga, aunque reducida a incruenta excursión nocturna, podía rubricarse ahora como un desliz olvidable... Si bien, en el caso de Venera, las circunstancias eran excepcionales: ella se había izado por sí sola sobre un espacioso y legítimo pedestal, para ella no valían los prejuicios comunes, ella era el símbolo soberbio de la ciudad, una Angélica de poema, que en cada ocasión parecía descender sobre la tierra, llevando en la mano las riendas de un Hipógrifo. Así que sus correrías amorosas (supe, después, que habían sido varias, más de lo que sospechara o temiera) eran vistas por todos como una especie de argumento plausible, un obligado y ya escrito guión, al cual ella no habría podido sustraerse. Estando contenidas en el destino de su belleza todas las cláusulas de absolución civil y penal, a nosotros no nos incumbía otra cosa que aplicarlas.

Fue cuanto intentó explicarme con ingenuas palabras Liborio Galfo, apenas Venera voló con un tercero y nos quedamos solos. Y fue entonces, después de haberle escuchado durante diez minutos, cuando entendí de qué buena pasta estaba hecho aquel hombre: deseoso de servir como un bastón de ciego; y, más que enamorado de Venera, su vasallo y fanático, desde el fatídico momento que habían recibido juntos en lo alto de un podio una copa de oro falso después de un concurso de baile... Así que ahora la seguía entre la multitud con ojos de incondicional, reconciliado conmigo por la militancia y la sujeción común.

—Qué bien baila —me murmuró devotamente al oído viéndola ejecutar una

pirueta y sonreír inmediatamente, luminosa, al caballero.

No había por qué compadecerle. ¿Acaso valía menos su ceguera que la mía? Ni yo imaginaba entonces que treinta años después volvería a verle, convertido en gordinflón y acomodado abuelo, bajo el busto de Carlo Papa, con la mano en la mano de dos molestos mocosos. Incapaz de reconocirme: tanto que, al cabo de escasas ceremonias, le dije adiós con alivio (y pensar que yo, en los reencuentros, en las fresas silvestres, mojo el corazón...). Mucho más flaco, aquella noche de mediados de agosto, en el traje de lino, mientras derramaba generosamente las bocanadas de su pasión. Y de ello se dio cuenta Iaccarino, que llevaba un rato rondándole en torno para hacerse invitar a otra copita en el bufé. Les sorprendí más tarde en la salida, se abrazaban llorando y, sosteniéndose mutuamente, abandonaban la fiesta antes de tiempo.

## XV

### *Conclusión del baile y cuadrilla fúnebre.*

Cómo me habría gustado hablar un rato con Isolina. De vez en cuando vislumbraba una pizca de ella en la barahúnda de cuerpos y caras, un pedazo de vestido, una sonrisa confidente, un destello de carita interrogante, que inmediatamente me ocultaba la nuca de Licausi. Ocho en italiano, no son bromas. Y sabía que leía mucho. En la biblioteca del instituto había sorprendido muchas veces su firma sobre la mía, en el registro de préstamos, y ojeado sus elecciones, indecisas entre la poesía excelsa y la prosita recreativa. Ahora aparecía claro que tendía hacia esta última: la prueba, Saro Licausi. Individuo agradable, desde que se había decidido humanamente a arder, pero no lo bastante para encender en nadie aquella mezcla de temor, abandono y estupor que suele ser indicio de amor. Así que me impresionaba la aquiescencia de la jovencita a sus premuras, y era algo que me provocaba una especie de inquietud, una picada de avispa en el corazón, que me indicó que estaba celoso. Un celoso sin derechos, claro, y ni siquiera enamorado. Mejor dicho, un envidioso. Ya que aquella noche yo empuñaba mi juventud como una espada, la sentía mía, en la circulación de mi sangre, en el volumen de mis miembros, en el destello intermitente de mis pensamientos, pero no sabía qué hacer con ella, a quién ofrecerla, era una mercancía inservible, un hurto que quema en las manos. Sabía que aquella noche era la ocasión soberana del año, del verano, de mi vida, para poder recordar mañana, de viejo, que había sido joven y había estado vivo. Sabía que mañana, en cualquier caso, lo habría dicho y creído, pero que mentiría, no era cierto, no estaba vivo, y él en cambio, Licausi, lo estaba...

Estaba en medio de la pista, llevando todavía en la mano mi estandarte de cenizas, aquel pedazo de vela apagada: solo, mientras todos estaban aparejados. Me armé de valor. Licausi enmudeció cuando pedí un baile a Isolina. Enmudeció pero respiró aliviado cuando me vio hacer unos de mis habituales guiños de jugador, con lo que quería explicarle, pero era sincero sólo a medias, que la mía era una invitación leal, que no le estaba jugando una mala pasada, sino sólo documentándome acerca de la índole de la muchacha en vistas al inevitable próximo consultorio de amigos, en la mesa de Mariccia.

Así que comencé a bailar con Isolina *Quizás, quizás, quizás*<sup>[76]</sup>.

Estaba tensa, no entendí por qué. La pinché:

—¡Buenas notas, sí, pero desconfío, con un tribunal tan galante!

Ella miraba de abajo arriba, bajita como era, y el gesto le dibujaba la flexión suave del cuello hasta cerca del alto relieve de la barbilla. Luego agachaba de repente la frente, me escuchaba sin mirar, y el movimiento, arriba y abajo, de la cabeza le

hacía ondularse armoniosamente, como una barquita lacustre meciéndose junto a la orilla.

Yo creía tener prisionera entre los brazos una mariposilla de tela, más un traje que una doncella, aunque me bastaba con apretarle con fuerza la mano en la cadera para sentir debajo de la pantalla de la ropa una tibieza de flexible, cercanísima, inalcanzable carne.

Bailamos un poco en silencio. Yo observaba el color de sus mejillas, la negrura de los cabellos, las grandes e ingenuas pupilas azules. Y procuraba reforzar en mi interior todas las esclusas, antes de que cedieran a las superabundantes riadas del corazón... Ella estaba vigilante, defensiva, desconfiada, subiéndose de vez en cuando el tirante derecho, que tendía a resbalar. Finalmente:

—Así que yo sería un lago... —preguntó sin mirar. Y luego, con sus estudios frescos—: ¿Como el Iseo o como el lago de Garda? —Añadiendo inmediatamente—: Y Venera, ¿qué lago es?

—¿Ésa? Ésa es un mar —me escabullí con falsa desenvoltura, sin dejar, no obstante, de ordeñar la benévola metáfora por si podía sacarle algún jugo.

No tuve éxito; al final, por desesperación:

—En tus aguas, sin embargo, no faltan pescadores —exclamé, señalando a Licausi, que desde el borde de la pista nos seguía con ojos salvajes. Isolina sonrió avaramente, puso mala cara. Le pregunté dónde y qué estudiaría. Letras en Catana. Me lo imaginaba. Qué lástima no haberla tenido en mi curso. Asintió, también a ella le habría gustado, decían que era bueno explicando los poetas. ¿Leopardi? Su preferido, hasta físicamente le encontraba guapo, en el retrato de la antología de Pedrina. Más guapo que Foscolo, aquel bandido, aquel casanova.

Tenía una voz culpable, con sordas inflexiones carnales que contradecían el pudor de los ojos, el sigilo inocente de los miembros en el cofrecito del traje estilo globo. Estaba claro que si no hubiera sentido escrúpulos de hacerle una cochinada a Licausi...

—Tengo que confesar una cosa —dijo de repente. Luego, asustada, rectificó—: ¡No, no!

Y como yo insistía:

—Nada, nada, un chisme —concluyó, y llevó la conversación a la canción que estaba cantando un falso español. Presté atención, la música insistía con gentileza, dominaba el piafar de los pies sobre el suelo de baldosines. Yo tenía los labios en sus cabellos, una ternura me instigaba hacia ella, el arbolito de su cuerpo oscilaba entre mis manos.

Siempre que te pregunto  
qué, cuándo, cómo y dónde,  
tú siempre me respondes  
quizás, quizás, quizás...<sup>[77]</sup>

Quizás amo un poco a esta Isolina. Quién sabe si me ama un poco. Quién sabe qué quiere decir amor. Ya nos tiene aquí a los dos, preguntándonoslo sin respuesta, viejojoven con jovencita, ambos corriendo hacia una misma EQUIS, pero desemparejados como dos paralelas. Quién sabe si dos paralelas pueden amarse. Enamorado de carrera, yo, pero especialista en amores equivocados, cada palabra, gesto o sentimiento se me convierte en parodia de palabra, de gesto, de sentimiento; ella, dentro de sus insondables dieciocho años, los labios de sus ojos me dicen inútilmente que sí... ¡Ojala tuviera la vocación, es un don, del envenenador de fuentes! ¡Cómo me gustaría convencerla de este vicio de desearse, con qué comodidad la despojaría de su traje, qué sílabas inventaría para apasionarle la mente!

Oh, muelles arsenales de la belleza, fáciles escudos de *chiffon* que atrevido lacera un dedo, babuchas color granate, batas color castaño; manos, mejillas, clementes brazos; cascos de cabelleras negras sobre frentes de tibio mármol... ¿Cómo puedes, profesor, no dejarte enternecer? ¿Sabes, acaso, de un remedio mejor para distraerte de la piedra que nos tritura? Una rueda de molino es la vida: unas veces tardía, otras precipitada... Y tritura a su capricho destino y azar, y alteraciones y paces de la sangre y de la naturaleza, batiburrillos de muerte y exuberancia; árboles, aguas, meteoros... y hombres. Culpables todos, todos desde el primero al último, en espera de ejecución. Hasta que no puede nadie, ni pequeños indios ni grandes. Y ni siquiera tú, profesor, que tanto pifas. Como si no supieras que los suicidas sólo son unos impacientes...

Estás perdiendo el tiempo  
pensando, pensando,  
por lo que más tú quieras  
hasta cuándo, hasta cuándo... [78]

¿Hasta cuándo, Isolina? ¿Quousque tandem, Cecilia, Venera? Mujeres, mujeres, eternos dioses, ¿hasta cuándo?

Me enteré tarde, Venera, de tu santo, el 25 de julio, en Acireale, por la santa que lleva tu nombre. De haberlo sabido a tiempo, habría ido a pedirle una gracia. Dicen que pasean un enorme palanquín de plata, cincelada y esculpida, con tu simulacro encima, que acoge a los fieles... Oh, Santa Venera, ¡concédeme la gracia!

Maria Venera, uf, no sabía de mis pensamientos más de lo que los adivinara Isolina. Hablaba con Michel, ininterrumpidamente, tuve únicamente el consuelo de descubrir que el borde del vestido, donde limitaba con la blancura de la piel bajo la axila, se le había perlado de humedad, Santa Venera sudaba, tal vez no olía únicamente a almizcle y pachulí...

Ella, a cuatro metros de mí, vio que estaba con Isolina, aprobó con la barbilla, como si quisiera concederme la limosna y el desprecio de un permiso provisional.

Esto me llevó a convencerme más aún de que yo no le importaba en absoluto, e intenté esquivar aquel inútil diálogo de ojos. Me movía entre las parejas, torpemente, como de costumbre, pero sin tropiezos de relieve, un ángel invisible guiaba mis pasos. Y callaba, perdido en ulteriores lamentaciones sobre la existencia, sobre mí, sobre cómo y desde dónde me había introducido entre los hombres, un alógeno en la tierra, un alóglota. Nada que ver con el pirata al asalto del galeón del rey que sería la vida. Un pobre Uscocco<sup>[79]</sup>, por el contrario, un bucanero sin contrato, reducido a cabotajes de fortuna a lo largo de islas sin tesoros. Isolina, ella sí que es una isla, *nomina numina*, un islote del tesoro. Pero me correspondería, de querer poner el pie en ella, no sólo usurpar la bandera que la corona, sino despojarme al mismo tiempo de mi doctrina del dolor, rehacerme instantáneo y desnudo, un muchacho. Y tal vez lo conseguiría, si me atreviera, si la fantasía me asistiera... Sólo que ahora agosto estaba en su apogeo, un trueno ha retumbado un poco antes allá arriba, lo han oído todos. Es el gong, cómo dudarle, que anuncia el final de las vacaciones. Y no sólo de ellas, no sólo de ellas...

Devolví Isolina a Licausi. Los dedos que me tendió por despedida eran áridos, entre sus labios no se habría deslizado ni un alfiler. No supe interpretar la mirada que me arrojó, mientras volvía a revolotear con él. Expresaba al mismo tiempo una desolación y un alivio, contenía una altiva demanda de ayuda, una suave protesta, un insulto...

Me quedé solo de nuevo, contra un arbusto. Pensaba y fumaba, veía bailar a los demás. Hasta que don Alvise me golpeó con el puño en los riñones. Tenía una necesidad y no sabía dónde estaba el retrete.

—*Comment pissez-vous?* —dijo en francés al regresar—. *Moi, je pisse très mal.*

A las cuatro en punto comenzó la cuadrilla. Era, por parte de los jóvenes, una tierna e irónica concesión a los viejos, un recurso para amansar la marea de los años. No sabían ellos que también las sambas y los mambos de su tiempo se convertirían al cabo de poco en bailes de viejos. Así que, concienzudas y sonrientes, las parejas se pusieron al paso. La cuadrilla es una variedad del baile de figuras, una especie de contradanza, que necesita un director: las órdenes se dan en francés, la tropa obedece, la orquesta sopla con pasión en los instrumentos.

No tardó en quedar claro que el perito mercantil Ficicchia no estaba a la altura, su francés era hipotético («*oblàs*», «*turdumè*»)<sup>[80]</sup>, sus bromas de traducción al dialecto no entusiasmaron.

—*Senza fari parapigghia / l'unu lassa e l'autru pigghia*<sup>[81]</sup>.

O bien:

—*Se'a vostra fimmina è siddiata / facitici fari'na caminata*...<sup>[82]</sup>

No, nadie sonrió, ni los hijos ni los padres, y el pandemónium que se pretendía conjurar se produjo. Tan grande, que a mí, por sugestión profesional, me hizo pensar en Niccolò Machiavelli en el campo de maniobras de Giovanni dei Medici. Licausi se

me acercó, después de haber devuelto finalmente la muchacha a la mesa de la familia, y ansiosamente me interrogaba. ¿Qué me parecía, la creía esposable?

—Mañana —le eludí—. En casa de Mariccia.

Y escapé, en la confusión, con la excusa de que debía cuidar de don Alvisé. Pero quién aguantaba al viejo... Desde los primeros compases de los predilectos *Lancers*, se había puesto de pie, sacudiéndose de encima el sopor que en la última hora le había devuelto infante a la cuna de su silla. Estaba de pie y bebía el aire con narices codiciosas y belicosas. No conseguí retenerle cuando en los labios del contable una orden más estúpida que las demás embrolló inextricablemente en la pista a los bailarines. Alvisé irrumpió entonces sobre el culpable, le alejó, proclamándose a sí mismo, y más teniendo el bastón, «bastonero» de la velada, y con sólo dos movimientos redujo bajo los santos signos a los vagabundos. Había subido a una modesta peana, desde la cual, como encima de un trono, retronaba:

—*Tournoyez... Balancez... Changez les dames...*

Caballeros y damas regresaron entonces velozmente al juego, peones veloces y felices, enamorados de las geometrías que iban creando, como si pudieran verlas desde fuera y saborear su gracia fugitiva. Cada movimiento parecía y se renovaba, se engarzaba en el sucesivo o nacía del anterior, era libre y esclavo, semejante en sus relanzamientos al innumerable relanzar del mar.

—*Chacun à sa place...*

Don Alvisé venció con su voz al rumor de la música y del ejército de zapatos sobre el suelo.

—*Dansez.* —Las parejas bailaron.

—*Tournoyez.* —Las parejas se desenlazaron, giraron sobre sí mismas y en torno a la pista.

—*Balancez.* —Se columpiaron, ondearon.

—*Grande scène.* —Se abrazaron, se soltaron, deslizando cada uno de ellos sus manos a lo largo del cuerpo del otro.

—*En avant, en arrière.* —Divididos en dos hileras machos y hembras simulaban el eterno vaivén amoroso.

—*Changez les dames...*

Ante tal orden, cada caballero abandonó a su dama y con tierno movimiento abrazó a la siguiente. Pero don Alvisé aprovechó ese instante para secuestrar de pasada la primera que tuvo a su alcance y la sustrajo al legítimo galán, se zambulló en la liza él mismo. Sólo aguantó unos momentos, dio inmediatamente la orden de la *Promenade* que le concedería respiro y se paró jadeante en el centro de la pista. María Venera, que pasaba a su lado, le animó con una sonrisa. Llevaba en la cabeza la diadema de flores de la reciente elección. Aunque princesa hubiera sido nombrada por burla otra, una fea, a Venera le había sido otorgado el premio floral, que era el más codiciado, y llevaba con modestia sobre las oscuras crines una abundancia olorosa.

Pero don Alvise no se aplacaba. Alzó una vez más los brazos al cielo y parecieron dos alas de espantapájaros; luego hizo una seña a la orquesta, que insinuaba que quería terminar, y el baile volvió a emprezar. Se enlazaron pasos tras pasos, figuras sobre figuras, hasta tramar un laberinto móvil sobre el terreno, con la satisfacción de todos, mientras tanto, una sonrisa de caras acaloradas y buenas, sí, una bondad, un perdón de todos a todos, una amistad, una fiel piedad...

—*Balancez, balancez, balancez...*

La voz de don Alvise pareció quedar en suspensión, como una nota en un disco rayado. El rostro cerúleo se le había puesto de color tierra, y luego lo invadió un oscuro púrpura. Los bailarines no se dieron cuenta, ni cuando la orquesta paró de golpe, sino que siguieron dando pasos mecánicamente, mientras veían al viejo remar con los brazos, buscando el aire vacío delante de sí, como si quisiera agarrarse a una dama inexistente, y desplomarse con el estruendo de un árbol enorme.

## XVI

### *Adioses a don Alvisè. Visita a via Carreri. Visita involuntaria a don Nitto.*

El traslado de don Alvisè se produjo con cierta dificultad, hubo que recurrir al vehículo más capaz para alojar el cuerpo desquiciado y atravesado. Le acompañamos tres: yo, que soy casi pariente de la muerte, además de los dos nietos enemigos, en los cuales la emergencia del accidente parecía haber apagado cualquier contencioso y reavivado el patriotismo doméstico. Sasà, al volante, mostraba a flor de labios una emoción refrenada; Venera, viceversa, sollozaba sin descanso, estrechaba en sus manos las manos del viejo, interrogaba sus ojos cerrados, el hilillo irrelevante de la respiración entre los labios semiabiertos. El viejo parecía desahuciado, y por ello corríamos lo más posible hacia el próximo dispensario nocturno. Pensé, al mirar a la muchacha, en cuánto tenía que impresionarla la inminente soledad en el palacio vacío, pero aún sospechaba más que en su llanto se desahogaba la rabia prolongadamente incubada durante las últimas semanas y la pasión de la reciente noche. Una noche que ahora se marchitaba a ojos vistas, la manchaban topos rosados, se movían, como si los empujara un viento, de oriente hacia el cielo color perla de la costa.

Adelantamos un jeep, que era, insomne, el de los parisinos a la caza de lugares idóneos para la película. A través de la ventanilla, un instante antes de que el polvo se los comiese, los ojos azul celeste de Michel se abrieron maravillados de par en par, viendo el grupo Virgen-Cristo que componía Venera con don Alvisè...

Cuando llegamos a la puerta del hospital, ya no se necesitaban más manos humanas, don Alvisè había muerto. Y se decidió llevarlo a casa, al palacio de Módica Alta, hacerle subir por última vez las viejas escaleras, sosteniéndole por la cabeza y por los pies, Sasà y yo, como un mueble rígido y largo. Las vecinas, las dos hijas, que llegaron corriendo, los restantes nietos se apoderaron finalmente de él, y desapareció en sus habitaciones para el amortajamiento y el velatorio de rigor.

Mientras tanto se había hecho de día, la luz de las bombillas eléctricas, dominada por la de la naturaleza, aparecía sucia, impúdica, la apagué. Quedamos en una lividez de crepúsculo, nosotros tres, yo de pie y los dos primos sentados, contemplando cómo la franja de mortecina mañana urdía sobre la pared oscuros pronósticos. Yo pensaba en la muerte, en mi corazón, que se empeñaba en seguir latiendo, testarudo como un mulo, aunque me sintiera en cada una de mis fibras tan abocado a morir. Y pensaba en don Alvisè, en la masa de recuerdos perdidos detrás de la dura lápida de su frente.

Venera y Sasà Trubia seguían en silencio, uno frente a la otra, parecían esperar a que yo me fuera. Me equivocaba: cuando me moví para salir, Venera me llamó, me

quiso a su lado. Luego, de un cajón que yo conocía, sacó el paño de sangre seca, lo depositó en la mano de Trubia.

—Esto te pertenece, primo —dijo.

El funeral fue de calidad, acudió toda Módicta. ¡Alvise, que la tierra te sea leve!

Venera había querido en el ataúd el botín de objetos de mujer que el viejo conservaba bajo la urna de cristal; y le había puesto entre las manos, para agarrar bajo tierra a las sombras con el mango, su bastón de nogal. Puck, que le quería, iba a mi lado junto con la criada Anita, detrás del cortejo de los consanguíneos. Del cual destacaba la nieta, asomando por la ropa enlutada un rostro exangüe y bellissimo; alta, en medio de las dos tías, y del brazo de Sasà, con un aire de feroz y doloroso triunfo, como para hacer pensar que en compañía del primo se dirigía al altar. Nadie entre la multitud osó hacer un comentario. La pelea, bofetadas y escupitajo incluidos, de dos noches antes, sería mañana, sin duda, motivo de cómica leyenda entre las paredes del Círculo de los Civiles, pero por el momento Venera interpretaba la muerte y le correspondían los aplausos.

Fue en aquel minuto, contemplándola, mientras acomodaba mi paso a las dolidas cadencias del cortejo, cuando me di cuenta de que ya había dicho todas mis frases y que me encontraba de nuevo sentado con todos los demás en el antiguo palco de espectador. El amor por Maria Venera había caído como una vela, me sentía desencarcelado, liberado de ella y de quien fuera, en el supuesto de que alguna vez hubiera amado realmente a alguien. Hasta entonces, me iba convenciendo de ello, no había realmente amado, sino únicamente *querido* amar. Y, para colmo, eligiendo sólo imágenes falsificadas: una Venera Sulamita, detrás de cuyo sentimiento fantástico todavía estaba indeciso si se ocultaba un fútil o un orgulloso misterio: una Cecilia Perséfone, a la que sólo el lenguaje melancólico y escaso había permitido mantenerse deiforme en mi pensamiento, y de la que me llegaban ahora todos los días postales de lugares que no eran los Campos Elíseos, sino más modestamente Peschiera, Verona, Custozza, donde debía de haberse juntado con un viajante de comercio lombardo-veneto o con un estudioso del Risorgimento... Y esa Isolina, finalmente, prometida a esposa y predestinada plurípara, a la que ya imaginaba desabotonando y ofreciendo a muchos vociferantes gemelos una infantil teta. Teatro, sólo teatro. No había hecho más que interpretar el amor, imitar el inevitable amor, en el argumento de la inevitable vida. Expuesto en solitario al ludibrio de los reflectores, con mis versos empapados de lágrimas, los sentidos alerta, las delicias y cruces del corazón. Yo, primer actor de paso entre tantos afectuosos comparsas. Comenzando por Iaccarino y Madama, ¡ah, infieles!, con ojeras negras bajo los ojos y señales de mordiscos amorosos en el cuello, para terminar con las diferentes Colombinas, Rosauras, Zanettas, enamorantes, enamoradas, compañeras de una temporada de gira, durante mi primera, fatídica, absolutoria y última *tournée* en la juventud...

Pocos años después de la guerra, imaginaos. ¡Pero parecía a un siglo de distancia,

remota, la sucia guerra, la sucia muerte! Renacíamos convalecientes al sol; más aún, incapaces de morir, invulnerables en ambos talones. Y también tú, Sicilia, isla mía, te pintabas de carmín los labios, volvías de nuevo a coquetear con la vida. Bajo el sol que no se ha apercebido de nada, desconoce las invasiones, los granizos, las mafias, se limita a criar imparcialmente avispas sobre una cesta de higos y moscas sobre un asesinado, bajo un olivo perezoso. En Palermo se vuelve a rezar otra vez en las iglesias, tras los portales de los poderosos: «Padre nuestro que estás en los cielos», «Padrino nuestro que estás en la tierra»... Éstos son, ahora y mañana, los paternóster de la Conca d'Oro... Pero ¿y qué? ¿Qué debía hacer yo, yo, Gíngolph el Abandonado, yo, Guerino, llamado el Mezquino? ¿Yo, inepto, febril, pleonástico, moribundísimo yo? Un payaso, un muñeco de amor, del que se debería decir en los cartelones de los Pupi: «En el primer cuadro se contempla a Gesualdo, llamado el Mezquino, que encuentra al ogro y le besa las manos. El ogro Amor se lo come. Se lo come pero lo escupe. Como hace la ballena con Jonás». ¿Y qué?... ¿Creéis que debéis aplaudir? Iros al diablo.

Bien, bajemos un tono. O, mejor, dos. El hecho es que después del funeral me fui yo solo, solito, por las sombras de la via Carreri, donde estaba el local más popular de Módica, con chicas de primera categoría, limpias, perfumadas, profesionales. Ya había ido un par de veces para acompañar a Iaccarino, cliente habitual, prácticamente abonado; pero me quedaba esperándole en el locutorio y salvándome con educación de las insistencias de rigor.

—Si me quieres, Dolores.

—Si me quieres, Bologna.

—¡Hagamos la última, la sangrienta!

Me sabía de memoria el *desinit* de la *Educación sentimental*, y lo repetía con frecuencia a los amigos, para contradecirlo: «Después no hemos tenido tiempo mejor». No, para mí no era así, y se precisaba una irresistible turgencia de las venas para inducirme a franquear, reluciente, aquellos umbrales.

Pero aquella vez los penetré con decisión, como alguien que va a comprar un revólver. Y con un bajo y tranquilo deseo en mi interior, sin ningún remordimiento de los nervios.

La habitación estaba densa de esencias, en penumbra, casi a oscuras, de no ser aquel limón amarillo en un jarro, con su campestre y furiosa luz. Ella era delgada, todavía guapa bajo los pesados afeites. De Portici.

—Se ve que eres un señor, los palurdos eligen a las gordas —me aduló con un acento mixto de Nápoles y de todos los nortes y sures de sus veinte años de vagabundeo peninsular. Recuerdo un chasquido de la cremallera, y esa visión de la indumentaria que cae, expulsada por un sencillo pero técnico movimiento de las rodillas, rápidamente. No pude dejar de vomitar, al final, en el lavabo, no por asco, había sido bonito, sino por la mera subversión mecánica en un cuerpo demasiado

zarandeado. Tuve tiempo, sin embargo, de contemplar las bagatelas femeninas en la arquilla, los adornos ordenados con cuidado, simulando una duradera intimidad propietaria. Como nosotros, pensé, nosotros aquí en la tierra, en nuestra apresurada quincena...

Al descender las escaleras, dije por decir algo:

—Hemos estado en el Séptimo Cielo. —Y señalé los muchos peldaños.

Pero ella, sin darle ningún énfasis trágico:

—Querrás decir el infierno —contestó y, después de entregar a Zoe, detrás del mostrador, la chapa, volvió a subir.

En la ciudad me pilló la lluvia: pocas gotas, gruesas, cálidas, una borrasca de paso. Tuve que refugiarme en el Café Bonaiuto, donde sobre el mármol de una mesa un periódico prometía paz en Corea y el regreso de Einaudi y De Gasperi de sus vacaciones. Uno, de Ponte San Martino, el otro, del valle Sugana. Debían de haber pasado fresco, allí arriba, despertados temprano por el correo diplomático o como se llame. Sin saber que...

¡Cómo corrompe el tiempo no sólo los cuerpos sino los acontecimientos, los cómo y los porqués de cualquier acto humano! Bastan pocas estaciones y cualquier acontecimiento se deshace, se vacía de sentido, se cubre de un luctuoso y leproso salitre, se resquebraja al igual que la piel de una pared. No hay ninguna esperanza de que cuanto ocurre en este mismo instantáneo presente se disponga a tener mañana más fuerza que cualquier cosa ocurrida ayer: las matanzas religiosas de la Valtellina, los ataques en el Isonzo, el paralelo 18°... Sangre, fiebre y crujir de dientes, ayer; hoy, titulos en un libro...

El camarero Santo asintió. No era la primera vez que, tomando el café, le entretenía con mis *huy huy* y habitualmente los aprobaba, los asumía como reflexiones profundas, regalándome, como a un perro, un terrón de azúcar de más y un servicio devoto a cambio de la instrucción que le proporcionaba.

Esta vez, sin embargo, añadió al azúcar un mensaje, de don Nitto, que me esperaba con urgencia en la Sorda. Michele pasaría cada media hora por el café, para ver si estaba.

Subí, pues, a la villa, aunque sin entusiasmo. Ahora ya era hora de terminar, aquella lluvia había sido un aviso. No tardarían en volver los días de la escuela, con el crujido de las páginas, las partículas de polvo arriba y abajo, dentro del mismo rayo de polvillo oblicuo. Y tantos delantales negros, ojos azules, negros, castaños, debajo de frentes fruncidas e infantiles... Reelería los versos antiguos, las antiguas y hermosas sílabas; comenzaría de nuevo con los provenzales, con los provenzalizantes: *Ai, las! tan cuidava saber / d'amor e tant petit en sai...*<sup>[83]</sup> Todo igual, pero con un año más, el cincuenta y uno ya no volvería. Y tampoco Módica: me amenazaba un traslado. Cuando ya no me servían invitaciones y fiestas, mi breve gloria mundana no deseaba futuro, el baile de Chiaromonte había sido el último de mi

vida. De ahora en adelante preferiría siempre una tranquila infelicidad a una felicidad amenazada.

En su habitual quiosco, casi una Camera Regis, don Nitto, sin levantarse, me ofreció los cinco bastones de sílice que eran su mano. Junto a él, de pie, el diputado Scillieri se contentó con presentarme dos dedos flácidos, con el aire de ofrecerme la prueba de una hostia o de una copa de maná. No estábamos solos, en las dos puntas de un banco vi sentarse a los dos hombres del caballero, a los que conocía de vista: palermitanos, venidos con él de la Vicaria y que se habían quedado a vivir en la villa en compañía del chófer Michele. Uno de cabeza minúscula, pegada al tallo de un cuello largo, que parecía temblar a cada respiración, pero como tiembla un hilo de acero; el segundo de cara lampiña y oscura, con breves patillas recientemente afeitadas. Y ambos untaban de mermelada dos medias hogazas de pan con un cuchillo de hoja ancha, de esos que llaman *leccasapone*<sup>[84]</sup>. En el centro de la escena, sobre una mesa, una resma de papel blanco, un tintero y una pluma —una estilográfica de oro— parecían esperar a alguien. Inmediatamente me convencí de que me esperaban a mí.

Nitto me dirigió un discurso entrecortado y didáctico, como en la clase de los burros. El diputado Scillieri se hallaba ante un grave problema: tendría que celebrar dentro de dos semanas un mitin importante, maduraban cosas serias, nacía un pacto entre los monárquicos y los ex Uomini Qualunque, capaz de regenerar Italia, no podía echarme atrás. ¿Atrás de qué? ¿Qué tengo que ver yo? ¿Qué quieren éstos de mí?

Miré al diputado, tenía un aire astuto y estúpido, ojos pequeños y juntos. Yo nunca le había hablado, sólo había espiado en compañía de Madama sus tráficos amorosos, desde mi observatorio astronómico, entre dos tiestos de perejil. Es cierto que llevaba algún tiempo honrándome sin motivo con sombrerozcos y reverencias...

Le pregunté con la mirada qué quería de mí, con la mirada me indicó la hoja sobre la mesa, y con el labio acabó por proferir:

—Dos o tres conceptos, pero sustanciosos. Sobre la patria, sobre el trabajo, la libertad. La libertad, sobre todo.

Me dirigí a don Nitto, protesté que no podía, que no sabía. Pareció como si le doliera sinceramente.

—Si no puedes, si no sabes...

Pero añadió, suave y triste:

—Nunca lo hubiera creído: tú, como tantos otros, un aprovechado...

No entendía.

—¿Te has olvidado de Cecilia? —preguntó, acariciándose con la mano el collar de escayola que le cerraba la garganta—. Buena chica. De confianza. Obediente a las órdenes de papá. Si quieres, le telegrafío y vuelve —dijo, y me metió con ello una fea mosca en la oreja que ya no he sabido desalojar.

Los dos matones, mientras tanto, se habían levantado del banquillo, paseaban

bajo los árboles, dirigiéndome de vez en cuando una mirada de bonachona curiosidad, como cuando el carnicero estudia en el mostrador de mármol una pieza nueva de ternera. Me pareció que no tenía salida, me senté a escribir.

Introduje alguna malicia, el diputado Scillieri se jugó la carrera, yo sigo huyendo.

## XVII

***Últimos días en la ciudad. Banquete de despedida y razonamientos amorosos.  
Banquete de bodas con revelación dudosa. Iaccarino en el Pizzo y lluvia final.***

Supe por Liborio Galfo que Venera se había ido de Módicta. Había observado los tres días de clausura, aceptado el pésame, las visitas de luto y todo el resto. Luego se había ido sin decir nada a nadie, salvo a él, con un billete de tres líneas. Me sentí herido: no sólo en el amor sino en la confianza, una vez más yo había sido pospuesto. Y pensar que habría podido mencionarme algo, cuando yo, al igual que los demás, había ido a su casa a darle el pésame y Anita me había introducido en el salón de las visitas, oloroso a membrillos, donde nunca había entrado. Desde el elevado techo, hinchados por la humedad, amorcillos y marinas dejaban caer de vez en cuando alguna escama de pintura fatigada sobre los descalabrados baldosines. Aquí se había bailado mucho un siglo atrás, incluso había un menudo palco, para las orquestas de su tiempo, una especie de escenario golfo místico en miniatura<sup>[85]</sup>, convertido ahora en desván y despensa. Había tres o cuatro visitas anónimas sentadas en unos sillones tambaleantes; y ella en medio, compungida, una afligida ejemplar. Entre los visitantes que llegaron a darme el relevo, me sorprendió la presencia inexplicable del cineasta Michel. Ya le había visto, durante el funeral, en una terraza del Salón, ocupado en sacar fotografías, pero no acababa de entender a santo de qué, él, extranjero, desconocido, estaba aquí. Lo entendí más adelante, cuando Galfo me reveló que Venera se había ido con él. No por una cabezonada, una segunda fuga, ¿qué me creía?, sino tranquilamente, con un contrato firmado en garantía de un papelito en la película que se preparaba. Galfo hablaba con convicción, parecía satisfecho.

—Se ve que su destino era éste —dijo—. Mejor también para mí, yo no era el marido adecuado. ¡Qué suerte que aquella noche llegarais vosotros!

¿Qué podía decir? Tenía sobre el tema una idea que no dije, si bien por escrupulosidad busqué meses después en un cine el nombre de Maria Venera entre las comparsas de la *Carrosse d'or*. Sin encontrarlo, claro está, estaba seguro de no encontrarlo.

Así que no le discutí nada a Galfo. Por el contrario, ya que había ido simpatizando conmigo, aunque sólo fuera para hablarme de la chica, de la que seguía cándidamente prendado, le invité un domingo a comer. Licausi llevaba un tiempo comiendo en casa de sus futuros suegros y Iacca y yo sentíamos su ausencia, obligados a componer un terceto con el pez. Y más ahora que me gustaba hacer tiempo en la mesa, para la siesta, e incluso sentarme antes de hora, mucho antes de que Mariccia tuviera dispuestas sus fuentes. Son frecuentes esos desquites de gula y pereza cuando ya no se puede hacer otra cosa, y a mí me gustaba, ahora que el

corazón se me había amotinado en el pecho, quedarme así sedentario, servido en la mesa como un papa, ya sin más temblores ni lágrimas al viento, dejando al filósofo, que lo aprovechaba, el monopolio de la conversación. Sólo faltaba un tercero para nuestro contento, y Galfo servía para ello, con su tierno humor y sus perpetuos asombros.

Aquel domingo, además, mi invitación fue a un banquete de despedida. Tenía que irme, la noticia había aparecido, negro sobre blanco, en la *Gaceta Oficial*, y el director se había apresurado a comunicármela, no sé si triste o contento de sacarse de encima semejante soñador...

¡Adiós a Módica, pues! Y a la faja de isla jónica que la contiene, señorial y rústica. A los portales de sus iglesias, de los que surgen mareas de escaleras. A la tibieza de sus patios, a sus encinas afectuosas, a sus muros de piedra, brillantes como verbos de Dios. A su dialecto tranquilo. A sus fiestas, a sus duelos, a su trigo, a su miel...

Adiós a los amigos, finalmente, como se debe, en torno a una mesa redonda...

Para tal ocasión Mariccia se desvivió, aunque sin excesivo acierto. El arroz negro de sepia tal vez habría exigido un minuto más de atención. Sin hablar del mediocre café. Esto sirvió para desencadenar a Iaccarino, el cual, como todos los Sócrates, prefería una taza de sustanciosa cicuta a un mal café; y que además ya se había imaginado incluso que iba a comer mal, él siempre imaginaba con antelación los acontecimientos del día.

Galfo se asoció: lo mismo le ocurría también a él. No podía haber dicho nada peor para indignar a mi amigo, que no toleraba compartir ningún privilegio; hasta el punto de que comenzó a tachar de jactancia las premoniciones del otro: garabatos y espectros del duermevela, inmundicias de la conciencia.

—En mi caso es diferente —sostuvo—. Yo soy medio hechicero, lo llevo en la sangre. Mi abuelo iba al Etna a coger la mandrágora.

Y de nuevo, seguidamente, las habituales extravagancias.

Al fin nos levantamos, nos dirigimos hacia el Salón. Pero, al llegar debajo del Monumento a los Caídos, la conversación recayó sobre Venera, sobre el personaje de Venera, Iacca le dedicó algún exabrupto que la cara de bronce del Soldado Desconocido acogió sin rechistar. Al igual que yo, por amor de la paz; no así Galfo, por apacible que fuese. Y, ante sus protestas, explicó Iaccarino:

—Venera es una exaltada, como lo son tantos sicilianos. Nos gusta construirnos valores y honrarlos en el lugar de Dios. Valores y contravalores. Cuando un valor nos falla, nos arrojamos sobre su contrario, lo convertimos en ídolo y mercancía. Así, en cada pareja de extremos el punto medio no nos gusta, nos gustan las puntas: la devoción y el rencor, la confianza y la sospecha, el cotilleo y el silencio, la norma y el escándalo, el honor y el deshonor. Sí, el deshonor. Y Venera lo ha elegido por soberbia, por empecinamiento, con entusiasmo. Quiriendo vengarse de ser pobre e

incapaz de amar. Porque sobre eso no tengo la menor duda: ni siquiera ha amado a Trubia...

Galfo no tenía la lengua fácil para contraatacar, se había licenciado con dificultades y llevaba vida de propietario. Sentía, sin embargo, que los argumentos del otro hacían agua en algún sitio, y resoplaba como un gato.

Intervine yo para aplacarle, llevé la conversación hacia el sentimiento del amor. Durante aquellos meses me había hecho una idea sobre el tema, y me gustaba tratarlo, aunque estuviera convencido de que cada uno, al formarse una idea del amor, se deja persuadir por su experimentación privada, hasta el punto de tomar como ley del universo alguna regla singular que ha guiado sus pasos; diferente de la de los demás como una nariz es diferente de otra nariz.

Ahora bien, por lo que a mí me había sucedido, el amor me parecía un sentimiento transversal, que interseccionaba oblicuamente cualquier camino real en el corazón del hombre. Nunca, en contra de cada apariencia, una vía principal, sino siempre una carretera travesera que corta el corazón del hombre de la misma manera que un sable, abriéndose un hueco entre sentidos, nervios e imaginación, hasta la meta, que es la construcción de una vanidad y de una máscara. Un sentimiento retorcido, basado en el malentendido, en los intercambios de persona, y próximo por lo tanto a las hipocresías y a los engaños de los actores y de los poetas. Así que, volviendo a Venera e intentando juzgarla sin pasión, yo opinaba que no era la furibunda que decía Iaccarino, sino una maquineta de humores repentinos, curiosamente cosidos a un ansia de engaño. Un juicio tal vez parcial, como ya he dicho, aplicable también a mí, sobre todo a mí, a mi divagar en la cuerda floja entre sentimientos de cobardía y vocación teatral, destinado a sufrir cada amor como una *primadonna* sufre los pitidos y los aplausos. Esto confusamente expuse a Iaccarino que, con suficiencia, predicó a su vez:

—El amor es lo que dices y otras cosas. Un poco guerra de exterminio, un poco alianza de víctimas y de verdugos. Al consistir su cumbre en la invasión del otro, en el trasvase de uno mismo al otro, a lo largo de tres segundos, el amor se asemeja realmente a la eucaristía, es una idéntica piadosa impiedad...

Galfo quería decir la suya, Iaccarino le silenció, estuvo de acuerdo conmigo en que teníamos que tratarlo de nuevo, escribir a cuatro manos un recetario del amor, una deontología del amor, convinimos en que el amor hace sufrir porque no posee un código de leyes reconocidas, como en los tiempos de Andrea Cappellano<sup>[86]</sup>.

En ese momento ya no hubo razón plausible para retrasar nuestro cotidiano desafío al billar, bajo la mirada del camarero Santo, en paz descanse.

Fue también Iaccarino el que tuvo la voz cantante, meses después, durante el banquete de bodas de Licausi e Isolina. Coincidió con los alrededores de Navidad, y yo llegué de otra ciudad, con el chaleco gris humo en la maleta de piel falsa y el regalo de una bandejita de plata en un paquete de mano, atado con lazos. Antes de la

ceremonia en San Giorgio subí a casa de Madama para saludarla y pedirle una hospitalidad de media hora para cambiarme. Ella no estaba, y tampoco Iaccarino, que había quedado como único inquilino. Me abrió una chica alta, con gafas, de cabellos negros con raya en medio, y palidez de monja, con Quo Vadis? en los brazos, que no pareció reconocerme.

Me presenté, seria se presentó. Era la hija de Madama, que había vuelto del colegio, y ocupaba mi habitación de antes. Se llamaba Luisa. La mirada que me lanzó era famélica y tranquila, su mano permaneció en la mía un segundo más, blanda, dura, lisonjera. Ya hablaremos, me dije, y con la maleta me encerré en el cuarto de baño a cambiarme. Luego, llegado mi amigo, al que noté más hosco e infeliz y fanfarrón, afrontamos a guisa de testigos la ceremonia.

Tengo aquí, frente a mí, al cabo de treinta años, el *menu* del banquete en casa de la esposa, en una cartulina Caran d’Ache, y los versos escritos por Iacca para la ocasión, copiados, a decir verdad, de un epitalamio del siglo XVIII, de castigado tenor. A la vez que reencuentro otros, en un insólito papiro, indecentes, que el filósofo me regaló, después de haber regresado del cuarto de baño, donde los había improvisado a lápiz, y habérmelos susurrado al oído, entre un plato y otro, mientras yo contemplaba a Isolina:

*Molle rotolo, serica velina,  
che assisti la toletta d’Isolina  
quando, emersa dagli antri aurei del sogno,  
si concede all’igienico bisogno...*<sup>[87]</sup>

Isolina: en la foto de grupo de aquella jornada, que conservo en la memoria, ella es la única que aparece desenfocada. Como si la memoria la hubiera censurado adrede, castigado, rodeado de un cordón de sanidad. Tal vez con los minutos la memoria procede como el cuerpo frente a las invasiones de los microbios. Apenas se produce la invasión, saltan inmediatamente al contraataque millones, miles de millones de glóbulos amigos y se amontonan en torno al punto crucial, lo aíslan, lo sumergen, espesan los tejidos hasta crearles en torno una costra de cal invencible. Debo de haber leído acerca de pulmones en los que, encapsulado, un foco resiste, muere, renace, prácticamente eterno y prácticamente impotente, dentro de la muralla china que lo ciñe. Igual con los recuerdos, digo. Una fuerza defensiva aísla los más peligrosos y los deja desarmados durmiendo dentro de nosotros. Inactivos pero vivos. Inmortales pero inertes. Isolina es así en mi pensamiento un traje sin rostro, una voz sin sonido, entre destellos de botellas y rumores de bandejas sobre la mesa, mientras Iaccarino, con su folleto canallesco en la mano, primero en voz baja a mi oreja derecha, luego más fuerte a todos, recita sin pudor, oponiendo a mis protestas la excusa de que, incluso en los más gloriosos triunfos, alguien necesita que recuerde al cónsul la

mortalidad de la carne:

*... perch'io non spero di odorar giammai  
l'ambrosia di quei floridi rosai,  
siimi tu galante messaggera  
nel segreto ricetta dell'altera...* [88]

Isolina, Isolina... Y cuando, ya achispado también yo, comencé a brindar con Iaccarino y él insistía en sus *couplets* sin escandalizar a nadie, hasta tal punto se ocultaba el sentido fecal bajo el velo de palabras raras que se perdían en la confusión universal:

*Quivi vedrai con voluttuoso gelo  
le dive membra sciogliersi dal velo,  
e al candido alabastro i negri ricci  
contrapporsi in amabili bisticci.  
Che s'ella poi, com'ape che s'infiora  
colà dove il suo miele s'insapora,  
dedichi ai baci teneri del vaso  
le prominenze sue di roseo raso,  
cantate, flauti, e osannate, tube,  
l'onda sommosa dall'etereo pube...* [89]

hasta que el novel esposo que conocía a su compinche y le vigilaba de lejos saltó a meterle ferozmente los dedos en los ojos...

Y cuando el farmacéutico Fratantonio quiso bailar con la farmacéutica la mazurca de Migliavacca e hicieron ambos pataplom en el centro de la sala y el fotógrafo Santo Spagnuolo les fulminó con su flash y todos gritaban «Vivan los suegros, vivan los novios», salvo yo, salvo yo...

Y cuando pregunté por Venera y todos contestaron «Bueno»... Y cuando a don Nitto, que estaba sentado en la cabecera de la mesa, y se abanicaba con un abanico, vino el chófer a llamarlo y él se fue con una cara repentinamente de cera, y ya no volvió, y alguien desde la ventana dijo que le había visto en la puerta entre dos carabineros, maniatado como San Pedro...

Y cuando nos echaron, poco a poco, con una bombonera en la mano, y en la puerta estaban los dos esposos que saludaban y «Un beso a la esposa», gritaba cada vez el padre agustino Ciulla, y Licausi me empujó entre los brazos de ella, e Isolina se estiró, acercó a mis ojos sus grandes y atónitas pupilas azules, y a los míos sus labios olorosos a tarta, y me besó torpemente, susurrando en un soplo, o así me pareció:

—Ángel, Arcángel mío...

¿Cómo acaba? Acaba que más tarde, era casi de noche, subimos en coche, Iaccarino y yo, a la explanada del Pizzo. Módica estaba debajo de nosotros, claraboyas y luces, un hormiguero de hormiguitas lejanas. Aún no llovía, pero el cristal del cielo se había como ahumado, se preparaba una mala noche. Incluso para Licausi, supongo.

Nosotros, sin sombrero, exaltados por el vino, contemplábamos el valle, las minúsculas casas, allá abajo, los minúsculos hombres, cada uno con su paz, su guerra, el borboteo de la sangre dentro de las arterias a cada instante más duras...

¿Qué sucede abajo en este momento? Sasà Trubia ha comido demasiado, toma calomelanos y se lamenta débilmente con la cabeza en el seno de la señora Virgadauro de Trubia; Mariccia relee silabeando *La repartidora de pan*<sup>[90]</sup> y no sabe que le está floreciendo en las entrañas un fibroma como un bebé intempestivo o una flor de calabaza; Anita, como cada noche, se asoma a contemplar el dormitorio desierto de Venera; el sereno Miciacio, llamado *Cantalanotti*, va de puerta en puerta, deteniéndose a introducir entre los dos batientes una cartulina doblada en prueba de su ronda fiel; Enza Aloini escribe a máquina con un dedo su tesis sobre el *Ricciardetto*<sup>[91]</sup>; Peppino Papaleo, mientras afronta el último tramo de escaleras, piensa que este dolorcillo en el pecho, en el lugar del corazón, este chinche que muerde, vamos, no será nada, es únicamente nervioso; Isolina y Licausi...

Todos, allá abajo están todos, atareadísimos en vivir en un perecedero Aquí, en un efímero Ahora, en un inexistido diciembre del cincuenta y uno, convencidos de que vale la pena, de que vivir significa algo... Mientras que yo..., quejumbroso como de costumbre, *huy huy*, para colmo borracho, casi tanto como Iaccarino... Al que querría reprochar que hubiera pregonado como suya aquella carta anónima; cuando por el contrario... Isolina, Isolina, ¿así que tú me amabas? ¿Yo era tu Arcángel? O bien, una vez más, ¿sólo es una broma? Y, a fin de cuentas, ¿qué importa?, ¿me importa?

Esto quería decir al filósofo y comencé a decírselo, de borracho a borracho, entonces es cuando se está más serio. Me miraba con ojos airados y perversos, quién sabe cómo se habría defendido, pero en aquel momento las campanas estallaron encima y debajo de nosotros, las cien, mil campanas de Módica, que en cien, mil campanarios sonaban, un pandemonio entonado, el anuncio específico del fin del mundo.

Entonces, increíblemente, entre las primeras ráfagas de lluvia vimos cómo los pájaros escapaban de los tejados, las estatuas descendían de los pedestales, y echaban a andar. Y un estruendo parecía seguirlas, que partía de arriba, de nosotros dos, y se esparcía, se esparcía, como se ensanchan los círculos de un remolino, hasta los extremos confines de la comarca, a Frigintini, a Mussomeli, a Scornavacche, a Pozzallo, en el mar lo oyeron las balandras, en el puente del Irminio un carretero se detuvo debajo de una nube oscura: Ay de mí, la tempestad se acerca, Señor, ¿qué será

de mí?

Cuando retornó el silencio vi a Iaccarino arrodillado, siempre acababa de rodillas cuando había bebido demasiado. No habría tenido tanta humildad, decía, sin la ayuda del vino. Ahora la lluvia caía a cántaros, y él estaba arrodillado, cheposa animilla asustada, metida en sus miembros como en el gabán de otro, y me daba la espalda, le veía imprimir en el fondo resplandeciente del cielo una silueta de Job, de quejumbroso Moisés, que de rodillas arengase a Dios.

—Vayámonos —le dije, de pie a sus espaldas, cubriéndole con el paraguas de Madama, que me había traído por previsión. No me contestó, hablaba con Dios, ahora, y a mí me parecía asistir a un altercado de picapleitos en el tribunal, le oía suplicar, blasfemar, tocar hacia las cuatro esquinas del cielo su débil cuerno de postillón.

—¡Eh, tú, te he visto, no te hagas el listo, no finjas que no existes! ¡Dios, existe, te lo ruego! ¡Existe, te lo ordeno!

Nadie le contestó, a no ser que fuera respuesta el telégrafo Morse de la lluvia en el techo del coche.

Tuve que llevármelo a la fuerza.

## XVII bis

### *Exit.*

Lector, verano, digámonos adiós. Érase una vez un muchacho que creía ser un viejo, ahora los papeles se han cambiado, el viejo se ha fingido muchacho y para engañarse mejor a sí mismo ha cubierto con un paño todos los espejos de la casa. Son recursos lícitos, si no necesarios. Yo he escrito con un propósito geriátrico, al fin y al cabo mi proposición de afectos no iba dirigida a otro que a mí. Pero algo querrá decir si esas antiguas jornadas siguen rociando la memoria de un rubio polvo dorado. A veces me parece envejecer encadenado a mi memoria, como envejecen en las cavernas los dragones custodios junto al tesoro. Sin que nunca llegue de fuera un solo paladín a desafiarles. ¡Pobres y rugosos dragones, con un cuerpo de escamas como estípites de olivo, encarcelados en la oscuridad, en espera de que un espadón les reluzca delante y compense su paciencia! Mientras pasan los años, y una herrumbre verde crece en las cerraduras de las arcas, y una gotera del techo de roca mide a largos intervalos el tiempo y el silencio.

Yo tengo un punto, aquí en la frente, de una millonésima parte de milímetro, donde dormía con otros sesenta veranos aquel verano, y donde ahora volverá a dormir. Junto a sus lábaros de falsa gloria; a sus exultaciones abortadas de nubes y flores; a sus momias medicadas con aromas, vendadas como jóvenes faraones. Lázaros indóciles, todos ellos, jóvenes y viejos, incluido Alvisé, que no se cansa de reprenderme, indiferente a la evidencia de haber sido sepultado en la página 340:

—Tú eres patrón y amo —insiste, y minimiza mis razones—. ¿Qué te cuesta? Es muy fácil resucitarme.

¿Cómo contestar que no a tan fundada querella? «Inventémonos un pasado», propuse a No-sé-cómo-se-llama aquella noche de mediados de agosto. «Inventémonos un futuro», propuso. ¿Es posible renegar de alguien en el mismo momento de amarlo? Algún santo lo ha hecho, antes de que el gallo cantara... Pero ¿yo?

«Un engranaje que haga las veces de vida», decía. Ahí lo tienes: no funciona. Sin embargo...

Durante unos meses ha funcionado. En el fondo era como si repitiera en provecho propio el famoso subterfugio de Scherezade: contar para no morir. Y durante cierto tiempo ha funcionado. Dormía cinco horas seguidas, un milagro. Y soñaba sueños poblados de vuelos, en la superficie de espuma rosa por la que nadaba con suaves y lentas brazadas. Mujeres caminando sobre las aguas iban a mi encuentro sonriendo. Tenía amigos, finalmente, y súbditos, y cómplices: una patria. Cualquier personaje

que inventara o copiara de mi mente me exhalaba sobre el rostro un cálido aliento, húmedo, como de bestezuela que nace; luego se me sentaba a la cabecera de la cama, me consolaba, le consolaba. Empecé otra vez incluso a hablar a solas, que es mi máxima felicidad.

Me había organizado con la minuciosa previsión de un turista, de un estratega, de un seductor, de un asesino. Diseñando en primer lugar, para mis suposiciones, una ciudad real de nombre y emplazamiento, donde, sin embargo, de las dos avenidas cruzadas arrancaran callejones, *cul-de-sacs*, callejas sin salida. Poblándola luego del presente, un censo ambulante: con fotos indicadoras de cada cual, inventarios de pasado y presente, horóscopos, prótesis dentales, color de las corbatas, cómicos tics de lenguaje...

Para la trama una rúbrica aparte. Y salía bien, una historieta entretenida, con pies y cabeza, natural y artificial como la vida. Mil graciosas minas enterradas habrían asegurado la fiesta: trampas para ratones, señuelos para alondras, cebos para peces payaso. ¿Qué debo decirte? Una rara zarzaparrilla, obtenida mezclando *vaudeville* con *grand-opéra*, canto *scat* con *belcanto*. Según las fuerzas de mi pulso y los recursos de mi humor, pero tomando esencialmente por modelo el Teatro dei Pupi. Todo ello en un tiempo histórico succulento, pero no más cierto que una visión. Con máscaras intercambiables, cada una de las cuales fuera tan descarada como huidiza: como los cuerpos desnudos en el Folies Bergère, en las intermitencias de los reflectores. Una escritura con falsetes, manierismos, alivios, citas ocultas, goliardismos; pero no sin notas majestuosas, abandonos, incluso lágrimas. Algo que se asemejara a mi condición de ahora, de mi yo falsario y tramposo, de mi yo bibliotecario de la nada, guardián cesante de una cenicienta Alejandría; supino aquí, esta noche, a los sesenta años, razonable edad para morir, no tanto para escribir, en una habitación doble de hotel, donde espero el alba sumando, como monedas de avaro, palabras, con una pluma exhausta, en el dorso blanquísimo de un mapa de la ciudad. Palabras, y tendría que decir paralipómenos de mi desastre, expurgaciones y heces de la memoria, embajadas que aportan pena y que mañana el inquisidor escuchará con una oreja obstruida de cerumen y otra de cera. Palabras, sí. Y me había construido un glosario, casi los personajes de un ejército: depravadas, tímidas, presuntuosas, dolorosas; todas igualmente disciplinadas hasta la náusea. En un lugar, no voy a decirte ahora la página, he combatido a su cabeza en una variante de la batalla de Zama: después de haberlas elegido de antemano, mitad al azar mitad por cálculo; y haberlas dispuesto al cuadrado, a modo de cúpulas; y haberlas fatigado en evoluciones de grandes maniobras. Manipulando los hechos en su propio servicio, haciendo que ellas liberasen los hechos. Tan poco importaban los hechos. ¿Acaso, para el final, no tenía yo a punto un *dossier* de verbos, adverbios, derivaciones verbales, proverbios? Te ofrezco, lector, un extracto, para que te rías, tal vez pueda servirte: aclarado, apedazar, arañazo, birimbao, calderilla, clamoroso, comillas, desarzonado, desleal, despilfarrar, enderezar, engaño, escorpión, espurio, estenógrafa,

estorbo, *ex aequo*, falda, fe, invernar, lunario, papel de estraza, pasatiempo, pelusa, pependenciero, persiana, pestillo, pichón, pinchazo, placa, ratificación, remembranza, sangría, sección áurea, sonda, sudar, tapiz, tarlatana, termo, tétanos, toisón, tren militar, Tucco, Vario, Via Crucis...<sup>[92]</sup>

El objetivo era descargar sobre mí, doble de luces y de proezas de mí mismo, las deudas de un yo narrador y liberarme de ellas jugando. Y durante cierto tiempo ha funcionado. Un día que me había divertido, en la imaginación, tú, vosotros, en disfrazaros de *plauditores*<sup>[93]</sup>, me adormilé con la cabeza sobre la mesa, no me sucedía desde que era niño. Oh, sí, escribir ha sido una inocencia y una madriguera, un trono dentro de una madriguera, nunca me agradeceré bastante haber tenido el valor de hacerlo.

Hasta que se infiltraron algunas figuras extravagantes: como nuestros hocicos cuando se aplastan en la anamorfosis de un espejo. Y hablaban por mi boca, pero decían las palabras de otro: de un enemigo, de un bufón enano, de un copista chillón, ácido. Encontrarás sus babas por todas partes, ni siquiera he intentado lavarlas.

Detrás de él, la invasión. Y si debo confesarlo todo, no sin culpa de mi parte. Ya que yo mismo, yo que digo «yo», Ego scriptor, Ego scriba, Ego es, Ego ego, he criado dentro de mí una turba de traidores, que conspiraban contra mí, que, apenas me daba la vuelta, ya con la llave en la mano abrían la puerta al caballo. Por decirlo en pocas palabras, una mañana me encontré a medio escribir las páginas de un capítulo nuevo (¿escrito cuándo?, ¿en la duermevela?, ¿y por quién, si no por él, por ellos?) donde al héroe se le otorgaba un final doloroso. Peor: mortal y voluntario. No faltaba ni el epitafio noble, sacado de una antología de Pietro Giordani...<sup>[94]</sup>

La alternativa fue, obviamente, quemar la hoja y así lo hice. Por lo demás, desde chico me había tentado la idea de un libro completamente blanco, que debía titularse *Omissis*, y ser firmado por NN. Y a quien me tachaba de presunción y mallarmeísmo, contestaba que no, no balbuceaba el nada *ne varietur*, la Inmaculada Concepción explicada al pueblo; no, el mío era un modo de lamentarme sin sonido, de levantar un dedo en silencio para decir que la vida me dolía pero que carecía de fuerzas para enfadarme con nadie. Aunque no se tratara de una llamada de socorro, una rendición incondicional... Como cuando vemos la ambulancia con las sirenas a todo volumen y por la ventanilla una mano pide paso piadosamente; o bien de una trinchera se asoma un fusil, y, atado a la caña, está el blanco de un pañuelo.

Así que quemé aquella hoja. Pero no las demás, las precedentes ceras Grévin de mi escaparate. Aunque llevase tanto tiempo aspirando a la cremación sin residuos, limpia como limpia la muerte; aunque creyera que era la muerte, precisamente, el contable y revisor supremo, a quien corresponde hacer cuadrar las incontinencias del destino y los desaparejamientos de sus jugadas. No hay mejor garantía para poner paz entre tú y yo, lector, entre nosotros dos solos, los *unhappy few*, los dos solos tú y yo...

No sé lo que sucedió, pero no jugué esta *fiche*. Protegido en mi manuscrito como bajo una tienda agujereada; helado por las innumerables intemperies; betabloqueado por los fármacos como un auto por el freno de mano; inepto para expulsar, salvo a montones, los *erotikà*, los *iupnotikà patémata*, me entregué, en prueba de odio a mí mismo, a reescribir cada página diez veces, cien veces, esforzándome en rellenar cada una de ellas, yo, que esta noche he cenado un vaso de leche. Había una razón para que intentara emular con palabras la cola de un astuto pavo real y sus vanidades desplegadas: la necesidad de encender con la bengala las riberas de la tiniebla, ese negro coágulo que llena las fosas de la Estigia y sobre el cual, sin beberlo, me he inclinado; ese grisor de lavas donde, si he perdido mi sandalia, ha sido sólo para volver a la luz, y yo, Empédocles tímido, ridícula Cenicienta...

Recapitulemos. Unos sesenta años, unos setenta kilos, la vejez al otro lado de la puerta; ropa interior que huele a desinfectante. Esta noche, además, a Eau de Rochas y a esperma. En la cartera la tarjeta de crédito, la tarjeta de identidad, la reserva 0034/B del tren del Etna. A la izquierda, sobre el colchón, un hueco todavía tibio, hace poco que se ha ido. A la derecha, sobre un taburete, los paquetes de las compras: una loción para después del afeitado, *Christ lag* con Fischer-Dieskau, el tubito de Gardenal, me lo han dado sin receta. Me miro, me palpo el cuerpo, me ausculto. Pulso lento, senil (máxima y mínima, ayer, espiando con el rabillo del ojo el mercurio, amenazadoramente próximas); cartílagos de murciélago exangüe; una caries, en la parte superior, que pulsa sincrónicamente con la gran bomba del corazón. Me examino las manos: en el dorso de cada una, dos o tres manchas marrones, del tamaño de un guisante, que el otro día no estaban. Dentro de la oreja un crujido de lluvia que nunca cesa, pisoteos de minúsculas patas, horda de termitas que construye —con paciencia, con indiferencia— el edificio de mi muerte. Intento apagar la luz. Innumerables puntitos bailan dentro de mí en la oscuridad. ¿El otro, el más allá de mí? ¿Como alfabeto de ciego a ciego, cuántos caracteres rúnicos a interpretar! Si me dijeran mi nombre, si me enseñaran quién soy, qué significa esta espiral de tiempo y de lugar que habito y que no consigo medir con mis goniómetros falsos. Yo y mi haz de arterias duras, los dientes estropeados, las manchas de hongos en el cuello, las varices, la mente que ya no tiene obsesiones ni fuerza... Y sobre todo, día y noche, ese dolor, esa zorra aquí, donde aprieto la mano.

Éste es ahora, miradlo, el muchacho de cien páginas atrás.

Y, sin embargo, el regalo que habría deseado de los años era otro: después de tanto débil sufrimiento una semana de tormentos sublimes, una altura desde la que caer. Y que me acompañara la *Missa in angustiis* por el Delfín moribundo, no este lloriqueo de pobre infeliz arrojado de un bar. En cambio, me tocaron únicamente ilíadas de pacotilla, toda una plaza de armas irrisoria, donde esta noche disputo, reiterativo y lisiado guerrero, la posesión de un cadáver a un falso dios vestido de nube.

Las palabras, dices... No han bastado, no bastan. Si cada terror, el más auténtico, el más negro, prolifera bajo la pluma en anguilas de solfeo, en infames trinidades de adjetivos; si cada mendrugo de corazón, cada harapo de vísceras sale a la luz, traducido, como un estrépito de coribante. ¡Ay, ay, lector mío, solitario protomédico y auditor, tú, sin embargo, ya lo habías adivinado desde un principio, mi sosia y fiel caín, al que imploro desde estas arrugas de pergamino! ¿Por qué no confesártelo, entonces? Escribir ha sido para mí sólo un simulacro del vivir, una prótesis del vivir. Y cada tropo repetía, repite, un alboroto de mercenarios, un vicio a consumir en el secreto de un retrete.

Mentira, miseria, vergüenza... Ahí tienes, lector, mi cabeza sobre una pica.  
*Pourtant j'avais quelque chose là-dedans...* <sup>[95]</sup>

## XVII ter

### *Oración, entre bastidores.*

Tú, escasa, misteriosa vida, ¿qué puedo decir de ti? Si siempre me has mostrado ese aire de muñequita maquillada; si nunca has hecho nada para persuadirme de que eras verdadera... ¡Detestable, amable vida! Cruel, misericordiosa. Que caminas, caminas. Y estás ahora entre mis manos: una espada, una naranja, una rosa. Estás, no estás: una nube, un viento, un perfume...

Vida, cuanto más languidece tu fuego más lo amo. Gota de miel, no te caigas. Minuto de oro, no te vayas.



GESUALDO BUFALINO nació en Comiso, Sicilia, Italia en 1920. Falleció en 1996.

Gesualdo Bufalino. Escritor y poeta italiano (1920-1996) nacido en Comiso, Sicilia. A los 11 años escribió su primer soneto y descubrió a Baudelaire, a partir de una traducción en prosa italiana al francés. En 1939 ganó un premio de prosa latina en Sicilia, que le fue entregado por el duce Benito Mussolini. Combatió en la Segunda Guerra Mundial, siendo apresado por los alemanes al día siguiente del armisticio. Logró escapar, pero al poco tiempo enfermó de tuberculosis y fue internado en un sanatorio cerca de Palermo. Después retornó a su ciudad natal, donde se dedicó a la enseñanza y fue director de Instituto. Desde entonces vivió siempre en esta ciudad italiana. Dedicado sobre todo a la poesía, no escribió su primera novela hasta los 51 años, *Perorata del apestado* (1971), basada en experiencias personales. Aunque fue rescrita varias veces, esta novela no fue editada hasta el año 1981. Por esta obra obtuvo ese mismo año el premio Campiello, uno de los galardones literarios más prestigiosos de Italia. A ésta siguieron, *Museo de sombras* (1982), *Argos el ciego* (1984), *El hombre invadido* (1986) y *Las mentiras de la noche* (Premio Strega, 1988). Es autor además de libro de poemas *La miel amarga* (1982) y del ensayo *Cere perse* (1985). Gesualdo Bufalino, que fue considerado desde la publicación de *Perorata del apestado*, uno de los grandes escritores europeos a la altura de Proust, Joyce y Borges, murió en un accidente de automóvil ocurrido en la carretera estatal que une las localidades de Vittoria y Comiso, en la provincia meridional siciliana de Ragusa.

# Notas

[1] Pietro Micca, heroico soldado piamentés que en 1706 murió haciendo estallar una mina para impedir que los franceses conquistaran Turín. <<

[2] De Carmen, de Bizet. <<

[3] Nombres de diablos en La Divina Comedia. <<

[4] En español en el original. <<

[5] En español en el original. <<

[6] Referencia a Italo Balbo, gobernador fascista de Libia durante la última guerra mundial. <<

[7] Se trata del poeta inglés Dylan Thomas (1914-1953). <<

[8] Nombres de la «Balade des dames du temps jadis» de F. Villon. <<

[9] Alusión a un fragmento del monólogo de Hamlet en el cementerio. <<

[10] Oda de Horacio. <<

[11] Naturalmente, Proust. <<

[12] La versión originaria del proverbio es «Cielo a pecorelle, acqua a catinelle», cuya traducción es: «Cielo con ovejitas, agua a raudales». <<

[13] «Oh pudiera yo llegar a vos amorosa / como ladrón oculto y no pareciese...».  
Versos del poeta siciliano Pier delle Vigne, siglo XIII. <<

[14] «Su señoría», en siciliano. <<

[15] «Casuchas de una sola planta», en siciliano. <<

[16] Luigi Cimara, célebre actor italiano de los años treinta. <<

[17] Tambernicchi y Pietrapana son montañas dantescas (Infierno, XXXII, vv. 28-29).

<<

[18] Eia Eia..., grito de batalla del ejército italiano en la última guerra. <<

[19] Surriente..., canción napolitana de la posguerra. <<

[20] Teano, pueblo próximo a Nápoles donde se encontraron en 1860 Vittorio Emanuele II y Garibaldi, citado aquí irónicamente. <<

[21] Tusitala, apodo dado a Stevenson por los indígenas, que significa «narrador de hermosas historias». <<

[22] Speculum in aenigmate es una expresión de San Pablo. <<

[23] Se trata del secreto del rey Midas y sus orejas de asno. <<

[24] J. Offenbach (1819-1880), compositor francés de origen alemán conocido sobre todo como autor de operetas. <<

[25] Título de una de las Operetas morales de Giacomo Leopardi, arbitrada aquí por Alfred Jarry (1873-1907). <<

[26] El maestro boloñés es Giorgio Morandi. <<

[27] Batiburrillo de obras y autores, donde la «laguna» (la virilidad ausente de Abelardo) se encuentra curiosamente entremezclada con las Cartas de una novicia de Mariana Alcoforado (1640-1723), y las Cartas de una novicia de Guido Piovene (1907-1974). <<

[28] Juego de palabras intraducible al español. A partir de «Errando discitur» (Sbagliando s'impara), Iaccarino dice: «Sbadigliando (bostezando) s'impara». <<

[29] Cita de Falstaff, de Giuseppe Verdi (1813-1901). <<

[30] Giovanni Battista Gandino (1827-1905), autor italiano de una célebre gramática latina. <<

[31] En español en el original. <<

[32] Alusión al fragmento de Safo: «Virginidad, ¿adónde vas, después de haberme abandonado?». <<

[33] Bignami es el autor de unos resúmenes de textos utilizados por los alumnos antes de los exámenes. <<

[34] En español en el original. <<

[35] «Vete al convento» es lo que grita Hamlet a Ofelia. <<

[36] Cielo d'Alcamo es un poeta siciliano del siglo XIII, autor de un poema en que un seductor consigue convencer a una muchacha. <<

[37] En español en el original. <<

[38] «Esto (el amor) puede hacerse en menos tiempo del necesario para cascar un huevo», verso del poema citado de Cielo d'Alcamo. <<

[39] Al principio de la Nada / fue la luz y la idea, / palimpsesto, mezcla / oscura de la mente, / creado que se crea / ininterrumpidamente... <<

[40] Mimosa, Mimosa, / cuánta melancolía en tu sonrisa... <<

[41] Uomo Qualunque, partido político italiano, ahora desaparecido, de sello conservador. <<

[42] En los duelos mafiosos es una frase que se dicen los duelistas (con cuchillo), y significa: «¡Adelante con el cuchillo y apunta a la barriga!». <<

[43] Es el inicio de un verso de Horacio (Odas, III, 5). <<

[44] «Pesado, contado, dividido», palabras bíblicas en el episodio de Baltasar. <<

[45] Verso de Jean de La Fontaine (1621-1695). <<

[46] Sciuri, sciuriddi... (Flores, florecillas...) es una canción en dialecto siciliano. <<

[47] El título deforma irónicamente el Retrato del artista adolescente, de James Joyce (1882-1941). <<

[48] En español en el original; así se dirige Cervantes a sus lectores. <<

[49] Título de un ciclo de grabados de Callot de tema teatral. <<

[50] Máscaras de la Commedia dell' Arte. <<

[51] Personaje de La flauta mágica, de Mozart. <<

[52] Film nonsense americano, interpretado por los cómicos Olsen y Johnson, titulado en español Loquilandia. <<

[53] Se trata de La Carrosse d'or, film de Jean Renoir de 1952. <<

[54] El gato Mio Mao, personaje de una serie de cómics americanos. <<

[55] En la jerga de los jugadores «gloria» es el dinero de la apuesta. <<

[56] De Ibla, antigua ciudad siciliana famosa por la abundancia de sus flores y por las abejas que de ellas se alimentaban. <<

[57] Los instrumentos musicales de la partitura de Rosenkavalier de Strauss, cuyo personaje principal es una Mariscal. <<

[58] El Flaco es un personaje de Perorata del apestado. <<

[59] Se trata de los autores de un manual escolar de ciencias. <<

[60] Se refiere a la sibila de Cumas. <<

[61] Actor cómico de una compañía de revista. <<

[62] «Siempre es mejor tener una mula mala o una mujer mala que no tenerla ni buena ni mala», proverbio siciliano. <<

[63] «Soledad, santidad». <<

[64] «El ciego no ve, el sordo no oye». <<

[65] Embarcación veneciana de gala con ocho remos, para fiestas y regatas. <<

[66] Soldados de un cuerpo especial de infantería ligera creado en 1836. <<

[67] Tari: moneda de oro árabe y normanda de Sicilia, imitada por las cecas de la Italia meridional y acuñada en múltiplos bajo los suevos y en plata bajo los aragoneses, hasta finales del siglo XVIII. <<

[68] «Es el amor un pájaro extraño...», las palabras italianas de Carmen, de Bizet. <<

[69] Brenno es el caudillo de los galos, invasor y saqueador de Roma. <<

[70] Compañía de la Legión Extranjera, en español en el original. <<

[71] Célebre locutor italiano. <<

[72] «Cuidado, golpea con el cuerno», cita de las Bucólicas de Virgilio. <<

[73] En español en el original. <<

[74] Leopardi, el Zibaldone. <<

[75] Fundador y principal dirigente del partido Uomo Qualunque. <<

[76] En español en el original. <<

[77] En español en el original. <<

[78] En español en el original. <<

[79] Pirata del Adriático. <<

[80] Respectivamente, deformación de au bras: «del brazo», y tournoyez: «un giro».

<<

[81] «Sin demasiado lío, uno deja la dama, y otro la coge». <<

[82] «Si su dama se aburre, llévela a dar un paseo». <<

[83] «¡Ay, creía saber tan bien / lo que es el amor, y lo sé tan poco!». <<

[84] «Cuchillo», en la jerga de la mafia. <<

[85] Irónica alusión al wagneriano «golfo místico» de Bayreuth. <<

[86] Teorizador del amor, del siglo XIII. <<

[87] «Blando rollo, sedoso papel, / que asistes a la toilette de Isolina, / cuando, surgida de los antros dorados del sueño, / se entrega a la higiénica necesidad...». <<

[88] «... como yo no espero oler jamás / la ambrosía de esos floridos rosales, / sé tú mi galante mensajera / en el secreto retiro de la altiva...». Versos que imitan en tono de parodia el comienzo de una popular balada de Guido Cavalcanti. <<

[89] «Allí verás con voluptuoso hielo / los divinos miembros soltarse del velo, / y al cándido alabastro los negros rizos / contraponer en amables parloteos. / Que si ella luego, como abeja que liba, / allí donde su piel se saborea, / dedica a los tiernos besos de la taza / sus prominencias de rosado raso, / cantad, flautas, y alabad, tubas, / la ola callada del etéreo pubis...». <<

[90] Popular novela de Saverio de Montepín (1823-1902). <<

[91] Poema italiano de Niccolò Forteguerri (1674-1735). <<

[92] Para satisfacer lo que presupongo gozosa e ineludible curiosidad del lector, incluyo las palabras que Gesualdo Bufalino le ofrece: «cartastraccia, disturbo, ex aequo, fiducia, lunario, peluria, persiana, piccione, placca, puntura, raggiro, rappezzare, ratifica, ravviare, rimembranza, riottoso, salasso, scacciapensieri, scalfittura, scandaglio, scorpione, sezione aurea, sibilo, sgargiante, sleale, nebbiato, sottana, sperperare, spiccio, spurio, staffato, stanghetta, stenografa, strige, sudare, svernare, tappezzeria, tarlatana, tetano, thermos, tosone, tradotta, Tucca, Vario, Via crucis, virgolette...». <<

[93] La «claque», en tiempos de los romanos. <<

[94] Escritor italiano (1774-1848). <<

[95] Palabras pronunciadas, al parecer, por Andrea Chenier al pie del patíbulo. <<